

VIDAS DE GRANDES HOMBRES

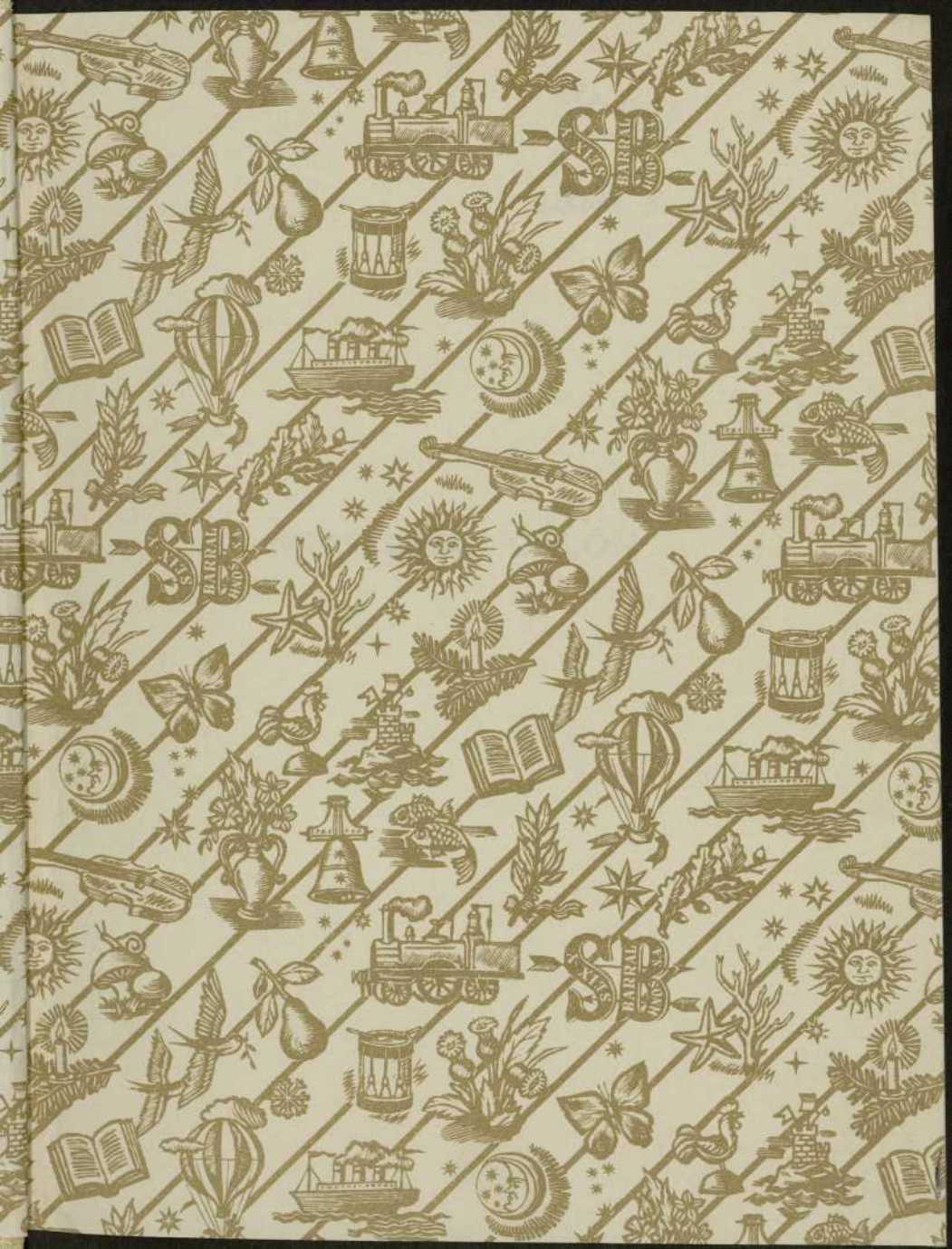
CRISTÓBAL COLÓN

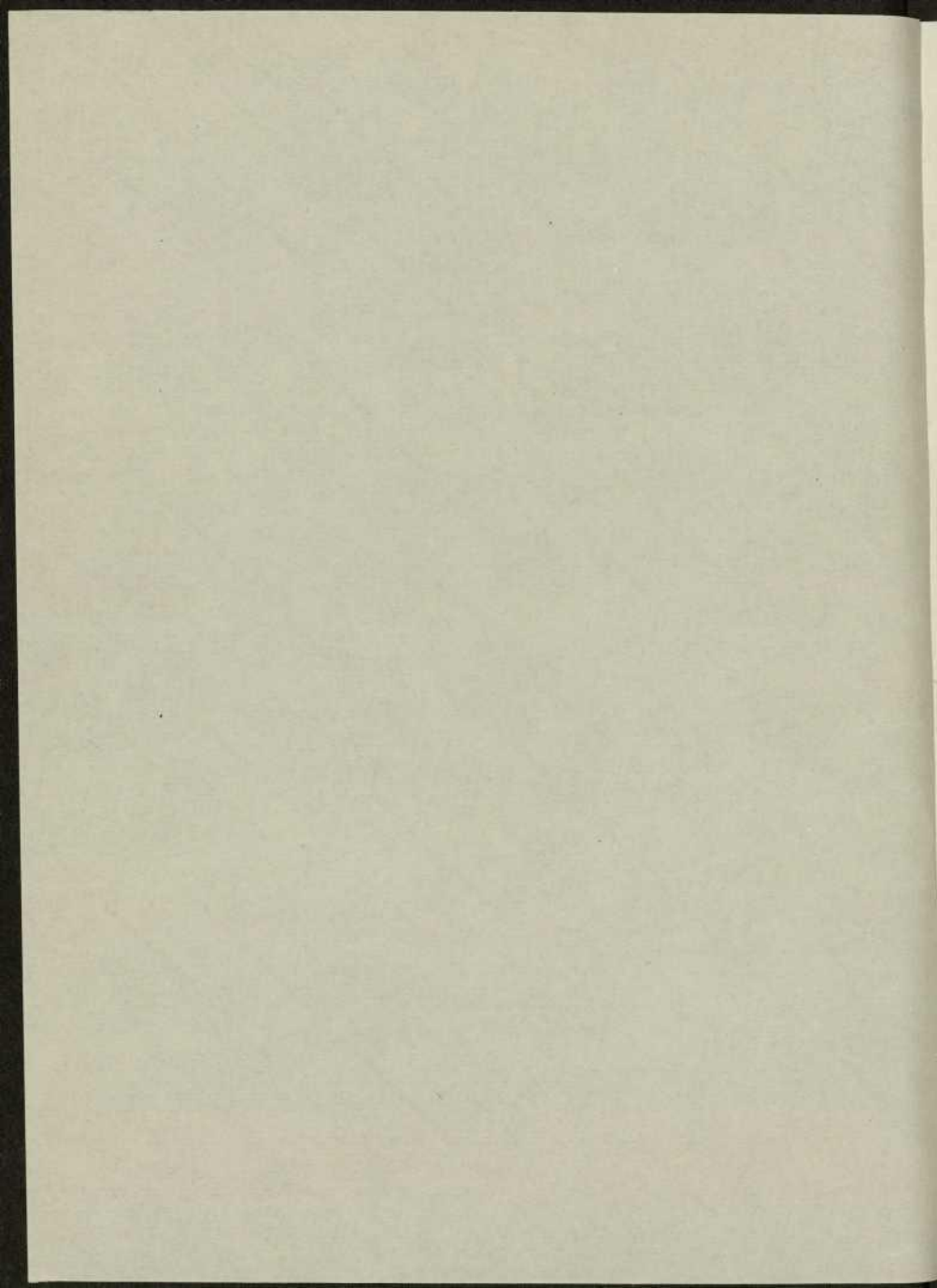


Indústries Crífens

SEIX Y BARRAL HNOS., S. A. - EDITORES

BARCELONA





Rf 780

Area 3-C-97

CRISTÓBAL COLÓN

VIDAS EJEMPLARES

GRANDES HOMBRES

ALEJANDRO MAGNO
CERVANTES
NAPOLEÓN
GONZALO DE CÓRDOBA
(El Gran Capitán)
JAIME I EL CONQUISTADOR
JULIO CÉSAR
CRISTÓBAL COLÓN
STEPHENSON
FRANKLIN
DANTE
LIVINGSTONE
EL CID CAMPEADOR
PIZARRO
BOLÍVAR
EDISON
MOZART
MIGUEL ÁNGEL

MUJERES ILUSTRES

ISABEL LA CATÓLICA
SANTA TERESA
D.ª MARÍA DE PACHECO
JUANA DE ARCO
MADAME CURIE

VIDAS DE GRANDES HOMBRES

Vida de
Cristóbal Colón

FOR
JUAN PALAU VERA

SÉPTIMA EDICIÓN
Revisada por J. R. M.



I. G. SEIX Y BARRAL HNOS., S. A. - EDITORES
Provenza, 219 - BARCELONA
1942

VIDAS DE GRANDES HOMENES

Vida de
Cristóbal Colón

JUAN PABLO VERA

PRIMERA EDICIÓN



ES PROPIEDAD

Industrias Gráficas Selx y Barral Hnos., S. A. - Calle Provenza, 219. - BARCELONA

PREFACIO



Esta colección de biografías tiene por objeto poner de manifiesto el grado supremo de la actividad y la nobleza humanas, para que los jóvenes, tan inclinados por instinto a admirar todo lo que significa esfuerzo viril y heroísmo, gocen en la lectura de los hechos magníficos engendrados por el amor a la patria, el severo sentimiento del deber, el valor personal, el desprecio del peligro, la noble ambición, la encendida religiosidad o las maravillosas creaciones de la inteligencia; y los que sean capaces, sientan nacer en ellos deseos ardientes de dignificar y espiritualizar de algún modo su vida. Pues no existe lectura más sugeridora de un elevado ideal, ni que más contribuya a decidir la vocación y a formar un carácter, que la lectura de las vidas de los grandes hombres.

“En la vida de los grandes hombres aprendemos a pensar como ellos pensaban. Nuestro pequeño pensamiento, en contacto con los grandes, crece”, ha dicho un autor; y a esto añadiremos que son incontables los casos de los que, hallándose en circunstancias difíciles, encontraron en el recuerdo del ejemplo dado por un grande hombre el valor y el estoicismo suficientes para sobrellevarlas.

La lectura de las vidas de los hombres superiores, dará además a conocer lo que la Humanidad, y por consiguiente cada uno de nosotros, les debe; y al aprender que todo se lo debemos a ellos y que las hermosas e ilimitadas probabilidades que nos ofrecen el presente y el porvenir son fruto de sus trabajos, y en muchos casos de sus hondos sufrimientos, nos sentiremos agradecidos y nos inclinaremos con admiración y respeto ante esos muertos ilustres.

Junto a los héroes, cuya vida se ha exteriorizado en actos de visible transcendencia en la historia de la civilización, aparecerán también las grandes figuras de algunos contemporáneos, y tampoco olvidaremos las de aquellas humildes víctimas del deber cuyo sacrificio diario y desconocido hace posible la conservación de la seguridad y el bienestar sociales, para mostrar cómo el heroísmo no se manifiesta siempre en hechos aparatosos, sino que también cabe, y quizá sea esta su forma más pura, en el sencillo cumplimiento estricto del vulgar deber cotidiano.

* * *

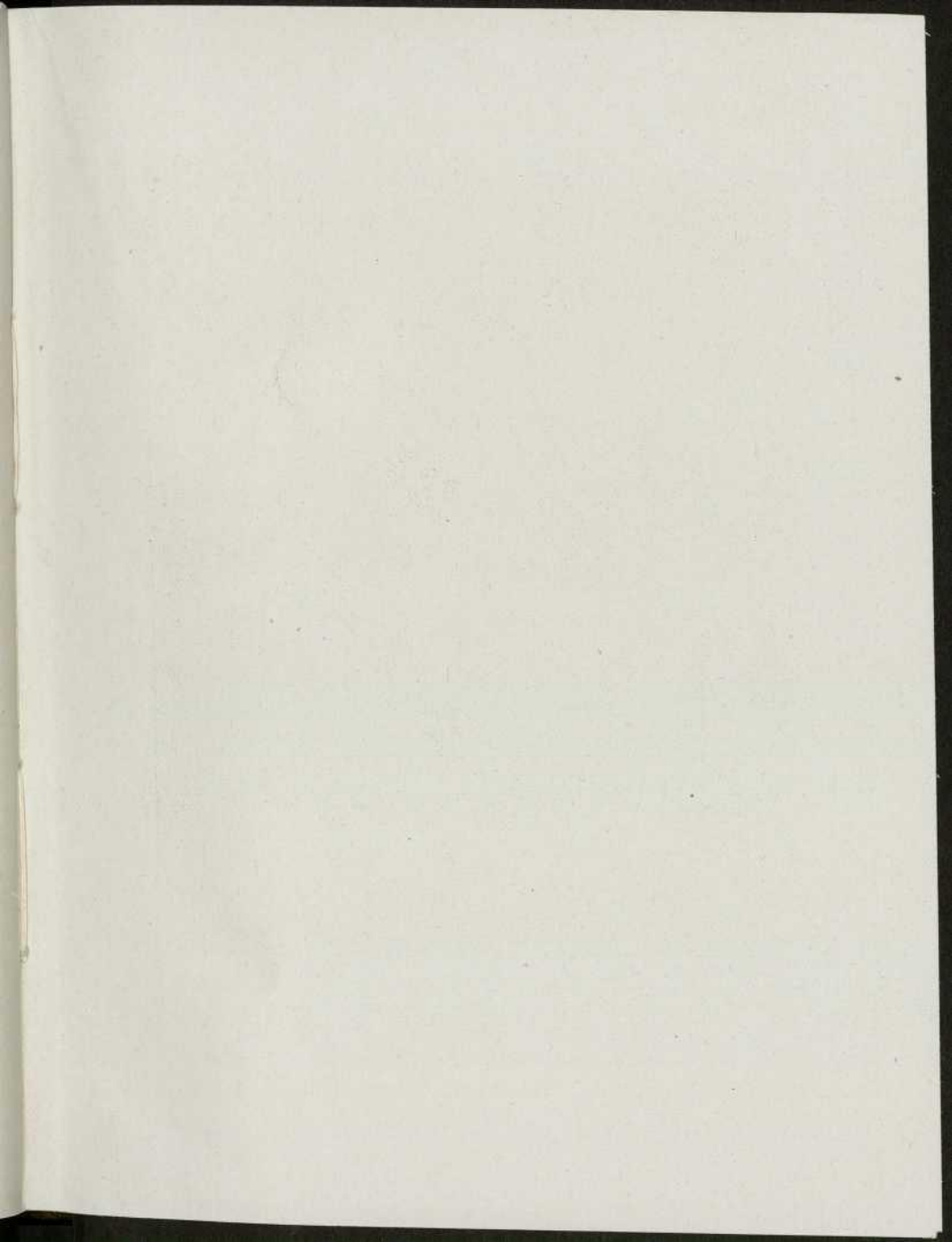
Una colección de esta naturaleza era necesaria. Hasta ahora, las vidas de los grandes hombres se hallaban esparcidas en obras voluminosas, muchas de ellas indigestas, no expurgadas y de difícil, por no decir imposible, acceso a la juventud. De lo que principalmente nos hemos preocupado es de presentarlas de modo que la acción se desarrolle viva, palpitante, expresiva por sí misma, sobria

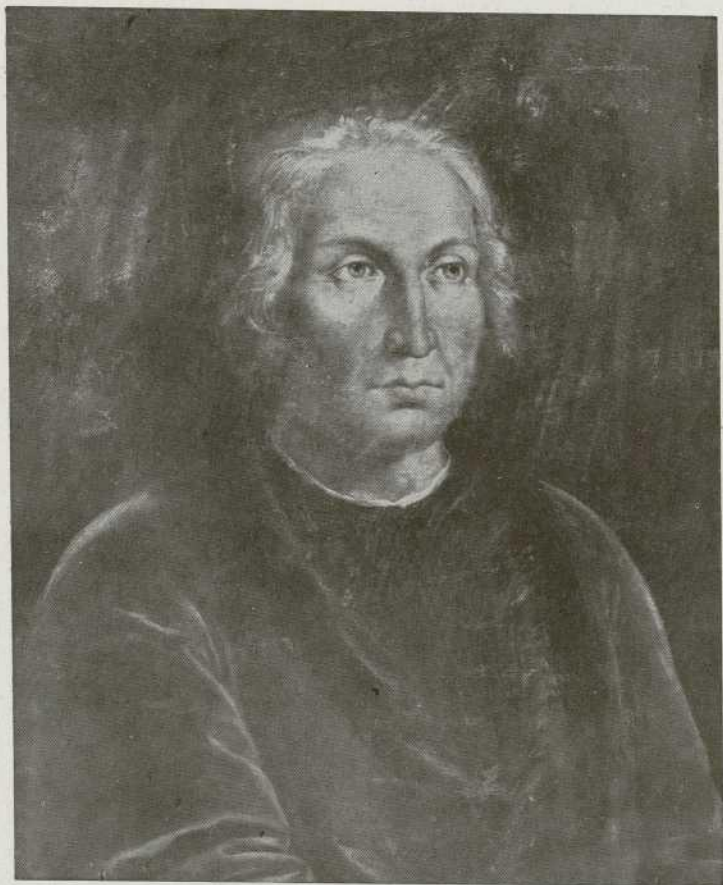
de comentarios. En esta forma, el trabajo crítico y de apreciación queda casi exclusivamente a cargo del lector, y si el héroe incurre en alguna falta, pues al fin y al cabo es un hombre, el buen sentido la reprobará, sin que sea necesario llamar sobre ella la atención, ni estorbar o enfriar la llama del entusiasmo que el relato pretende mantener encendida.

† JUAN PALAU VERA

The following is a list of the names of the persons who have been admitted to the office of the Secretary of the Board of Education since the last meeting of the Board. The names are given in alphabetical order.

John Doe





CRISTÓBAL COLÓN
(Cuadro existente en el Museo de Marina, Madrid)

VIDA DE CRISTÓBAL COLÓN

CAPÍTULO PRIMERO

Misterio acerca del origen de Colón.—¿Colón fué español?—Modernas investigaciones.

Jamás el origen de personalidad alguna de las que la historia ha consagrado, estuvo tan envuelto en el misterio como el de Cristóbal Colón, el descubridor de América. Pues si bien es cierto que en la lejana antigüedad hubo casos semejantes, como el de Homero, no tiene nada de extraño tratándose de una época de la cual no quedan documentos escritos. Lo que choca en el caso de Colón es lo relativamente reciente de la fecha, pues de principios del siglo XVI en que Colón murió, nos quedan archivos y bibliotecas enteras. Más aun, conservamos no pocos documentos contemporáneos de Colón y que a él se refieren, y aun escritos de puño y letra del descubridor. De ninguno de ellos puede colegirse, de una manera cierta, cuál fuese la patria nativa del gran hombre cuya vida nos proponemos reseñar.

Sólo es explicable esta circunstancia, si se atribuye a un deliberado propósito de ocultar la verdadera patria de Colón. En las estipulaciones con los Reyes Católicos, cuyo original

se conserva, se le llama simplemente "extranjero", rompiendo con la nunca interrumpida costumbre de precisar la nacionalidad de los extranjeros.

Por espacio de cuatro siglos, la humanidad ha tenido a Colón como nativo de Génova. La mera rutina de repetir lugares comunes había consagrado esta leyenda, que no resulta ser otra cosa, después de los exámenes científicos a que los documentos existentes han sido sometidos. Hoy por hoy, podemos decir que la patria de Colón no está determinada todavía.

En las últimas décadas ha privado mucho la idea de que Colón era español, y en realidad, va afirmándose de día en día, sobre todo después de los trabajos que ha realizado el ilustre historiador peruano don Luis de Ulloa, quien, no contentándose con declarar que Colón era español, expone incluso las probables razones que indujeron, tanto a Colón mismo, como a los Reyes Católicos, a ocultar la procedencia del descubridor.

En efecto, Colón, antes de entrar al servicio de los Reyes Católicos, al parecer había luchado contra ellos. Efectivamente, es cosa probada que el descubridor de América había navegado con Guillermo de Casenove-Coullón, corsario francés al servicio del rey Luis XI de Francia. Casenove hizo la guerra a Juan II de Aragón, padre de Fernando el Católico, y también a Castilla, ayudando al rey de Portugal en el pleito de la Beltraneja.

Por estas razones, Colón, a pesar de haber nacido en Cataluña, según la tesis de don Luis de Ulloa, no podía descubrir su nacionalidad verdadera. Tal vez la ocultaría a los

Reyes Católicos para que no conociesen la personalidad de su antiguo adversario, pero lo más probable es que aquéllos tuviesen noticia de la verdad y la ocultasen, de común acuerdo con el mismo Colón, para no levantar suspicacias.

A propósito de lo que acabamos de decir, conviene consignar que ni la vida del corsario, que no hay que confundir con la del pirata, era entonces deshonrada, ni Colón traicionaba a su patria, pues desde que los catalanes se declararon en guerra para ayudar al desgraciado príncipe de Viana, no se consideraron obligados a guardar lealtad a Juan II, que a su modo de ver les había atropellado.

Mas, dejando aparte el problema del origen de Colón, volvamos los ojos al descubridor, niño todavía.

El espíritu inflamable de Colón, su alma sedienta de grandezas, no podía permanecer indiferente ante la corriente universal de su siglo y la que se producía entonces entre la juventud. Así es que, a los catorce años, se embarcó por primera vez, empezando desde esa temprana edad su carrera de marino que debía inmortalizar su nombre. "De muy pequeña edad entré en la mar navegando y lo he continuado hasta hoy", escribía más tarde; y añadía: "la misma arte inclina a quien la prosigue a desear saber los secretos del mundo", lo cual expresa muy bien el espíritu con que vivió Colón este oficio que otros siguen con tanta indiferencia.

No sabemos si en esta época de su vida alimentaba Colón en su pecho ese "deseo de saber los secretos del mundo". Seguramente sí, aunque su anhelo debía entonces haber tomado la forma de una vaga aspiración a consagrar su

vida al descubrimiento de esos secretos que tan avaramente conserva el mundo.

Tampoco sabemos gran cosa de sus primeras expediciones por mar.

Los comerciantes organizaban sus expediciones mercantiles como si se tratara de expediciones guerreras, y aunque reportaban grandes beneficios, se veían expuestas a serios peligros.

Colón participó de esa vida, aunque nada nos dice la historia respecto de ella. Lo que hay de cierto es que los trabajos, las dificultades, las luchas de todas clases a que se vió expuesto, fueron para él escuela provechosa. En ellas acabó de formarse su carácter, y de ellas salió con la vista fija en un gran ideal, buscando sí, gloria y provecho, pero colocando por encima de sus propios intereses a otros más altos, como más adelante veremos.

CAPÍTULO II

Colón se siente atraído por Portugal. — De por qué fijó allí su residencia. — Las exploraciones de los portugueses. — Las ocupaciones de Colón y su aspecto. — Su casamiento. — Sus amigos.

Al cabo de algún tiempo encontramos a Colón viviendo en Lisboa. ¿Qué motivos le habían impulsado a abandonar sus viajes por el Mediterráneo y fijarse en Portugal?

La leyenda da de este hecho una explicación pintoresca (1), pero es en algo más serio donde hallaremos su verdadera causa.

Portugal era entonces el centro de donde partían las expediciones geográficas que poco a poco iban completando

(1) Cuéntase que "un uomo segnalato del suo nome et famiglia, chiamato Colombo il giovane, teniendo nuevas que quatro galeazas de venecianos eran pasadas a Flandes, esperólas a la vuelta, entre Lisboa y el cabo de San Vicente, para asirse con ellas a las manos: ellos juntados, el Colombo a acometerles y las galeazas defendiéndose y ofendiendo a su ofensor, fué tan terrible la pelea entre ellos, asidos unos con otros con sus garfios y cadenas de hierro, con fuego y con las otras armas, según la infernal costumbre de las guerras navales, que desde la mañana hasta la tarde fueron tantos los muertos quemados y heridos de ambas partes, que apenas quedaba quien de todos ellos pudiese ambas armadas del lugar donde se toparon una legua del mudar. Acaeció que la nao donde Cristóbal Colón iba, o llevaba quizás a cargo, y la galeaza con que estaba aferrada se encendiesen con fuego espantable, ambas sin poderse la una de la otra desviar; los que en ellas quedaban aun vivos, ningún remedio tuvieron sino arrojar a la mar; los que nadar sabían, pudieron vivir sobre el agua algo; los que no, escogieron antes padecer la muerte del agua que la del fuego, como más aflictiva y menos sufrible para la esperar. El Cristóbal Colón era muy gran nadador y pudo haber un remo que a ratos le sostenía mientras descansaba; y así anduvo hasta llegar a tierra, que estaría poco más de dos leguas de donde habían ido a parar las naos con su ciega y desatinada batalla".

Esta leyenda fué la que sirvió de base al poeta catalán Mosén Jacinto Verdaguer para el proemio de su *Atlántida*. Si bien parece cierto que Colón asistió a un combate naval en el lugar indicado, ese fué entre genoveses y el corsario Casenove, y es de suponer que era en una nave de éste, que el descubridor se hallaba.

el conocimiento del planeta. Un hijo del rey de Portugal, llamado D. Enrique, fué el que impulsó las exploraciones. Cerca del cabo de San Vicente, en Sagres, hizo construir junto a un castillo arsenales y un observatorio astronómico, y allí se pasó la vida noblemente, preparando las expediciones. En ellas cuentan que se gastó toda su hacienda, pero el resultado fué realmente espléndido. Los portugueses, animados por su Príncipe, realizaron empresas fabulosas y conquistaron para su patria un inmenso imperio colonial. En 1420 habían descubierto una isla cubierta de bosques que llamaron *Madeira*, bosques que hoy han desaparecido para dar lugar al cultivo de la vid que produce los ricos vinos de ese nombre. En 1431 habían descubierto el archipiélago de las Azores, que pronto se pobló de portugueses.

Si las exploraciones hubiesen seguido el camino del Occidente, hubieran seguramente alcanzado las costas americanas; pero los marinos portugueses no conocían bien el uso de la brújula, temían separarse de las costas, y por nada del mundo se hubieran aventurado a dirigir la proa de sus débiles embarcaciones hacia aquel inmenso Océano, que, según las leyendas, conducía a un país donde el calor hacía la vida imposible, y donde las olas ardientes batían con furor en playas inhospitalarias, pobladas de monstruos.

Toda la actividad marítima de los portugueses se dirigió hacia el Sur.

Según los mapas de la época, el África se continuaba por el Sur formando un solo continente con el Asia. Expediciones sucesivas lograron doblar el cabo Bojador, hazaña

heroica para aquellos que continuaban creyendo, como los antiguos, que allí empezaba la zona tórrida, donde el calor era tan grande que ningún hombre podía soportarlo.

Vencido el cabo Bojador, y junto con él los temores antes mencionados, alcanzaron los portugueses el golfo de Guinea, con cuyos indígenas entablaron relaciones comerciales y a los que compraban gomas, huevos de avestruz, esclavos y, sobre todo, oro en polvo.

En tiempo de Juan II, rey de Portugal, se descubrió la desembocadura del Congo, y otra expedición, al mando de Bartolomé Díaz, bien provista de víveres, siguió explorando la costa Sur. Una violenta tempestad le obligó a alejarse de la costa, y cuando se dirigió de nuevo a ella, ésta había desaparecido. Hizo entonces la expedición rumbo hacia el Norte, y a poco anclaba en una bahía de la costa oriental de África. Así fué como, sin saberlo, Bartolomé Díaz, había doblado el *cabo de las Tempestades*, como él lo llamó. El Rey cambió este nombre por el que tiene actualmente, de cabo de Buena Esperanza.

El camino de la India, esa India fabulosa hacia la cual tendían los esfuerzos de los europeos, estaba descubierto (1).

No debemos hacernos ilusiones sobre el verdadero móvil que impulsaba esas atrevidas empresas. Si bien en muchas de ellas alentaba aquel espíritu de exploración y aventura que va librando a la humanidad de los lazos con que la fatalidad pretende aprisionarla, en otras, en la mayoría de ellas, se trataba de hacer un buen negocio,

(1) Poco después del descubrimiento de América, en el 1497, Vasco de Gama alcanzó las costas de la India.

hallando el medio de proveer a las naciones de dos clases de productos que iban escaseando en Europa: las especias y el oro.

En la Edad Media los hombres gustaban de sazonar sus manjares con especias (pimienta, canela, clavo de olor, jengibre, etc.), que únicamente se producen en países tropicales. Como estas especias pesaban poco y se vendían caras, podían transportarse a grandes distancias y llegaban a Europa, desde la India, por el Mar Rojo y Alejandría. Allí iban los italianos a buscarlas y luego las vendían tres veces más caras que el precio de coste, realizando los comerciantes pingües beneficios. El oro y la plata iban escaseando, habiéndose agotado muchas minas de Europa.

¿No resulta lógico el ardor con que se lanzaba Portugal en busca de una ruta más económica, por donde pudiese comerciar con esos productos?

Con lo dicho resulta, además, explicado el hecho de que cuando Colón cumplía treinta años se sintiese atraído por esa ciudad de Lisboa, lugar de cita de los exploradores portugueses, de los marinos italianos y de los que valerosamente recorrían los mares del Norte.

Durante esta época de su vida en Lisboa, Colón se nos aparece como un hombre concentrado, esquivo, poco sociable, y sus amigos le tenían por visionario y casi como un charlatán.

Vivía entonces dibujando planisferios marítimos y mapas, y comerciando con los genoveses. Su aspecto ha sido así descrito por uno de sus biógrafos:

“Lo que pertenecía a su exterior persona y corporal

disposición — dice el P. Bartolomé de las Casas —, fué de alto cuerpo, más que mediano; el rostro luengo y autorizado; la nariz aguileña; los ojos garzos; la color blanca que tiraba a rojo encendido; la barba y el cabello, cuando era mozo, rubios, puesto que muy presto con los trabajos se le tornaron canos; era gracioso y alegre, bien hablado.”

Otros historiadores añaden que era de carácter imperativo y que su palabra exaltada impresionaba fuertemente a los que le oían.

En Lisboa, Colón conoció a una dama portuguesa, llamada Felipa Moquiz Pelestrello, y con ella contrajo matrimonio en el año 1474-75. La familia de su mujer estaba también compuesta de marinos, de modo que su casamiento acabó de estrechar sus relaciones con viajeros, navegantes y descubridores, entre los cuales se sostendrían seguramente interesantes discusiones que proporcionaban a Colón un caudal de datos y experiencias.

CAPÍTULO III

Brota en su mente el plan de buscar la India por el camino del Occidente. — Sus viajes de estudio. — En qué fundaba Colón su plan. — Colón y la Corte de Portugal.

La idea fundamental de Colón, el plan de ir a buscar la India por el Occidente, en vez de hacerlo por el Sur y el Oriente, que era la vía seguida hasta entonces por los portugueses, nació y maduró seguramente en su cerebro durante su estancia en Lisboa.

Allí, meditando sobre sus mapas, leyendo y estudiando los antiguos autores que habían presentido la existencia de un mundo occidental, oyendo los relatos de marinos y escuchando también las leyendas y consejos que sobre todo ello refería la gente de mar, fué Colón sintiendo cómo se formaba y crecía en su espíritu su grandioso proyecto.

Para acabar de recoger datos e informaciones, hizo algunos viajes, entre ellos uno a Guinea y otro a Islandia. Él mismo ha dejado consignado en una de sus cartas este viaje a Islandia. Por las observaciones que en ella se hace, se manifiesta el carácter observador de Colón, para quien, como para todo gran espíritu, no había nada que no convirtiese en materia de estudio. El texto dice así:

“En el año 1477, por febrero, navegué más allá de Tile (Islandia) cien leguas, cuya parte austral dista de la equinoccial setenta y tres grados, y no sesenta y tres como

quieren algunos; y no está sita dentro de la línea que incluye el occidente de Ptolomeo, sino es mucho más occidental; y los ingleses, principalmente los de Bristol, van con sus mercaderías a esta isla que es tan grande como Inglaterra; cuando yo fuí allá no estaba el mar helado, aunque las mareas eran tan gruesas que subían veinte y seis brazas y bajaban otro tanto.”

Terminados sus viajes, siguió su vida de estudio; y buena prueba de cómo meditaba lo que leía y de que perseguía una idea, la tenemos en las notas que ponía en los libros de Estrabón, Marco Polo, las Sagradas Escrituras, etc., y otros que conservó uno de sus hijos.

Este aspecto de Colón, estudioso, hombre versado en varias ciencias, contrasta con el aspecto bajo el cual ha sido presentado a menudo el descubridor de América, a quien se ha llegado a presentar como simple ejecutor casual de las ideas y planes de otros.

Hasta hace poco se daba por cierto, entre otras, la influencia de Paolo Toscanelli en el descubrimiento. Toscanelli, médico florentino muy eminente, no sólo en el campo de la medicina, sino tal vez, y con más razón, en el de la astrología, así como de las matemáticas, ha sido presentado como el inductor del descubrimiento. Y la verdad es que en los primeros años del siglo XVI aparece una carta atribuída a Toscanelli y dirigida a Colón, en la cual se señalan datos precisos que habían de llevar forzosamente al descubrimiento de América. Háblase con mucho encomio de las islas de las especierías, del Gran Kan de Tartaria, de China y Japón, y de su creencia que yendo por occidente

habría de llegarse a ellas, sin necesidad de seguir la larga vía del continente, barrada además a los cristianos.

Sin embargo, hoy día está demostrado que esa carta, a pesar de haberla reproducido una tan eminente autoridad como la de Fray Bartolomé de las Casas, fué pura invención posterior. En cuanto a los motivos de esa falsificación tan temprana, no sabemos más, hoy día, que del secreto en que ha venido envuelto hasta ahora el origen mismo del descubridor.

De ninguna manera queremos desechar que Colón fuera influido por contemporáneos suyos o autoridades de anteriores generaciones. Ante lo mucho que el Almirante parece haber leído, nos instan a creer que podrían haber existido estas influencias. No obstante, la base de su descubrimiento, según modernas investigaciones, se ha de buscar en su propia ciencia y experiencia de la navegación.

Don Luis de Ulloa sostiene, y sus aserciones no han sido refutadas, que Colón estuvo en América antes de 1492, lo cual explicaría el tesón que mostró en sus negociaciones con los Reyes Católicos y la seguridad que el diario de su navegación revela.

Ulloa identifica a Colón con Juan Scalons, que en 1478 estuvo en Labrador y otras tierras septentrionales de América, y que en aquel entonces no se consideraba que constituyese un continente distinto del europeo-asiático. Pero, tanto si Scalons es el mismo Colón como si no, no cabe duda que el descubridor había estado ya en tierras americanas, cuando las mismas capitulaciones declaran que las concesiones que los Reyes Católicos le hacían antes de empre-

der el viaje de 1492, eran “en alguna satisfacción de lo que *ha descubierto* en las Mares oceanas, y del viaje que agora con la ayuda de Dios ha de hacer por ellas”. Colón, pues había descubierto tierras en el Atlántico, y de no poca monta, cuando por ellas los Reyes Católicos le otorgaban nada menos que el almirantazgo, el virreinato, el gobierno y otras muchas ventajas políticas y económicas.

Pero, sin entrar de lleno en las modernas investigaciones, cuyos resultados no han salido todavía del terreno de la polémica y de la crítica históricas, y mientras se depuran no han de entrar de lleno en la historia ya consagrada, veamos en que fundaba Colón su plan de alcanzar la India por Occidente.

Aunque el vulgo continuaba creyendo que la Tierra era llana, en ciertas esferas donde se habían leído obras de los griegos, se tenía el convencimiento de que era redonda.

Ya Aristóteles había probado que la Tierra es esférica, fundándose en la forma circular de la sombra que proyecta sobre la Luna cuando hay un eclipse. Ptolomeo y otros también afirmaban lo mismo, aunque creían que la Tierra era el centro del Universo.

En el siglo XIII, el beato Raimundo Lulio había dejado escrito lo siguiente:

“Toda la causa principal del flujo y reflujo del Mar Grande o de Inglaterra es el arco del agua del mar, que en el Poniente estriba en una tierra opuesta a las costas de Inglaterra, Francia y España y toda la confinante de África, en las que ven los ojos el flujo y reflujo de las aguas; porque el arco que forma el agua como cuerpo esfé-

rico, es preciso que tenga estribos opuestos en que afiance, pues de otro modo no pudiera sostenerse; y por consiguiente, así como a esta parte estriba en nuestro continente que vemos y conocemos, en la parte opuesta del Poniente estriba en otro continente que no vemos ni conocemos desde acá; pero la verdadera filosofía que conoce y observa por los sentidos la esferidad del agua y su medido flujo y reflujó, que necesariamente pide dos opuestas vallas que contengan el agua tan movediza y sean pedestales de su arco, infiere que necesariamente en la parte que no es occidental, *hay continente* en que tope el agua movida, así como topa en nuestra parte respectivamente oriental”.

Varios otros indicios se tenían de existencia de tierras más allá de las Canarias. Algunos marinos, arrastrados por las tempestades más allá de aquellas islas, afirmaban haber visto flotar sobre las olas ramas de árboles desconocidos; otros pretendían haber encontrado gruesos troncos de árboles vaciados en forma de canoas; otros, por fin, decían haber visto flotar cadáveres de unos hombres de color cobrizo, cuyas facciones en nada se parecían a las de los pobladores del Asia o del África.

La idea en sí, como hemos indicado, no era exclusiva de Colón; lo que constituye el mérito de este gran espíritu, es el haber sido el primero en estudiar minuciosamente el proyecto para realizarlo, el haber sabido recoger y dar valor a los múltiples indicios de que su ejecución era posible, y, por último, en haber tenido la fe, el valor y la constancia que fueron necesarios para que la exploración se efectuara.

Cuando Colón creyó que había madurado lo suficiente todos los detalles necesarios para la realización de su plan, se decidió a proponerlo al rey D. Juan II de Portugal. El Rey, impresionado por la grandiosidad del proyecto, por los argumentos en que se basaba Colón, y por su palabra elocuente, caldeada por el entusiasmo que ardía en su pecho, prestó atención al asunto, y al efecto nombró un Consejo, formado por geógrafos y su confesor, para que lo estudiara.

El Consejo, aunque compuesto de individuos reputados por los más sabios cosmógrafos del país y que habían contribuido algunos de ellos a perfeccionar los medios utilizados entonces en la navegación (1), juzgó insensato el proyecto, quizás temiendo que su realización anulara las ventajas obtenidas por los portugueses en sus exploraciones hacia el Sur, en busca del camino de la India.

Un segundo Consejo, a quien se volvió a encomendar el estudio del plan, dió menos resultado que el primero, con la agravante de que algún consejero, traicionando a Colón y seguramente a espaldas del Rey, mandó armar una carabela que, apoyándose en los datos facilitados por aquel insigne navegante, debía intentar la travesía del Océano. Esta expedición fracasó al poco tiempo. Al ver que más allá de las Azores se extendía un Océano sin límites, faltando la fe y sin llevar al frente un hombre de la grandeza de alma de Colón, la carabela hizo rumbo hacia Portugal, contribuyendo el fracaso de este viaje a reforzar los argumentos que se aducían en contra del proyecto.

(1) El astrolabio.

Como dice Oliveira Martins, "Colón no tenía crédito en Portugal". Adivínese el sinnúmero de viajes que cada piloto más o menos obscuro forjaba en su mente, en esa hora en que el vértigo del mar arrastraba a todas las imaginaciones, y el deseo de los tesoros de la India despertaba todas las codicias.

Colón, desacreditado, habiendo perdido su mujer y viéndose al borde de la miseria, pues absorbido por su idea y sus estudios había descuidado por completo sus negocios, se decidió a salir de Portugal, con la intención de dirigirse a otras cortes europeas, en la esperanza de que sus ideas hallarían más favorable acogida.

Así se expresaba más tarde Colón, en una carta dirigida a los Reyes Católicos, en que hacía referencia a su estancia en Portugal y a sus relaciones con aquella corte. "Dios Nuestro Señor milagrosamente me envió acá porque yo sirviese a V. A. Dije milagrosamente, porque fuí a aportar a Portugal, en donde el rey de allí entendía en el descubrir más que otro: *Él le atajó la vista y el oído y todos los sentidos, que en catorce años no le pude hacer entender lo que yo dije.*"

CAPÍTULO IV

Su salida de Portugal. — Su llegada a la Rábida. — Sus relaciones
Sevilla. — Los Reyes le conceden una audiencia. — La Junta rechaza
sus proyectos. — Sus tristezas y consueños.



No era para Colón empresa tan fácil como pudiera presumirse, el salir de Portugal. Si bien sus proyectos habían sido rechazados, los elementos de la Corte temían seguramente que otras naciones atendieran a aquel aventurero, mezcla de sabio y soñador, y gran desventaja resultaría para el Reino si aquellos proyectos, al parecer descabellados, llegaban a realizarse. Así es que Colón tuvo que ahogar su despecho, y, temiendo ser perseguido, aparentó dirigirse, sin manifestar intención de ninguna clase, hacia uno de los pueblos fronterizos a España, con objeto de refugiarse en este país en cuanto la ocasión se presentase.

El viaje fué penosísimo. A pie, casi sin recursos, teniendo a veces que mendigar un pedazo de pan, y con el dolor de ver compartir sus penalidades a su hijo Diego, que le acompañaba y que a la sazón no pasaba de ocho años, alcanzó nuestro héroe, por fin, la tierra española, esa tierra que se hallaba en un período álgido de su historia y en la cual abundaban los corazones generosos, abiertos a todos los grandes proyectos, y donde no faltaban robustos brazos para llevarlos a cabo.

Su intención, según parece, al verse libre de persecu-

ciones, fué dirigirse a Huelva en busca de un cuñado suyo que allí vivía, dejarle confiado su hijo Diego y emprender una peregrinación por las cortes europeas. Pero un encuentro providencial debía decidir de su suerte y reservar para España la gloria de tan altas empresas.

Hallándose Colón cansado, cerca del puerto de Palos, alcanzó a ver sobre una colina la torre de un convento. Confiado en la buena acogida que los monjes acostumbraban a dispensar a los viajeros, padre e hijo empezaron la ascensión de la cuesta áspera y pedregosa, alcanzando por fin la puerta del monasterio, que después supo llevaba el nombre de Santa María de la Rábida.

Colón, aquel hombre providencial que debía abrir para el mundo la inmensa fuente de riqueza del Nuevo Continente, se veía entonces, al finalizar el año 1484, en la dura necesidad de tener que implorar un pedazo de pan para él y para su tierno hijo. Los monjes franciscanos de aquel convento, compadecidos ante el aspecto de los viajeros, al ver rotas y cubiertas de polvo sus ropas, las cuales conservaban señales de una mejor condición, e impresionados por el contraste que la figura de Colón y sus modales ofrecían con el mísero estado en que parecía hallarse, le ofrecieron no sólo un pedazo de pan, sino una franca y generosa hospitalidad.

Entre aquellos excelentes monjes se hallaba uno llamado Fray Antonio de Marchena, reputado como buen *astrólogo* (1), que, conversando con Colón, comprendió la

(1) En aquella época se llamaba así a los astrónomos.

genialidad de su idea y la importancia que su realización tendría para España. Oyéndole referir sus viajes, sus exploraciones, sus estudios y sus planes, el inteligente fraile sintió que tenía delante un hombre excepcional, e inflamado de entusiasmo ante la idea de que pudiesen descubrirse nuevas tierras donde la religión católica hallaría ancho campo donde extenderse, formó el firme propósito de ayudarle con todas sus fuerzas.

El entusiasmo del culto fraile se transmitió a algunas otras personas del vecino puerto de Palos, viéndose entonces Colón rodeado de un pequeño grupo de fervientes admiradores, circunstancia que le sirvió, sin duda, de consuelo y compensación por las amarguras pasadas. Un escritor (1) describe así el cuadro de la vida de Colón en la Rábida:

“La estancia de Colón en la Rábida, que empieza siendo un idilio de la caridad, terminó siendo el poema más grande de las empresas humanas. Allí, en las celdas del claustro mudéjar, en medio del silencio del monasterio, mientras el niño Diego vagaba por las umbrías del huerto, conversaban el extranjero y los frailes; y de seguro sobre mugrientas cartas geográficas, mil veces abiertas por la esperanza en Portugal y en otras partes, ante nobles y plebeyos; mil veces explicadas por la fe y la convicción, y mil veces cerradas por el desengaño. Sobre los mapas del mar y de la tierra que el mismo buscador de mundos trazara, discutieron, el confesor y el astrólogo con el navegante, la

(1) Ricardo Becerro de Bengoa. *Conferencia dada en el Ateneo de Madrid, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América.*

posibilidad de ir a la India por un camino más breve que el que los portugueses seguían, y la mayor o menor certeza de dar la vuelta al mundo.”

Cuando se juzgó el momento oportuno, Colón abandonó el convento para dirigirse a la corte de los Reyes Católicos, que en aquel entonces se hallaban empeñados en su porfiada lucha contra los moros defensores de sus últimos baluartes en España.

Dos inconvenientes ofrecía para Colón este viaje: su hijo Diego, demasiado joven para poderle seguir en su vida aventurera, y la falta de fondos con que subvenir a los gastos de viaje y a los que ocasionaría su estancia en la Corte.

Los bondadosos frailes atendieron a todo, reteniendo consigo al niño Diego y facilitando a Colón los recursos con los cuales emprendió el viaje a Sevilla, por ser ésta la ciudad en donde los Reyes permanecían durante largas temporadas. En Sevilla, al principio, siendo desconocido, tuvo Colón que recurrir muchas veces a su humilde trabajo de dibujante de mapas y vendedor de libros, para ganarse la vida; pero una vez relacionado con algunos magnates de la nobleza a quienes exponía con calor sus ideas, halló generoso hospedaje en casa del duque de Medinaceli, uno de los personajes que con más admiración le oía.

El ilustre Duque escribió a la reina Isabel hablándole de Colón y suplicándole se interesase por su proyecto. Tanto empeño puso y tan buenas debían ser las razones que aducía, que los Reyes concedieron una audiencia que debía tener lugar en Córdoba.

Colón, junto con las cartas del Duque, llevaba otras para el confesor de la Reina y algunas más de personas influyentes, de manera que, aunque tropezó con serias dificultades, llegó a realizarse la suspirada entrevista.

En ella expuso Colón su plan por completo. Explicó con el ardor de un iluminado y la elocuencia de un convencido, la seguridad que tenía de hallar por el Occidente el camino más corto para alcanzar la India. Volvió, seguramente, a hablar de las riquezas fabulosas de aquellos países, donde el oro y las especias se producen en abundancia, y deslumbró, sin duda, a los Reyes, describiéndoles la grandeza del futuro imperio donde millones de nuevos súbditos lanzarían sobre Castilla y Aragón un río de oro, y cuya gloria no sería igualada por la de ningún otro. Debió impresionar grandemente la honda religiosidad de la Reina el proyecto magnífico de cristianizar aquellos pueblos, que a la sombra del pendón de Castilla hallarían la salvación de sus almas. Por último, Colón refirió, sin duda, lo que formaba como la cúpula y remate de tan fantástica empresa: su decisión de emplear una buena parte del oro adquirido en librar de mahometanos los Santos Lugares, empresa que merecería el aplauso de toda la cristiandad.

La entusiasta reina D.^a Isabel, corazón sensible e inteligencia vasta, capaz de abarcar grandiosas concepciones, quedó fuertemente impresionada y decidió prestar su decidido concurso. D. Fernando, más calculador, aceptó también en principio una idea cuya transcendencia apreciaba; pero ambos juzgaron prudente nombrar una Junta que es-

tudíase el asunto y fallase sobre la conveniencia de su realización.

Además, es preciso consignar que Colón se presentaba en una mala coyuntura. Los Reyes Católicos, decididos a limpiar de moros la Península, se hallaban en aquel momento en lo más crudo de la campaña, y a las dificultades de la reconquista se unían las que ofrecía el tener que contrarrestar la soberbia de los grandes señores, la anarquía de las ciudades, la indisciplina de las órdenes militares y algunos alzamientos ocurridos en el Norte.

Reunióse, no obstante, la Junta, y después de largas discusiones, dictaminó que las promesas y ofertas de Colón, "por imposibles y vanas eran de toda repulsa dignas"; pero trataron de consolarle diciendo que "volverían a la materia cuando más desocupadas Sus Altezas se vieran".

Entonces empezó para el gran explorador, como dice Fray Bartolomé de las Casas, "una terrible, continua, penosa y prolija batalla, que por ventura no le fuera tanto áspera, ni tan horrible la de materiales armas, cuando la de informar a tantos que no le entendían, aunque presumían de le entender, responder y sufrir a muchos que no conocían ni hacían mucho caso de su persona, recibiendo algunos baldones de palabra que le afligían el alma".

Su único refugio, el lugar donde su alma hallaba un consuelo y una compensación para tantas amarguras, era la familia de D.^a Beatriz Enríquez, hermosa dama que comprendía el genio de Colón y le acompañaba en su infortunio.

El trato continuo, la simpatía que ambos se profes-

ban, dió lugar a sentimientos más hondos, y de este amor nació Fernando Colón, que heredó de su padre sus altas dotes y ha dejado escrita una extensa historia y otros trabajos de gran interés.

Colón, no obstante, no era hombre que cedía ante circunstancias adversas, ni se dejaba abatir por los obstáculos que pudiese hallar en su camino. Obsesionado por su idea dominante, e incansable en su tarea de convencer a los que se prestaban a oírle, iba poco a poco ganando algunos amigos influyentes a su causa, entre los cuales se contaron personajes como el cardenal Mendoza, llamado, a causa de su gran influencia, *el tercer rey de España*; Santángel, privado del Rey, *el buen aragonés, magnífico, amado consejero*, como solía llamarle, que había intercedido en favor de Colón, y sobre todo el famoso dominico Fray Diego de Deza, catedrático de la Universidad de Salamanca y prior del Convento de San Esteban.

Los trabajos y conferencias de estos amigos de Colón dieron por resultado llevar al ánimo de la Reina, y al del mismo navegante, el convencimiento de la conveniencia y la importancia de que sus planes fuesen examinados en la Universidad de Salamanca, para que esta célebre Escuela diera sobre ellos su autorizado parecer.

CAPÍTULO V

La Universidad de Salamanca.— Su informe favorable.— Colón vuelve a la Corte llamado por los Reyes.— Su impaciencia y desencanto.— Vuelve a renacer la esperanza.

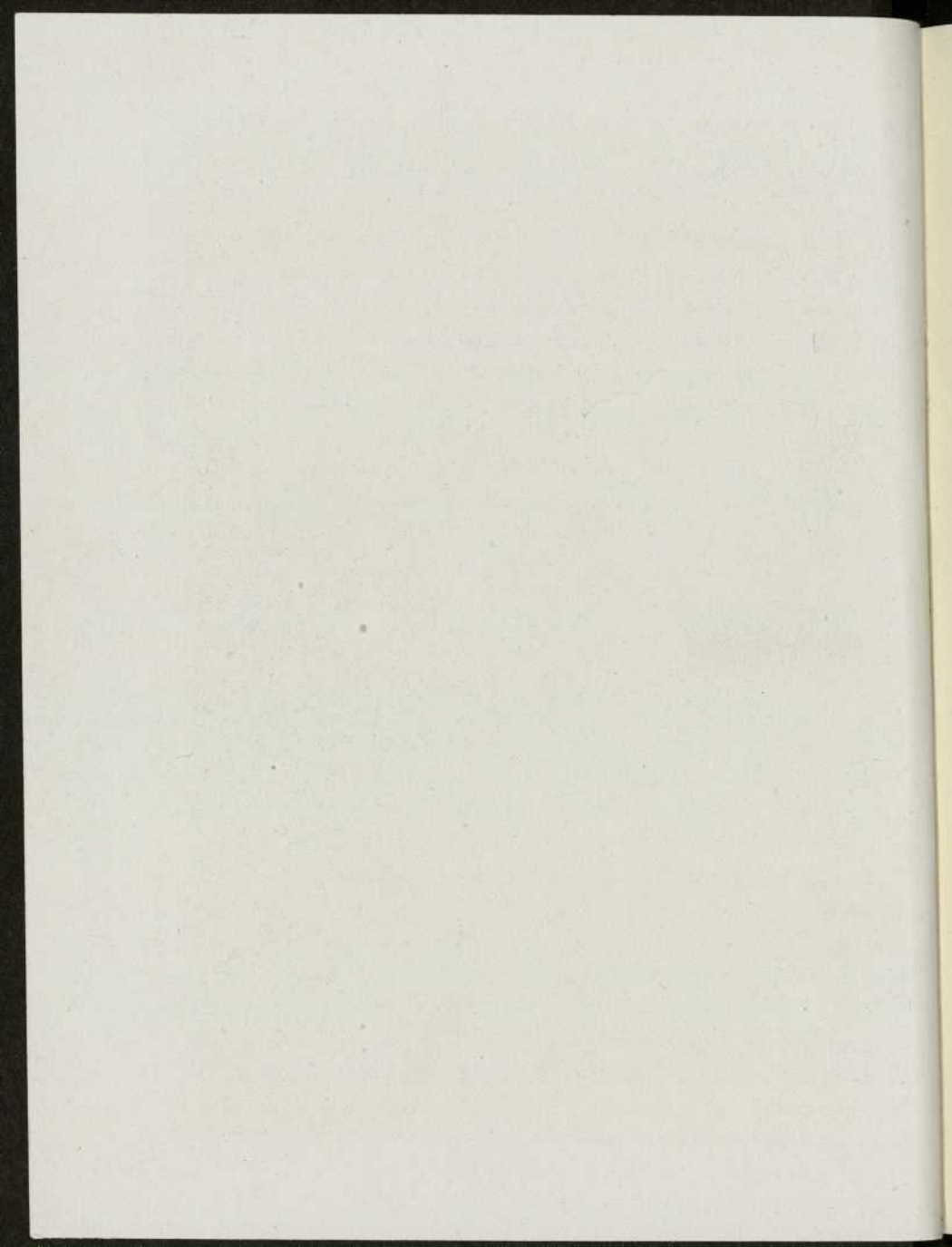
La Universidad de Salamanca se hallaba en aquel entonces en un período de esplendor, y era llamada *Madre de todas las Ciencias*. “Las otras Universidades le pedían maestros; los monarcas, consejeros, médicos y preceptores; y los mismos pontífices romanos le demandaban músicos, médicos y oradores sagrados”.

Un año (1485) vivió Colón en Salamanca, alojado en el Convento de San Esteban, donde en frecuentes conferencias tuvo ocasión de conquistar a su causa un grupo escogido de aquellos inteligentes frailes, entre los que se distinguía Deza por su fe y su absoluta compenetración con el futuro almirante.

“¡Qué admirable espectáculo debía presentar el antiguo salón del convento en esas memorables conferencias! — exclama W. Irving en su *Vida de Colón* —. ¡Un simple marino levantando la voz en medio de aquel imponente concurso de profesores, religiosos y dignatarios eclesiásticos, sustentando con natural elocuencia su teoría y defendiendo, por decirlo así, la causa del Nuevo Mundo! Se refiere — sigue diciendo el citado autor —, que cuando empezó a explicar las bases de su doctrina, sólo los frailes de San



Colón expone sus planes y teorías a los frailes dominicos (Cuadro de F. Masó)



Esteban le escucharon, por poseer aquel convento más conocimientos científicos que el resto de la Universidad. Los otros parece que se habían atrincherado detrás de una pertinaz posición, a saber: que después de tantos y tan profundos filósofos y cosmógrafos que habían estudiado la forma del mundo, y tan hábiles marinos que navegaron por sus mares durante millares de años, era grandísima presunción de un hombre ordinario el suponer que le estaban a él reservados aun vastos descubrimientos...

"Colón se ve atacado no por principios geográficos, sino por abstracciones, citas y argumentos de varios escritores notables...

"Así, la posibilidad de los antípodas en el hemisferio Sur, opinión tan generalmente admitida por los filósofos más sabios de la antigüedad, fué la mayor dificultad que presentaron muchos letrados de Salamanca...

"¿Habrá alguno tan necio, repetían con Lactancio, que crea que hay antípodas con los pies opuestos a los nuestros; gente que anda con los talones hacia arriba y la cabeza colgando? ¿Que hay una parte del mundo en que todas las cosas están al revés, donde los árboles crecen con las ramas hacia abajo, y en donde llueve, graniza y nieva hacia arriba?..."

"Tales argumentos tuvo Colón que combatir al principio de las conferencias. A la más sencilla de sus proposiciones, la forma esférica de la Tierra, le opusieron textos figurativos de las Escrituras. Colón, que era devotamente religioso, vió que estaba en peligro de verse convicto, no sólo de error, sino de heterodoxia. Otros más versados en

las ciencias admitían la forma globular de la Tierra y la posibilidad de un hemisferio opuesto habitable; pero renovaban la quimera de los antiguos, manteniendo que sería imposible llegar a él, a consecuencia del calor insoportable de la zona tórrida. Aun concediendo que ésta pudiese pasarse, decían que la circunferencia de la Tierra era seguramente tan grande, que se necesitarían lo menos tres años para el viaje, y que los que lo emprendieran perecerían de sed y de hambre, por la imposibilidad de llevar provisiones para tanto tiempo. Se le dijo que sólo el hemisferio Norte era habitable; que la otra mitad era un caos o un mero desierto de aguas...

"¿Cómo podemos admirarnos de las dificultades y dilaciones que sufría en las cortes, cuando hasta los sabios de las universidades tenían nociones tan vagas e indigestas?...

"No obstante, es probable que pocos pondrían esta clase de reparos... y que se avanzarían objeciones más fundadas y dignas de tan distinguida Universidad, y debe también añadirse, en justicia, que las réplicas de Colón pesaron mucho en el ánimo de sus examinadores.

"En respuesta a las objeciones fundadas en la Escritura, dijo: que los inspirados autores a que se referían, no hablaban técnicamente como cosmógrafos, sino figurativamente y en lenguaje asequible a todas las inteligencias. Los comentarios de los Padres de la Iglesia los trató con la deferencia que se les debe...

"A los reparos sacados de los filósofos antiguos, respondió osada y hábilmente en términos iguales, como quien está profundamente instruido en todos los puntos de la

cosmografía... Zanjaba la cuestión de la zona tórrida, porque habiendo estado en Guinea, casi bajo la línea equinoccial, había visto que aquella región no era sólo atravesable, sino abundante en gente, frutos y pastos.

"Cuando Colón se presentó ante el docto Colegio — sigue diciendo el entusiasta historiador —, no tenía otra apariencia que la de un sencillo y simple navegante, algo intimidado quizás por la grandeza de su obra y la augusta investidura de su auditorio. Pero poseía un fondo de sentimientos religiosos que le dieron confianza en la ejecución de lo que él pensaba su grande obra, siendo uno de aquellos temperamentos ardientes que se inflaman por la acción de su propio y generoso fuego. Las Casas y otros contemporáneos han hablado de su imponente presencia, de su elevado continente, de su aire de autoridad, de su vista animada y de las persuasivas entonaciones de su voz. ¡Cuánta majestad y fuerza debieron adquirir sus palabras cuando, abandonando mapas y cartas y deponiendo por un momento los conocimientos científicos y prácticos, al oír las objeciones doctrinales de sus oponentes, se adelantaba a encontrarles en sus mismas posiciones, haciendo resonar aquellos magníficos textos de las Sagradas Escrituras y aquellas predicciones misteriosas de los profetas, que él en su entusiasmo consideraba como nuncios de los grandiosos descubrimientos que proponía!"

Diego de Deza y los frailes dominicos trabajaron tan activamente en este asunto, que a gran parte de los examinadores lograron persuadirles de que Colón tenía razón. Después de conseguir un informe favorable de la Junta,

el convento tomó a su cargo la empresa de comunicarlo a los Reyes, recomendándoles el proyecto como un asunto seguro e importante.

Los Reyes, que se hallaban todavía inclinados a favor de Colón, le llamaron a su servicio, pagándole un primer socorro de tres mil maravedís y otorgándole algunos privilegios, aplazando para cuando la ocasión fuere propicia la empresa de su viaje.

Colón creyó con esto que se hallaba próximo a la realización de sus ensueños; pero en aquella época la preocupación dominante en la Corte era acabar la guerra con los moros, y no se pensaba sino en aumentar los preparativos militares y allegar recursos, de que muy faltados se hallaban los Soberanos.

Colón fué pasando el tiempo entre alternativas de esperanza y de abatimiento, acompañando unas veces a los Reyes, asistiendo otras a hechos de armas, como la toma de Málaga, comprendiendo seguramente que antes del término de aquella empresa era imposible que se atendiese a sus peticiones.

Pero pasados casi cinco años de esta manera, su paciencia se agotó y se dirigió de nuevo hacia el convento de la Rábida, decidido a recoger a su hijo Diego y buscar en Francia el apoyo y los medios que no había logrado hallar en España.

En la Rábida halló Colón la misma cordial acogida que la primera vez. Al enterarse de su propósito los frailes, y especialmente Fray Antonio de Marchena, que, como se dijo antes, tenía fama de buen *astrólogo*, comprendió la conve-

niencia para España de no dejar escapar un hombre de la talla de Colón y prometió interceder de nuevo utilizando el apoyo del venerable Fray Juan Pérez, prior del convento, que gozaba de mucha influencia en la Corte, entre otras cosas, por haber sido durante algún tiempo confesor de la Reina.

Fray Juan Pérez no entendía nada de astrología ni de arte de navegar, pero tenía buen sentido y comprendía la transcendencia de las ofertas de Colón. Con objeto de no perder tiempo, escribió inmediatamente a la Reina una carta, rogándole que atendiese a las proposiciones de aquel navegante, en la seguridad de que el resultado de una expedición reportaría grandes beneficios a su reino.

La carta fué llevada a Santa Fe, ciudad nueva erigida cerca de Granada, en el lugar donde se había establecido el campamento del ejército sitiador de la ciudad, último baluarte de la dominación musulmana en la Península.

La Reina, ya predispuésa a favor de aquel genial aventurero, y previniendo quizás que se acercaba el término de una gran empresa como la toma de Granada y era llegado el momento de emprender otra nueva más grande todavía, acogió favorablemente las súplicas de su antiguo confesor y mandó que se entregasen a Colón veinte mil maravedís, con objeto de que pudiese vestirse y disponerse para presentarse de nuevo en la Corte.

La emoción y el júbilo con que fué leída la carta de la Reina no puede describirse, y lo que resultaba extraordinario era que aquella ilustre Reina había tomado la resolución de que los gastos de Colón recayesen exclusivamente sobre su corona de Castilla.

CAPÍTULO VI

Las entrevistas con la Reina. — Colón asiste a la rendición de Granada. — Las exigencias de Colón. — Éste se aleja de Granada. — La Reina le manda llamar. — La Corte acepta las condiciones de Colón.

A poco de llegar Colón a la Corte, fué recibido varias veces por la Reina, que cada vez quedaba más entusiasmada por el proyecto y más decidida a llevarlo a cabo, pero para tomar una resolución, se pidió a Colón que precisara los detalles y formulara de un modo concreto sus pretensiones. Además, estando ya muy apretado el cerco de Granada y a punto de caer la ciudad en manos de los cristianos, era preciso esperar que aquel memorable acontecimiento se realizara.

Colón, mientras tanto, permaneció en el campamento del ejército sitiador, se afirma que tomó parte en algún combate, y por último asistió a la rendición de la ciudad de Granada el día 2 de enero de 1492, presenciando seguramente la entrega de las llaves por Boabdil.

Reconquistada Granada, terminada de este modo glorioso la gran epopeya que había durado siete siglos, epopeya en la que se habían concentrado los esfuerzos y las energías de los pueblos cristianos de la Península, pudieron los Reyes dirigir la mirada hacia aquellos lejanos horizontes que les señalaba el sublime visionario, e intentar una

empresa de una grandiosidad tal, que superaba a todas las realizadas hasta entonces.

Ante la decisión de la Reina, de tomar a su cargo la realización del proyecto, se reunió el Consejo con objeto de examinar las condiciones del viaje y las cláusulas del contrato que encerraban las pretensiones de Colón.

Las cosas no podían ir por mejor camino: los amigos trabajaban activamente en su favor, y la decisión de la Reina, que se había hecho pública, había causado una profunda impresión; además, las exigencias materiales no eran excesivas, pues Colón pedía tan sólo tres naves para la expedición.

Pero otro obstáculo, mayor que todos y de otra naturaleza, estuvo a punto de hacer fracasar las negociaciones. Este obstáculo eran las pretensiones de Colón, nada modestas por cierto, pues exigía que se le concediese el título de Almirante mayor del Océano y Virrey y Gobernador de todas las tierras e islas que descubriese; además, una décima parte de todos los beneficios que produjera la conquista y el comercio.

El rey Fernando, hombre astuto, calculador y maduro en los negocios, que no participaba del entusiasmo de su generosa consorte, consideró, de acuerdo con otras personas de su Consejo, que estas pretensiones eran desmedidas, pues en el caso de resultar ciertas las promesas de aquel visionario, el premio sería excesivo, y en el caso de fracasar la empresa, la inocente credulidad de la Corte española sería motivo de sangrientas burlas.

Rogóse, pues, a Colón que modificara sus pretensiones

y las ajustase mejor a la realidad, interviniendo, con ánimo de convencerle, sus numerosos amigos que deseaban que la empresa se llevase a cabo.

Pero todo fué inútil; Colón no se dejaba conmover. El Consejo, como hemos dicho, rechazó sus proposiciones, "mandando los Reyes que le dijesen que se fuese enhorabuena".

Indignado Colón, y aunque sabía que fuera de España quizás le esperaban en otras Cortes más desengaños y amarguras, decidió despedirse de sus amigos, y montando en una mula se dirigió a Córdoba, desde donde pensaba salir para Francia.

Los amigos de Colón, los que en él creían, no pudieron permanecer indiferentes al ver cómo se deshacía el gran ensueño glorioso, y no podían soportar la idea de que otro reino diese acogida a aquel hombre extraordinario y se aprovechase del genio que Dios le había concedido. Decididos a que Castilla y Aragón tomaran bajo sus auspicios la memorable aventura, acudieron de nuevo a la Reina, haciéndole ver que la partida de Colón redundaría en perjuicio de Castilla y de toda la cristiandad. Además, lo que pedía para la expedición no era exorbitante: tres carabelas y tres mil coronas.

Muy dudosa anduvo la reina Isabel en decidirse de nuevo a proteger la empresa. El erario estaba exhausto con motivo de las guerras, y su esposo no prestaba una incondicional adhesión. El caso debía meditar, sin duda; la prudencia exigía estudiar de nuevo el asunto; pero, por fortuna, las apasionadas súplicas de Santángel y de sus

amigos, que le hicieron comprender la urgencia del caso, y la exaltación de su grande espíritu, la decidieron a salvar todos los inconvenientes, y se buscó la manera de reunir el dinero que la expedición había de exigir. Hasta hace relativamente pocos años, los biógrafos de Colón, siguiendo a Fray Bartolomé de las Casas, relatan la magnanimidad de la Reina que, entusiasmada por los proyectos de Colón, empeñó las joyas de la corona para que la empresa pudiera llevarse a cabo. Modernamente se ha visto que fueron otros los dineros de que se echó mano, pues las joyas habían sido ya anteriormente empeñadas para otros fines. Lo cierto es que la Reina mandó un veloz mensajero en busca de Colón, que le alcanzó a dos leguas de Granada, en el puente de Pinos. Al enterarse el navegante del ardor de la Reina, enternecido, olvidó lo que en aquella Corte había sufrido, y volvió, renovada su esperanza, a la ciudad de Santa Fe.

Todas las dificultades que hasta entonces había experimentado Colón en sus relaciones con la Corte, se trocaron en facilidades. De acuerdo con el rey Fernando se fijaron las capitulaciones, que pronto se firmaron en Santa Fe el 17 de abril de 1492 (1). Los artículos del tratado vienen a decir lo siguiente:

1.º Colón y sus herederos gozarían del título de Almirante en todas las tierras que se descubriesen, con los títulos y prerrogativas que corresponden a un almirante de Castilla.

(1) El original de estas capitulaciones se conserva en el archivo de la casa de Veragua, cuyos miembros son sucesores de Colón.

2.º Que sería nombrado Virrey y Gobernador de todos aquellos países, con el derecho de nombrar tres gobernadores, uno de los cuales sería elegido por el Soberano.

3.º Que podría reservarse una décima parte del oro, plata, etc., y de todos los artículos de comercio con los cuales se hiciesen transacciones.

4.º Que si surgiese algún pleito entre los mercaderes que comerciasen con aquellos nuevos países, el Almirante o un lugarteniente suyo serían los únicos jueces que debían fallarlo.

5.º Colón podía contribuir con la octava parte de los gastos de la expedición y recibir la octava parte de los beneficios que reportase.

CAPÍTULO VII



Los habitantes de Palos temen embarcarse. — La intervención de Martín Alonso Pinzón. — Salida de la flota.

Formadas las capitulaciones, se despidió Colón de la Corte, dirigiéndose a Palos, que era el puerto designado para preparar la expedición. Parece que los habitantes de Palos, a consecuencia de algunas faltas cometidas, habían sido condenados por el Consejo a servir a la Corona por todo un año y con dos carabelas. Estas dos carabelas se entregaron a Colón, y junto con otra que se procuró después, formaron la pequeña flota con la que debía efectuar su primer viaje.

Colón disponía ahora de prestigio, de barcos y de dinero; faltábale únicamente hallar hombres que le acompañasen, dispuestos como él a arrostrar los peligros de una navegación por mares desconocidos. Los habitantes de Palos, al ver los grandes preparativos, al enterarse del acopio de víveres que decían debían ser suficientes para un año, hablaban entre sí de la expedición como la de una locura, y nadie se ofrecía a embarcarse. A las amenazas y a las súplicas respondían huyendo de la población, siendo imposible retener allí los hombres, y menos decidirlos a seguir a Colón. Tanto arraigo tomaron en el ánimo del pueblo la desconfianza y el temor, que Colón solicitó un permiso de los Reyes para poder utilizar los presos de la

cárcel. Los frailes de la Rábida intervinieron de nuevo en esta ocasión, logrando hacer desistir a Colón de este propósito, que seguramente hubiera acarreado un ruidoso fracaso, y le incitaron a que acudiese a la buena voluntad de Martín Alonso Pinzón, rico y conocido armador y comerciante de Palos.

Martín Alonso, desde muy joven, se había dedicado a la navegación, adquiriendo entre sus compañeros fama de experto marino y buen capitán. En sus numerosos viajes había llegado hasta la Guinea y las Canarias, y conocía la costa atlántica y la mediterránea.

Durante la guerra con Portugal se hizo temible, y cuentan que no había nave enemiga que osara medirse con la suya.

Después estuvo algún tiempo en Roma con objeto de ampliar sus conocimientos geográficos y estudiar textos de la Biblioteca Vaticana; prosperó luego en sus negocios, y en aquel entonces sostenía varias naves y era considerado como un hombre lleno de conocimientos y de prestigio.

Martín Alonso se dejó persuadir fácilmente: comprendió el alcance de la tentativa de Colón y se asoció a la empresa, cooperando en ella con su trabajo, con sus conocimientos y con su bolsillo.

Con la intervención de Martín Alonso, las cosas tomaron un nuevo giro favorable. Las antiguas carabelas fueron substituídas por otras de mayor confianza y se fletó además una nave de Cantabria, fuerte y buena, adecuada para aquel arriesgado y largo viaje. Por otro lado, la gente de Palos, al ver que el conocido capitán formaba parte de la

expedición y exponía en ella sus caudales y su vida, adquirieron más confianza y prestaron oídos a los relatos de las ganancias y beneficios que de ella podrían reportar.

“Martín Alonso — dice un testigo —, traía tanta diligencia en allegar la gente y animarla, como si lo que descubriese hubiese de ser para él y para sus hijos. A unos decía que saldrían de la miseria, a otros que hallarían casas con tejas de oro; a algunos brindaba con buena ventura, teniendo para cada cual halago y dinero, y con esto y con llevar confianza en él, se fué mucha gente de las villas”.

Como se ve, Martín Alonso Pinzón merece un lugar de preferencia entre los héroes de esta gran hazaña del descubrimiento de América. Sin su fe, su inteligencia y su entusiasta concurso, quizás hubiese tenido Colón que desistir de su empeño.

Se tripuló, pues, la armada con andaluces y cántabros que habían navegado por África, Flandes e Irlanda, y tan bien escogidos fueron, que Colón los juzgó como *buenos y cursados hombres de mar*.

Terminados los preparativos, estaban ya balanceándose en el puerto, dispuestas a zarpar, las tres carabelas que llevaban los nombres de *Pinta, Niña y Santa María*.

Acostumbrados hoy a nuestros grandes transatlánticos, verdaderos monstruos flotantes que cruzan veloces en pocos días la gran extensión de mar que separa Europa del continente americano, debemos asombrarnos de la audacia que significa desafiar, esa inmensidad, entonces más peligrosa, puesto que era desconocida, con tres frágiles embarcaciones como eran las tres carabelas.

La *Pinta* desplazaba 100 toneladas, la *Niña* 80, y la *Santa María* 120.

“Llegado el 3 de agosto, día memorable — describe el señor Fernández Duro (1) —, antes de la salida del Sol, se agrupaban en la playa los ribereños del Odiel, atentos a las maniobras de los bajeles que zarpaban. Embarcó Colón en el batel de la capitana, despidiéndole con su bendición su confesor y amigo Fray Juan Pérez; rompiéronse poco a poco los juncos del entenal, y el manso viento de la tierra que ondeaba el estandarte de Castilla, llenó las velas en que se había pintado el signo de la redención. Lenta, majestuosamente, cual si el maderamen participara de la emoción de los hombres que sostenía, la proa al horizonte, teñido por los arreboles de la aurora, pasaron una tras otra las naves.

”Dejaron correr el llanto las mujeres, por agitar en la mano los pañuelos, elevaron las gorras los hombres, palmotearon los pequeñuelos, y en grito tres veces repetido que confundía el dolor, la incertidumbre, la esperanza, el entusiasmo, el orgullo y la fe, madres y esposas, deudos y amigos, dieron el acostumbrado ; buen viaje!”

; Ciento veinte hombres tan sólo acompañaban a Colón!
; Con este puñado de héroes se iba a explorar el misterio de un mundo desconocido!

(1) Conferencia leída en el *Ateneo de Madrid* con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América.

CAPÍTULO VIII

Relación del primer viaje de Colón.

El extracto de la relación, en forma de diario, que de este primer viaje hizo Colón, nos ha sido conservado por Fray Bartolomé de las Casas. De este extracto se copian a continuación las partes que ofrecen mayor interés, entendiéndose que así el lector podrá ponerse en contacto más directo con este acontecimiento emocionante en alto grado, uno de los momentos culminantes de la historia de la humanidad:

"Viernes 3 de agosto. — Partimos el viernes 3 de agosto, de la barra de Saltes, a las ocho horas; anduvimos con fuerte virazón, hasta ponerse el Sol, hacia el Sur sesenta millas; después al Sudoeste y al Sur, que era el camino para las Canarias.

.....
"Lunes 6 de agosto. — Saltó o desencajóse el gobernalle (timón) de la carabela *Pinta*, donde iba Martín Alonso Pinzón, a lo que se creyó y sospechó por industria de un Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, cuya era la carabela, porque le pesaba ir en aquel viaje.

"Martes 7 de agosto. — Tornóse a saltar el gobernalle a la *Pinta*; adobáronlo y anduvieron en demanda de la isla de Lanzarote, que es una de las Canarias.

"*Jueves 9 de agosto.* — Hasta el domingo en la noche no pudo el Almirante tomar la Gomera, y Martín Alonso quedóse en aquella costa de Gran Canaria por mandato del Almirante, porque no podía navegar. Después tomó el Almirante a Canaria (o a *Tenerife*), y adobaron muy bien la *Pinta*, con mucho trabajo y diligencias del Almirante, de Martín Alonso y de demás. Vieron salir gran fuego de la sierra de la isla de Tenerife, que es muy alta (el volcán de Teide).

.....

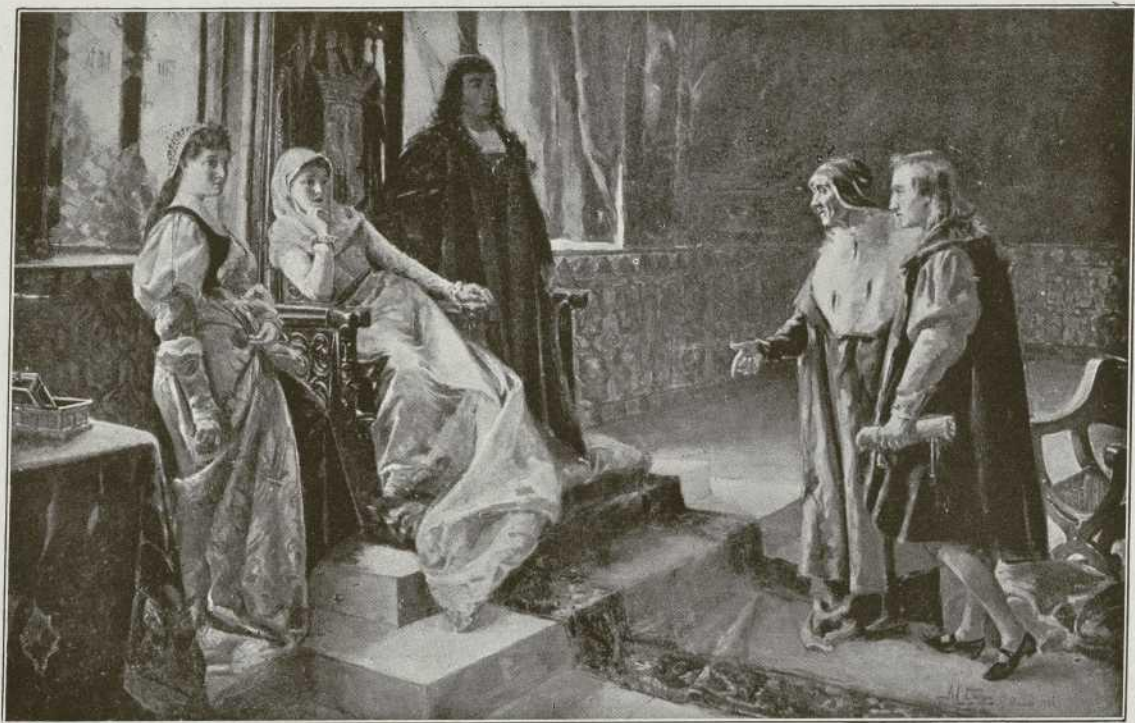
"*Jueves 6 de septiembre.* — Partió aquel día por la mañana del puerto de la Gomera y supo el Almirante, por una carabela que venía de la isla de Hierro, que andaban por allí tres carabelas de Portugal, para lo tomar; debía de ser envidia que el Rey tenía por haberse ido a Castilla.

.....

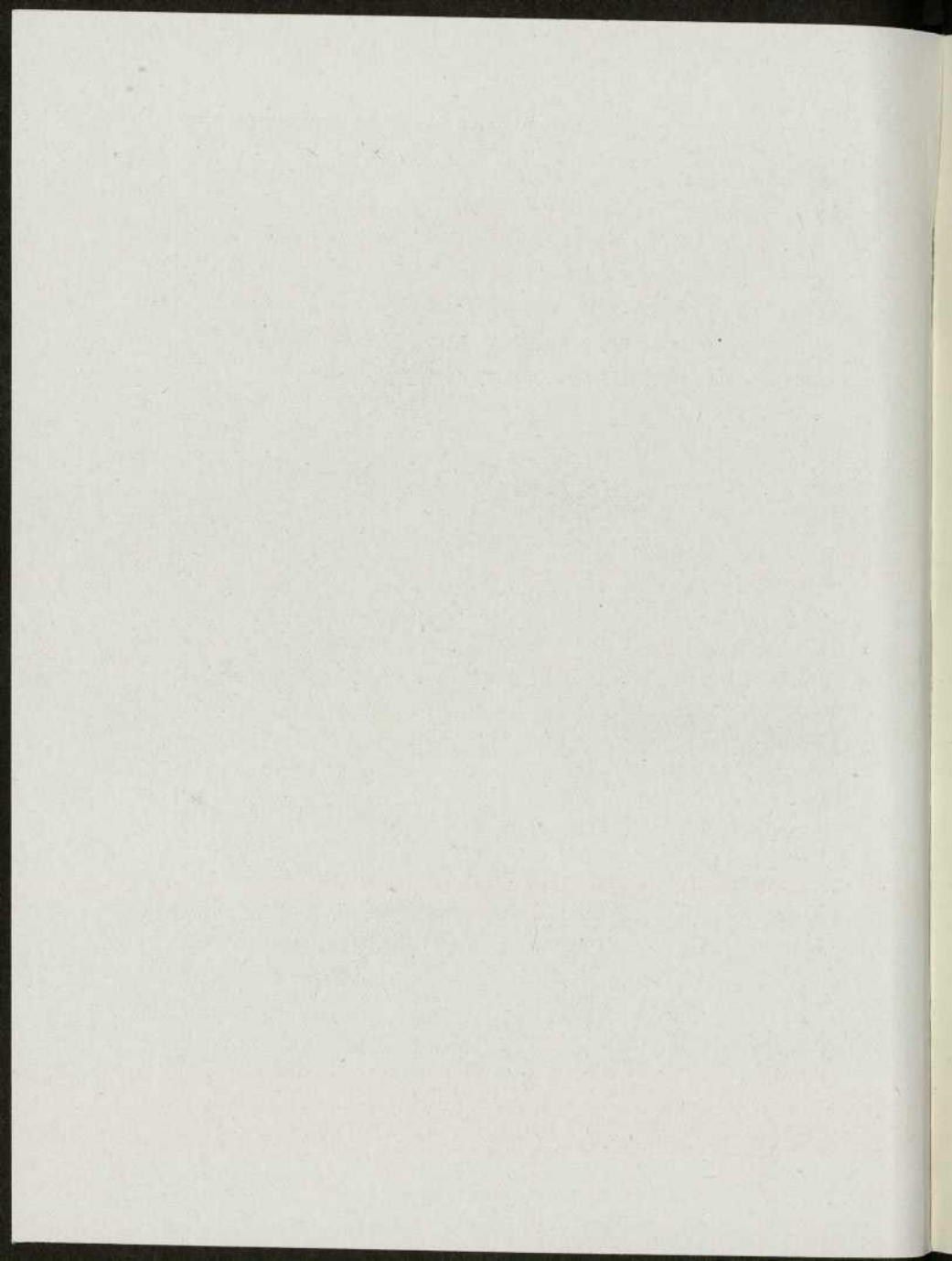
"*Domingo 9 de septiembre.* — Anduvo aquel día diez y nueve leguas y acordó contar menos de las que andaba, porque si el viaje resultaba largo, no se espantase ni desmayase la gente... Los marineros gobernaban mal, decayendo sobre la cuarta Nordeste, sobre lo cual les riñó el Almirante muchas veces."

Hay que advertir que Colón, durante todo el viaje, fué contando muchas menos leguas o millas de las que andaban realmente, con objeto de que la tripulación no se creyese tan lejos de las costas conocidas. De aquí en adelante, las carabelas hacen rumbo hacia mares desconocidos.

"*Jueves 13 de septiembre.* — ... Las corrientes le eran contrarias. En este día, al comienzo de la noche, las agu-



Colón es presentado por primera vez a los Reyes Católicos (Cuadro de Crespo)



jas noroesteaban y a la mañana noroesteaban algún tanto”.

Esta fué la primera observación que se hizo de la variación magnética. Los marineros se asustaron del hecho nuevo, logrando Colón tranquilizarlos explicándoles que no era la aguja la que variaba, sino la estrella Polar, que había cambiado de sitio con respecto a ellos.

“*Domingo 16 de septiembre.* — Navegó aquel día y la noche hacia el Oeste... Dice el Almirante que hoy y de aquí en adelante hallaron aires muy templados; que eran muy agradables las mañanas y no faltaba sino oír ruiseñores. Dice él que el tiempo era como abril en Andalucía. Aquí comenzaron a ver muchas manchas de hierba muy verde que se habían recientemente arrancado de la tierra, según parecía.

“*Lunes 17 de septiembre.* — ... En amaneciendo aquel lunes vieron muchas más hierbas que parecían hierbas de ríos, en las cuales hallaron un cangrejo vivo que guardó el Almirante, y dice que aquéllas fueron señales ciertas de tierra, porque no se hallaban más allá de ochenta leguas. El agua del mar hallaban menos salada desde que salieron de las Canarias; los aires siempre más suaves; iban muy alegres todos, y los navíos, quien más podía andar andaba, por ver primero tierra; vieron muchas toninas (1), y los de la *Niña* mataron una. Dice el Almirante que “aquellas señales eran del Poniente, donde espero en aquel alto Dios, en cuyas manos están todas las victorias, que muy presto

(1) Delfines.

nos dará tierra". En aquella mañana vió una ave blanca que se llama *Rabo de junco*, que no suele dormir en el mar.

.....
 "Miércoles 19 de septiembre. — ... Este día, a las diez, vino a la nao un alcatraz (1), y a la tarde vieron otro que no suele apartarse veinte leguas de tierra... No quiso el Almirante detenerse para averiguar si había tierra; mas de que tuvo por cierto que a la banda del Norte y del Sur había algunas islas, como era la verdad y él iba por medio de ellas; porque su voluntad era de seguir adelante hasta las Indias, y el tiempo es bueno, porque placiendo a Dios, a la vuelta se vería todo."

Aquí aparece clara la decisión de Colón de alcanzar la costa asiática, y por esto no se interesaba por conocer las islas que pudiera hallar a su paso.

"Jueves 20 de septiembre. — ... Tomaron un pájaro con la mano; era pájaro de río y no de mar, los pies tenía como gaviota; vinieron al navío, en amaneciendo, dos o tres pajaritos de tierra cantando, y después, antes del sol salido, desaparecieron.

"Viernes 21 de septiembre. — Aquel día fué todo lo más calma y después algún viento... En amaneciendo hallaron tanta hierba, que parecía ser la mar cuajada de ella y venía del Oeste... Vieron una ballena, que es señal de que estaban cerca de tierra, porque siempre andan cerca.

"Sábado 22 de septiembre. — ... Dice aquí el Almirante, al ver soplar un viento contrario: *Mucho me fué nece-*

(1) Ave.

sario este viento contrario, porque mi gente andaban muy estimulados (escamados quiere decir), que pensaban que no ventaban estos mares vientos para volver a España.

.....

"Martes 25 de septiembre. — Al sol puesto, subió Martín Alonso en la popa de su nave, y con mucha alegría llamó al Almirante pidiéndole albricias que veía tierra, y cuando se lo oyó decir el Almirante, se echó a dar gracias a Nuestro Señor de rodillas, y Martín Alonso decía *Gloria in excelsis Deo*, con su gente; lo mismo hizo la gente del Almirante, y los de la *Niña* subiéronse todos sobre el mástil y en la jarcia, y todos afirmaron que era tierra; al Almirante pareció que habría a ella veinticinco leguas... Anduvo la mar muy llana, por la cual se echaron a nadar muchos marineros; vieron muchos dorados y otros peces.

"Miércoles 26 de septiembre. — Navegó a su camino al Oeste, hasta después de mediodía. De allí fueron al Sudoeste, hasta conocer que lo que decían que había sido tierra no lo era, sino cielo...

.....

"Domingo 7 de octubre. — ... En este día, al levantar del Sol, la carabela *Niña*, que iba delante por ser velera, y andaban quien más podía por ver primero tierra, por gozar de la merced que los Reyes a quien primero la vieses habían prometido, levantó una bandera en el tope del mástil y tiró una lombarda en señal de que veían tierra, porque así lo había ordenado el Almirante. Tenía también ordenado que al salir el Sol y al ponerse se juntasen todos los navíos con él, porque estos dos tiempos son más para que

los humores den más lugar a ver más lejos. Como por la tarde no viesen la tierra que pensaban los de la carabela *Niña* y porque pasaban gran multitud de aves de la parte del Norte al Sudeste... y porque sabía el Almirante que las más de las islas que tienen los portugueses, por las aves las descubrieron; por esto acordó dejar el camino del Oeste y poner la proa al Suroeste, con determinación de andar dos días por aquella vía.

.....

"*Miércoles 10 de octubre.*— ... Aquí la gente ya no lo podía sufrir, quejábbase del largo viaje; pero el Almirante los esforzó lo mejor que pudo, dándoles buena esperanza de los provechos que podrían haber. Y añadía que el quejarse era por demás, pues que él había venido a las Indias y que así lo había de proseguir hasta hallarlas, con la ayuda de Nuestro Señor."

Estas quejas a que se refiere el Almirante en su diario, tomaron carácter de un verdadero motín. Parece que estando Colón sentado en la popa de su nave, contemplando el horizonte, se vió de pronto rodeado por la tripulación, que se presentaba a él decidida a exponerle su propósito de no seguir adelante. Aquellos hombres sencillos carecían de los recursos morales que sostienen y acrecientan las fuerzas en los momentos difíciles. Sólo veían que el viaje se alargaba con exceso, que los víveres no eran ya tan abundantes, que habían alcanzado regiones donde ningún hombre había osado adelantarse hasta entonces; además, que las naves no resistían tan largo viaje y la vuelta en ellas se haría muy difícil. Las señales de tierra

eran frecuentes, sí, pero ésta no aparecía por ningún lado, y era locura dejarse llevar más allá arrastrados por un ambicioso y maniático, que nada tenía que perder.

Colón oyó sus quejas sin inmutarse, y cuentan que para apaciguarlos les propuso consultar el caso con Martín Pinzón, poniéndose para ello al habla con su carabela. Aceptaron sus hombres la proposición, y ya cerca de la *Niña*, le gritó Colón. "*Martín Alonso, esta gente que va en este navío, va murmurando y tiene ganas de volverse, y a mí me parece lo mismo, pues que habemos andado tanto tiempo y no hallamos tierra.*" Martín Alonso, que se hacía muy bien cargo de la situación del Almirante y que quizás temía que el caso se repitiera en su nave, acudió en su auxilio exclamando con energía: "*Señor, ahorque vuesa merced media docena de ellos o échelos a la mar, y si no se atreve, yo y mis hermanos barloaremos sobre ellos y lo haremos; que armada que salió con mandato de tan altos Príncipes, no ha de volver atrás sin buenas nuevas.*"

Por fortuna, como puede verse en el diario, siguieron menudeando las señales de las tierras próximas y desapareció el temor de los hombres, siendo substituído por nuevas esperanzas.

"*Jueves 11 de octubre.* — Tuvieron mucha más mar que en todo el viaje habían tenido. Vieron pardelas y un junco verde junto a la nao. Vieron los de la carabela *Pinta* una caña y un palo, y tomaron otro palillo labrado, a lo que parecía con hierro, y un pedazo de caña y otra hierba que nace en tierra, y una tablilla... Con estas y otras señales respiraron y alegráronse todos...

”Después del sol puesto, navegó a su primer camino, al Oeste... Y porque la carabela *Pinta* era más velera e iba delante del Almirante, halló tierra e hizo las señales que el Almirante había mandado... El Almirante, a las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vido lumbre, aunque fué cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra; pero llamó al repostero y díjole que parecía lumbre, que mirase él, y así lo hizo y vídola... Después que el Almirante lo dijo, se vió que era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba, por lo cual a pocos pareciera ser indicio de tierra. Pero el Almirante tuvo por cierto estar junto a la tierra. Por lo cual, cuando dijeron la *Salve* y se hallaban todos, rogóles el Almirante que hiciesen buena guardia al castillo de proa y mirasen bien la tierra, que el que le dijese primero que veía tierra le daría un jubón de seda, sin las otras mercedés que los Reyes habían prometido, que eran diez mil maravedís a quien primero la viese.”

Es imposible describir las impresiones de Colón durante aquella noche del 11 de octubre, al sentir cerca de sí, sin verla, aquella tierra tanto tiempo soñada, por la cual había sacrificado toda su vida. Estaba allí, la sentía; para verla y pisarla por primera vez, sólo faltaba que el Sol apareciese e inundase la tierra de luz. ¡Qué olvidadas quedaban las penas, los trabajos, los desengaños, las burlas, acumulados en una larga serie de años, años magníficos de juventud y de edad madura, ante aquel hecho simple y grandioso, ante aquella realización palpable del hermoso ensueño. Contra el parecer de los doctos, contra el de los ignorantes,

contra los envidiosos, contra los audaces y ambiciosos que habían prometido llegar antes que él a esas tierras: contra todos se sentía Colón triunfante; todo había quedado vencido ante la fuerza de su clara visión y de su indomable energía. Allí estaba la tierra, aquella tierra que al despertar el día se les mostraría verde y sonriente, como un premio glorioso a tanto sacrificio.

Si grande era la ansiedad de Colón por ver aparecer la mañana, no lo era menos la de las tripulaciones. ¿Sería verdaderamente la tierra aquella forma vaga que aparecía en el horizonte? ¿No serían esta vez víctimas de un engaño, como tantas otras? Y si fuera cierto que estaban frente a nuevos países, ¿cómo serían éstos? ¿qué gentes habitaban allí? ¿Verían acaso aquellos palacios con techos de oro, aquellas riquezas de que hablaban, aquellos reinos poblados y ricos en los que gobernaba el Gran Kan, aquel poderosísimo señor?

La luz tardó en aparecer en aquella larga noche, pero rayó al fin el alba, y ante los ojos atónitos de los navegantes apareció una isla baja, muy llana, cubierta de una espesa vegetación. Las tripulaciones expresaron su alegría lanzando gritos de admiración y mostraban impaciencia por acercarse a ella. Colón, después de haber ordenado echar anclas, hizo armar los botes, y después de revestirse con su rico manto escarlata, entró en el suyo empuñando el estandarte real. Martín Alonso Pinzón y su hermano Vicente Yáñez entraron en los otros, llevando otros estandartes con las iniciales de los Reyes Católicos, y juntos se dirigieron a la orilla. Al poner el pie en tierra, Colón se

arrodilló, besó la tierra y entonó con todos los de la comitiva un entusiasta himno de gracias al Altísimo que se había dignado proteger su empresa. Después se levantó, desnudó la espada, clavó en la tierra el estandarte de Castilla, y llamando a Rodrigo de Escovedo, escribano de la escuadra, y a los que habían desembarcado con él, tomó posesión de la isla en nombre de los monarcas de Castilla, y exigió que los presentes le prestasen juramento de obediencia como Almirante y Virrey, representante de los Soberanos.

La emoción de los que le acompañaban, contenida durante la ceremonia, desbordó al fin, y rodeando a Colón todos porfiaban por besarle las manos, abrazar sus rodillas y echarse a sus pies.

Mientras se desarrollaban estas escenas, los naturales de la isla habían ido acudiendo a la orilla del mar y contemplaban atónitos aquellos seres sobrenaturales que ellos creían venían del cielo en aquellas grandes naves.

Véase cómo habla de ellos el mismo Almirante, con las siguientes palabras textuales:

“Yo, dice él, porque nos tuviesen mucha amistad, porque conocí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra Santa Fe con amor, que no por fuerza, les di a algunos de ellos unos botones colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescuezo, y otras cosas muchas de poco valor, con que hobieron mucho placer y quedaron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navíos adonde nós estábamos nadando, nos traían papagayos y hilo de algodón en

ovillo y azagayas (1), y otras cosas muchas, y nos las trocaban por otras cosas que nós les dábamos, como cuentecillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían de buena voluntad. Mas me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andaban todos desnudos, y todos los que yo vi eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años; muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos, y muy buenas caras: los cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de caballos, e cortos: los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos de tras que traen largos, que jamás cortan: dellos se pintan de prieto (2), y ellos son de la color de los canarios ni negros ni blancos, y ellos se pintan de blanco, y dellos de colorado, y dellos se pintan las caras, y dellos todo el cuerpo, y dellos solos los ojos, y dellos sólo el nariz. Ellos no traen armas ni las conocen, porque les mostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia. No tienen ningún hierro: sus azagayas son unas varas sin hierro, y algunas de ellas tienen al cabo un diente de pescado, y otras de otras cosas. Ellos todos a una mano son de buena estatura de grandeza, y buenos gestos, bien hechos; yo vide algunos que tenían señales de heridas en sus cuerpos, y les hice señas qué era aquéllo, y ellos me mostraron como allí venían gente de otras islas que estaban cerca y les querían tomar, y se defendían; y yo creí, e creo, que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por cautivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen

(1) Dardos.

(2) Casi negro.

ingenio, que veo que muy presto dicen todo lo que les decía, y creo que ligeramente se harían cristianos, que me pareció que ninguna secta tenían. Yo, placiendo a Nuestro Señor, llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a V. A. para que aprendan a hablar. Ninguna bestia de ninguna manera vide, salvo papagayos en esta isla." Todas son palabras del Almirante.

Si grande era el asombro de los indígenas, no lo era menos el de los españoles. Aquella raza era muy distinta de todas las conocidas; pero como Colón creía haber alcanzado las playas de la India los llamó *indios*, nombre con que todavía se los conoce.

Al día siguiente acudieron de nuevo a la playa muchos hombres. Alcanzaron las naves embarcados en almadías hechas de un sólo tronco de árbol muy bien trabajado, algunas de ellas capaces de contener cuarenta o cuarenta y cinco hombres; otras eran pequeñas y llevaban un solo hombre. Remaban con grandes palas y andaban muy veloces. Si durante la travesía zozobraba la barca, los hombres se echaban a nadar y la enderezaban y la variaban con unas calabazas que traían. Traían ovillos de algodón hilado, papagayos y otras cositas. "Yo, dice el Almirante, estaba atento y trabajaba por saber si había oro, y vide que algunos de ellos traían un pedazuelo colgado de un agujero que tienen en la nariz, y por señas pude entender que yendo al Sur o volviendo la isla por el Sur, hallaría un Rey que tenía grandes vasos dello y tenía muy mucho."

CAPÍTULO IX

Descubrimiento de Cuba.—Los españoles ven fumar por primera vez.
Deserción de Martín Alonso.

La isla que acababa de descubrir Colón era una de las que forman el archipiélago de las Bahamas, a las que puso el nombre de *San Salvador*; pero pareciéndole poco importante aquella, no se decidió a fundar allí una colonia, y siguiendo las informaciones de los naturales, se hizo a la vela al cabo de tres días en busca de la isla de Cipango, que a su juicio no debía distar mucho.

Después de navegar todo un día fondearon las carabelas en la isla llamada *Santa María de la Concepción*, donde Colón comerció algo con los naturales. En busca del continente, descubrió luego la isla de *Fernandina*, que hoy se conoce con el nombre de *Excuna*, en donde los habitantes parecían algo más adelantados que en las otras. Un día se había acercado a la carabela capitana un pobre indio en su almadía. Los marineros se echaron al agua y le apresaron; pero Colón, que había estado contemplando la escena desde el castillo de la nave, mandó que le trajeran a su presencia, y comprendiendo cuán conveniente era no despertar recelos entre aquellas poblaciones y de cuánta utilidad podía llegar a ser la cooperación voluntaria de los indígenas, rechazó los ovillos de algodón que el pobre indio ofrecía, y haciéndole probar pan con miel y

otras comidas, y después de haberle regalado un bonete rojo, sartas de cuentas de vidrio y cascabeles, le despidió dejándole en libertad de volver a tierra en su frágil canoa.

Los rasgos generosos y al mismo tiempo de alta previsión del Almirante, mantenían la confianza de los indígenas. El hombre que Colón trató tan liberalmente había alcanzado esta isla y había contado maravillas de los cristianos. Así es que, como dice el diario del Almirante, “en toda la noche no faltaron almadías a bordo de la nao, que nos traían agua y de lo que tenían. Yo a cada uno le mandaba dar algo, es a saber: algunas cuentecillas, diez o doce dellas de vidrio en un filo, y algunas sonajas de latón destas que valen en Castilla un maravedí cada una, y algunas agujetas, de que todo tenían en grandísima excelencia, y también les mandaba dar para que comiesen cuando venían en la nao miel de azúcar; y después, a horas de tercia, envié al batel de la nao en tierra por agua, y ellos de muy buena gana le enseñaban a mi gente adónde estaba el agua, y ellos mismos traían los barriles llenos al batel, y se holgaban mucho de nos hacer placer. Esta isla es grandísima y tengo determinado de la rodear, porque, según puedo entender en ella, o cerca della, hay minas de oro.

.....
Rodeando la isla halló Colón un magnífico puerto, donde echó anclas e hizo desembarcar sus hombres en busca de agua. Como ésta se hallaba lejos, Colón se paseó durante dos horas por aquellos bosques, “que eran la cosa más hermosa de ver, veyendo tanta verdura como en el mes de mayo en Andalucía, y los árboles todos tan distintos

de los nuestros como el día de la noche; y así las frutas y así las hierbas, y las piedras y todas las cosas". Los que fueron por agua volvieron diciendo que habían visitado algunas casas de los indígenas, que las habían hallado muy limpias, y en algunas de ellas habían visto unas redes de algodón, que no eran otra cosa que las *hamacas*.

Después de rodear la isla se dirigieron las carabelas hacia la de *Samoet*, que los españoles llamaron *Isabela*.

"Yo quería henchir aquí de agua, toda la vasija de los navíos —, dice el Almirante en una carta dirigida a los Reyes —; por ende, si el tiempo me da lugar, luego me partiré a rodear esta isla hasta que yo haya lengua con este Rey, y ver si puedo haber dél el oro que oigo que trae, y después partir para otra isla grande mucho, que creo que debe ser *Cipango*, según las señas que me dan estos indios que yo traigo, a lo cual ellos llaman *Cuba*, en la cual dicen que hay naos y mareantes muchos y muy grandes, y de esta isla otra que llaman *Bohío*, que también dicen que es muy grande, y a las otras que son entremedio veré así de pasada, y según yo hallare recaudo de oro y especiería determinaré lo que he de hacer. Mas todavía tengo determinado de ir a la tierra firme y a la ciudad de *Guisay*, y dar las cartas de Vuestras Altezas al *Gran Kan*, y pedir respuesta y venir con ella."

Así fué que, después de pasar por el grupo de islas que forman el *banco de Bahama*, alcanzó Colón las costas de Cuba el 28 de octubre. Asombrados quedaron los españoles ante la belleza de aquellos paisajes. Las carabelas habían entrado por un río de ancha embocadura, cuyas

orillas estaban cubiertas de árboles frondosísimos, cargados de flores y frutos desconocidos en Europa. Tan bello era el espectáculo, tan suave el aire y tan cargado de aromas, tan transparentes y tranquilas las aguas, que los marineros creyeron haber llegado al paraíso terrenal. Colón creyó firmemente haber encontrado la famosa *Cipango* a que hacía referencia Toscanelli en su mapa. En todas las señales creía reconocer indicios de la existencia de oro, perlas y abundantes especias. Además, confirmaban sus presentimientos las noticias que le daban los indios que iban en la carabela de Martín Alonso, quienes afirmaban que navegando hacia el Noroeste hallarían pronto un gran río que los conduciría a *Cubacanan*, país donde abundaba el oro. Colón, en su afán de hallar los países buscados, se sentía inclinado a interpretar los nombres que iban dando los indios en un sentido que confirmara la equivocada idea que se había forjado de haber alcanzado las costas de la India. Así es que al oír el nombre de *Cubacanan*, juzgó, lo mismo que Martín Alonso, que se trataba de una ciudad llamada *Cuba*, donde debía hallarse el *Gran Kan*. Pasaron los días en busca del supuesto río, y al ver que no podían dar con él, resolvió el Almirante mandarle unos emisarios por tierra, con objeto, además, de aprovechar su ausencia para reparar las ya bastante averiadas carabelas.

Los elegidos para visitar al Gran Kan fueron un tal Luis Torres, judío converso que hablaba varias lenguas, entre ellas el hebreo y el árabe, cosa muy ventajosa, según Colón, para poder entenderse con aquel poderoso señor, y un esforzado marino de Ayamonte, además de dos indios

amigos. Salió la pequeña embajada cargada de sartas de vidrio, de armas y de provisiones para seis días, internándose confiadamente en aquel país desconocido y misterioso.

A los pocos días volvieron los expedicionarios dando cuenta de lo bien que habían sido recibidos por los indígenas que fueron hallando en su camino, pero sin haber logrado averiguar el paradero del Gran Kan, ni noticia alguna de grandes y ricas ciudades. Los indígenas de aquella isla parecían algo más adelantados, pero daban las mismas señales de pobreza que los de las otras islas reconocidas.

La noticia más interesante que trajeron, aunque entonces no se le dió al descubrimiento una gran importancia, fué la de haber visto muchos indios que se dirigían al campo, como dice Fray Bartolomé de las Casas, "con un tizón en la mano y ciertas hierbas, sus sahumeros, que son unas hierbas secas metidas en una cierta hoja seca también, a manera de mosquete, hecho de papel de los que hacen los muchachos la Pascua del Espíritu Santo; y encendido por una parte de él, por la otra chupan o sorben o reciben con el resuello para adentro aquel humo; con el cual se adormecen las carnes y cuasi emborrachan, y así diz que no sienten el cansancio. Estos mosquetes llaman ellos *tabacos*" (1).

Fué esta la primera vez que los europeos veían *fumar*,

(1) El uso del tabaco se extendió a mediados del siglo xvi. En Inglaterra lo introdujo Raleigh. En Francia, Catalina de Médicis aspiraba el polvo de la *nicotina*, es decir, de la hoja de tabaco que Nicot, embajador francés en Portugal, le había enviado. Actualmente, este vicio se ha generalizado en tal forma, que sólo algunas personas dignas de envidia en este particular han podido resistir la corriente general.

echar humo. A partir de este momento, los civilizados pusieron tanto empeño en imitar aquella costumbre de un pueblo primitivo, que al poco tiempo ya los españoles se consideraban esclavos de aquel vicio, y cuando se les reprendía el abuso que de él hacían, contestaban, dice el mismo Fray Bartolomé de las Casas, "que no estaba ya en su mano el dejar de fumar".

Los indígenas habían indicado a Colón que había cerca otras hermosas islas, llamada una *Haití* y también *Quisqueya*, y otra *Babeque*. Engañado el Almirante por la semejanza de aquel nombre con el de *Quinsay*, que formaba parte del reino del Gran Kan, pensó dirigirse allí en la seguridad de alcanzar por fin la meta de su atrevido viaje.

Reparadas las carabelas y habiendo recogido del país algunos valiosos productos, como la almáciga (1), levó anclas el Almirante en busca de aquellos países de que hablaban los indios. Los vientos le llevaron hacia un grupo de elevadas islas, donde ancló en un puerto que lleva desde entonces el nombre de *Puerto Príncipe*. "Aquella isla, dice Colón, era muy alta y de muy hermosa vista." Allí estudió con detención los árboles, lamentando, dice él mismo, no poseer más profundos conocimientos de botánica.

Habiendo recorrido las costas luchando con los vientos y las corrientes contrarias, decidió el Almirante volver a Cuba, ordenando que las otras dos carabelas le siguiesen como de costumbre. Pero, ¡cuál no sería su asombro al observar que la *Pinta* seguía su camino, y cómo, cerrada

(1) Una especie de resina.

la noche, se perdía en la obscuridad, sin hacer caso de las señales que se le hacían desde la nave capitana!

A la mañana siguiente Colón constató, con gran disgusto, que Martín Alonso se le había separado. Comprendiendo la importancia del descubrimiento y al mismo tiempo que toda la eficacia de éste dependía de la cantidad de oro y riquezas que se llevasen a España, se cree que Martín Alonso se aventuró a separarse de la expedición con objeto de ir solo en busca del país del oro y regresar a España con su nave cargada de aquellos productos que hasta entonces se habían hallado en escasa cantidad.

Colón sintió un hondo pesar ante esta primera ingratitud y traición de los hombres que habían cooperado de un modo tan eficaz en su empresa. Pero dueño de sí mismo y elevándose en esta ocasión por encima de las miserias humanas, no dejó traslucir la emoción que le embargaba; y en prueba de que este acto de Pinzón era la consecuencia de las diferencias que seguramente habían surgido entre ambos capitanes, poseemos una frase textual del Almirante, que al hablar de su compañero dice, por toda venganza: "el cual otras muchas me tiene hecho y dicho".

CAPÍTULO X

Descubrimiento de La Española (Haití).—El naufragio de la *Santa María*.—Fundación de la primera colonia.—La vuelta de Martín Alonso.—Colón regresa a España.

Habiendo llegado las dos naves de nuevo a las costas de Cuba, oyeron allí que los indígenas hablaban de *Bohío*, país donde los hombres tenían cara de perro y un sólo ojo en la frente; y hacia allí se dirigieron los españoles después de algunos días transcurridos en una inacción forzada.

Navegando en la dirección que según los indígenas debía hallarse *Bohío*, alcanzó la expedición el 6 de septiembre las playas de *Haití*, anclando en un magnífico puerto natural, al que Colón puso el nombre de *Puerto María*. Ciertas semejanzas que pretendieron hallar entre sus paisajes y algunos de los más bellos de España, dió lugar a que llamasen a esta isla *La Española*.

Los indígenas de esta hermosa isla huían a la vista de los españoles, asustados del aspecto de las carabelas. Unos marineros lograron un día alcanzar a una hermosa india y llevarla a bordo. El Almirante la agasajó regalándole cuentas de vidrio, cascabeles, sortijas de latón y otros objetos de adorno que le produjeron un gran placer, y la hizo acompañar a tierra rodeada de gran atención y respeto.

El resultado de esta hábil conducta no tardó en dejarse sentir. Aquellos indios desconfiados acudieron a la playa

en tropel, trayendo cuanto poseían, y empezando los ventajosos trueques de cuentas de vidrio, cascabeles y otras quin-callerías, por algodón, oro y otros productos valiosos.

Estas escenas se fueron repitiendo todas las veces que anclaban las naves en algún puerto o playa de la isla. Los pobres indios, maravillados, miraban con una especie de adoración a aquellos *hijos del cielo*, y no podían conven-cerse de que todas aquellas hermosas cosas que traían pu-diesen producirse en la Tierra.

La buena voluntad de los indígenas fué excepcional-mente favorable a los españoles cuando acaeció el lamen-table naufragio de la carabela *Santa María*. El suceso se produjo del modo siguiente, como refiere el mismo Almi-rante: Parece que ese día reinaba una gran calma y que el marinero que gobernaba la nave se fué a dormir de-jando el timón en manos de un grumete, cosa que el Almi-rante había prohibido terminantemente en todo el viaje, hiciese buen o mal tiempo. A las doce de la noche, ha-biéndose retirado Colón a descansar y estando todos acos-tados, quedó el timón en manos de aquel muchacho inex-perto, y la corriente fué llevando la nave suavemente hacia uno de los muchos bancos de arena que abundaban en aquel lugar. La nave se fué sobre él con tanta suavidad que apenas se apercibió que quedaba embarrancada. El mozo, que se dió cuenta por la inmovilidad del timón y por el ruido del mar, empezó a dar voces. El Almirante primero y luego toda la tripulación, acudieron precipita-damente, y al ver los hombres que el buque hacía agua, algunos de ellos arrojaron las lanchas al mar y no pen-

saron sino en huir. Colón, viendo que la nave se iba inclinando, cortó el mástil, pero todo fué inútil. Entonces el Almirante pensó en poner el resto de su gente a salvo, y ya en tierra mandó participar al cacique de la localidad, con quien había trabado amistad, la desgracia acaecida. El cacique, fiel a la amistad que profesaba a los españoles, dispuso que su gente ayudara a sacar de la nave todo su cargamento, y él mismo, con sus parientes, permaneció en la playa cuidando de que nada fuese sustraído y ordenó se desocuparan algunas cabañas para depositar en ellas las mercancías. “Él, con todo el pueblo lloraba, dice el mismo Almirante, pues son gentes de amor y sin codicia, son aptos para todo, y certifico a Vuestras Altezas que en el mundo creo no hay mejor gente ni mejor tierra.

En una ocasión en que el Almirante había recibido la visita de otro de los caciques influyentes del país, llamado *Guacanagarí*, después de haberle hecho admirar las naves y los objetos y armas que llevaban, se reunieron en la playa dirigiéndose a la morada del cacique acompañados de más de mil indígenas. Allí se vieron obsequiados los españoles por danzas del país y regalos, a lo cual correspondió el Almirante haciendo practicar a sus gentes variados ejercicios de armas, que causaron verdadero asombro en el ánimo de aquellos seres pacíficos. Gustóles en gran manera ver cómo un arquero lanzaba diestramente la flecha, que iba siempre a dar en el blanco. Dijeron, no obstante, que algo parecido habían visto en las tribus feroces de piratas, sus enemigos, que de vez en cuando los atacaban. Pero lo que llevó al colmo su admiración fué cuando Colón

mandó preparar los arcabuces para hacer una descarga. Al estruendo de la detonación, todos los isleños, aterrorizados, cayeron al suelo, y al ver el efecto producido por las balas en los árboles, creyeron que aquellos hombres blancos, hijos del cielo, disponían del rayo como los dioses. El cacique se portó lo más dignamente posible en un trance tan comprometido para él, y rogó a los españoles que emplearan aquellas armas tan terribles para destruir a sus enemigos, los cuales, armados de flechas y mazas, invadían aquella región. Así lo prometió el Almirante, con lo que creció la admiración y el afecto de los indígenas.

Tanto creció y tan agradable prometía ser la vida en aquel país, que algunos de los marineros pidieron permiso a Colón para quedarse y fundar allí una colonia. Accedió a ello gustoso el Almirante, comprendiendo cuán útiles podían ser para la realización de sus planes aquel puñado de hombres que, mientras él regresaba a España y disponía una nueva expedición, tendrían ocasión de explorar detenidamente el país, podrían hacer un gran acopio de oro y algodón, quizá hallar el paradero de las minas de aquel metal y aprender algo la lengua del país. Los indígenas recibieron la noticia con verdadero júbilo, pues se les dijo que la colonia tenía por objeto defenderlos de las incursiones de las tribus enemigas; así es que gran número de ellos se prestaron a ayudar a los marineros para la construcción del recinto fortificado. Los trabajos empezaron inmediatamente, cuidando Colón de que aquellos primeros colonos tuvieran víveres en abundancia, semillas, utensilios, agua, y sobre todo armas y pólvora, con objeto

de que pudiesen repeler cualquier agresión y resistir hasta la llegada de la nueva expedición que proyectaba.

Terminada la fortaleza, se la bautizó con el nombre de *Villa de la Navidad*, y eligiendo treinta y nueve hombres que eran los que debían quedarse, el Almirante decidió volver a Europa para dar cuenta a sus Reyes del magnífico descubrimiento.

Solemne y conmovedora fué la despedida. El cacique y los haitianos colmaron de regalos a los que se iban, y daban señales de la profunda pena que sentían al ver alejarse al jefe de aquellos seres casi sobrenaturales. Pero los más contristados eran los españoles que se quedaban; aunque permanecían allí por su propia voluntad, la separación les fué dolorosísima.

El día 4 de enero de 1493, habiendo recogido la carabela víveres, leña y agua en abundancia y cargada con toda clase de productos y frutos del país y buena cantidad de oro y algodón, levó anclas y tomó el rumbo del Este, hacia las costas de España.

Estando todavía a la vista de las costas haitianas, a los dos días de navegación un marinero alcanzó a ver la carabela *Pinta*, que se dirigía hacia ellos a toda vela. Habiéndose juntado ambas naves en una mansa bahía, pasó Martín Alonso Pinzón a la carabela capitana para entrevistarse con Colón y presentarle sus excusas por haberse separado de la expedición sin su consentimiento. Pinzón alegó que su nave había sido arrastrada por el viento y las corrientes, y se mostró sumiso, dando cuenta de las comarcas por él recorridas. El Almirante, aunque muy

enojado, disimuló como pudo y fingió aceptar las explicaciones de Martín Alonso, "*para no dar lugar a las obras de Satanás, que deseaba impedir aquel viaje como hasta entonces había hecho*", "*pues no era tiempo de entender en castigo*", como dijo después.

A los tres días se dieron de nuevo a la vela ambas naves, recorriendo la costa y alcanzando el día 13 un extenso golfo que luego se llamó *de las Flechas*.

Los indígenas de esa parte de la isla se diferenciaban de los pacíficos indios que hasta entonces habían hallado. Éstos eran feroces de aspecto y belicosos. Llevaban el cuerpo cubierto de pinturas espantosas, y largos cabellos atados por la espalda y adornados con plumas de loro y otros pájaros de colores. Llevaban unos grandes arcos y flechas delgadas que terminaban en una punta de madera o una espina, y usaban unas gruesas y muy temibles espadas de madera.

Al ver a los españoles, se mostraron muy servidores y pacíficos; pero en cierta ocasión en que éstos les habían comprado algunas de sus armas, temerosos y desconfiados, y viendo que tenían ante sí un pequeño grupo de ocho marineros, se lanzaron sobre ellos e intentaron sujetarlos con fuertes ligaduras para llevárselos prisioneros. Los españoles, que por expresa orden de Colón siempre llevaban las espadas colgadas del cinto, las desenvainaron, e hiriendo a dos de ellos, hicieron huir a los demás, que corrían aterrorizados al ver el brillo de las bruñidas hojas. Esta fué la primera sangre que costó la colonización del Nuevo Mundo.

Al día siguiente pensó Colón que podía producirse un ataque general de los indígenas, viéndose agradablemente sorprendido al ver que el cacique se presentaba ofreciéndole el símbolo de la paz y trayéndole abundantes regalos. El Almirante le obsequió a su vez como acostumbra, y se despidió de aquella tierra llevándose cuatro indios de la tribu, que debían guiarle hacia el país donde se hallaba el oro en abundancia.

El camino que indicaban los indios hubiera conducido a Colón a descubrir la isla de Puerto Rico; pero reflexionando el Almirante sobre el estado de las carabelas y viendo cuánto ansiaban los suyos llegar a su país, aprovechó un viento favorable para poner la proa al Este y emprender sin más dilaciones el viaje de regreso.

CAPÍTULO XI

El viaje de regreso.—Horrible tempestad.—Llegada a las Azores.—
El Gobernador prende a un grupo de españoles.—Nueva tempestad.—Llegada a Portugal y a Palos.—Muerte de Pinzón.

La primera parte del viaje de vuelta se hizo con toda felicidad. Volvieron las naves a cruzar el mar de sargazo, y hacia principios de febrero gozaron de suaves vientos favorables. Colón, durante el viaje, además de redactar sus memorias y el relato de sus descubrimientos, estudiaba el mar, recogía todos los datos que sus profundos conocimientos le permitían percibir, y ocultaba a todos sus compañeros la verdadera situación de las naves y las distancias recorridas, con objeto de ser él el único poseedor del secreto de la ruta de los nuevos países.

A mediados de febrero, el tiempo, hasta entonces bonancible, empezó a cambiar. El viento comenzó a soplar con violencia, se agitó el mar y aparecieron las señales de una próxima tempestad. Ésta no tardó en estallar, amenazando despedazar las frágiles y cansadas naves de Colón. Las olas eran tan imponentes, y el viento tan furioso, que, aunque la tripulación trató de luchar contra los desencadenados elementos, llegó el momento en que tuvo que abandonar la nave a merced de las olas. La *Pinta*, que se hallaba en peores condiciones que la *Niña*, se veía a cada momento a punto de desaparecer bajo las olas. En la noche

de aquel día tempestuoso, la nave capitana trató de hacerle señales con objeto de no alejarse demasiado una de otra; pero el viento se llevó a la *Pinta* a lo lejos, perdiéndose en las tinieblas.

La tempestad, lejos de calmarse, iba arreciando por momentos. Al rayar el alba del día siguiente, los ojos del Almirante buscaron en vano descubrir señales de la *Pinta*, y, como aumentase el peligro, decidieron implorar el auxilio divino, único que podía sacarles de tan apurado trance. Hiciéronse fervorosas plegarias y promesas, entre otras la de ir en romería a la capilla de Santa María de Guadalupe, llevando cada uno una vela de cera de cinco libras; y con el ánimo algo más consolado y confiando en la Divina Providencia, continuaron los bravos marinos su desesperada lucha. Colón, mientras tanto, temeroso de que todo el fruto de su trabajosa vida quedase perdido para los hombres y de que no llegase hasta ellos noticia de aquellos países que él venía a revelarles, escribió como pudo varias relaciones de su viaje, y metiéndolas en barriles herméticamente cerrados, las confió a las olas, en la esperanza de que algún día serían recogidas en alguna playa.

Al amanecer el día 15 salió el Sol, y aunque la mar seguía gruesa, todo parecía presagiar la vuelta del buen tiempo. Es fácil imaginarse la alegría de los tripulantes al ver aparecer en el horizonte la primera tierra europea. Desorientados como se hallaban, los unos creían que era la isla Madera, otros la costa de Portugal; sólo Colón tenía una idea muy aproximada a la realidad, calculando que aquello que parecía isla era seguramente una de las Azöres.

Efectivamente; a los dos días echaba la *Niña* anclas en la parte Norte de aquella isla, que no era sino la isla de Santa María, la más meridional de aquel archipiélago.

Puede comprenderse el mísero estado en que se hallaba la tripulación; a las noches pasadas sin dormir y a la falta de alimento, se añadía el haber tenido que pasar aquellos días expuestos a la intemperie, teniendo que soportar el viento y la lluvia.

Los isleños les hicieron un recibimiento cariñoso y les facilitaron los medios de reponer sus gastadas fuerzas. La primera preocupación de los heroicos tripulantes al poner el pie en tierra, fué la de cumplir el voto hecho a la Virgen; así es que la mitad de ellos fué en peregrinación a visitar la imagen de una ermita que se hallaba no lejos de allí.

Colón, que estaba casi tullido de las piernas por haber pasado tanto tiempo mojado y expuesto al aire durante la tempestad, se había quedado a bordo, siendo grande su asombro al ver que pasaban las horas sin que regresase su gente. No tardó en saber lo que había sucedido. Parece que hallándose los peregrinos en la ermita entonando sus plegarias, se vieron rodeados por tropas del Gobernador de la isla, Juan de Castañeda, que sin más explicaciones intimaron a los españoles a que se rindieran presos en nombre del rey de Portugal.

El Almirante protestó de aquella violencia, y mandó a la gente que le quedaba que se armase y dispusiese a repeler cualquier intento de agresión. Por la tarde vieron los de la carabela un bote que bogaba hacia ellos; era el Go-

bernador, que deseaba hablar con Colón. Éste le invitó a subir a bordo; pero el astuto portugués, justamente desconfiado, se conservó a una prudente distancia.

Colón le expuso su indignación, le enseñó sus documentos y le amenazó con la venganza de Castilla. Castañeda, siguiendo seguramente instrucciones del rey de Portugal, que temía verse perjudicado si la expedición tenía éxito, no atendió las indicaciones ni las amenazas, volviendo al poco tiempo a tierra sin haber logrado llegar a un acuerdo.

La situación de Colón era difícil, no sabía qué partido tomar; una nueva tempestad, aunque no tan furiosa como la pasada, le obligó a alejarse de la playa, y así estuvo dos días, transcurridos los cuales y calmado el viento, pudo volver a la isla de Santa María. No menos sorprendente fué lo que sucedió entonces. Al aparecer de nuevo la carabela, el Gobernador mandó a bordo dos eclesiásticos y un escribano, con objeto de que les permitiesen ver los papeles de Colón. El resultado de esta entrevista fué el cambio de conducta de Castañeda, que se apresuró a poner en libertad a los prisioneros, excusando como pudo su proceder.

Colón, comprendiendo que la conducta de Castañeda dependía de las órdenes recibidas, contuvo esta vez, como otras, sus vehementes deseos de castigar la felonía cometida, y contento con haber recobrado sus marineros, se dió a la vela hacia España el 24 de febrero.

Parecía que no debían tener fin los trabajos de los españoles para volver a su patria. El mar, que se había mostrado tan complaciente en el viaje de exploración, parecía

como si pretendiera enterrar en su seno el secreto de las tierras lejanas. Otra tempestad puso en peligro la ya bastante castigada carabela, obligando al Almirante a alcanzar, muy a pesar suyo, el 4 de marzo, la desembocadura del Tajo, pisando por fin tierra europea.

Habiendo sabido que el Almirante venía de las Indias, dice el *Diario*, fué mucha gente a verle y a ver a los indios que traía. Todos en Lisboa decían que había sido la gran fe que los Reyes de Castilla tenían y el deseo de servir a Dios, su alta Majestad, lo que les daba todo esto.

El rey de Portugal, D. Juan II, desoyendo a sus cortesanos que le aconsejaban que tratase de librarse de Colón, hizo recibir al Almirante con honores y mercedes, apresurándose además a mandar a los Reyes Católicos un rápido mensajero que les llevase la inesperada y feliz noticia. Deseando celebrar una entrevista con el insigne explorador, le recibió en su palacio, oyendo complacido la maravillosa relación que éste le hizo, aunque cuidando de callar la ruta y otros particulares que no convenía declarar.

Después de disponer todo lo necesario para la partida salió Colón de Lisboa, llegando el día 15 de marzo al mediodía a la barra de Saltes, de donde había salido el 3 de agosto del año anterior.

“La vuelta triunfante de Colón, escribe Wáshington Irving, fué un suceso prodigioso en la historia del pequeño puerto de Palos, cuyos habitantes estaban todos más o menos interesados en el éxito de la expedición. Los más opulentos e importantes capitanes de mar de aquella villa habían participado en la empresa, y apenas se hallaba fa-

milia que no contase algún pariente o amigo entre los navegantes. La partida de los bajeles en el que parecía un viaje desesperado y quimérico, entristeció a toda la población, y las tormentas espantosas de aquel invierno aumentaron sobremanera la consternación pública. Muchos consideraban a sus amigos como perdidos, mientras prestaba la imaginación misteriosos horrores a su destino, ora presentándolos errantes e indefensos por solitarios desiertos de interminables aguas, ora despedazados entre rocas y torbellinos, o tal vez presa de los voraces monstruos con que poblaba la credulidad de aquellos días todos los mares lejanos...

"Cuando llegaron, pues, las nuevas de que uno de los bajeles estaba en el río, se entregaron los moradores a una agitación desmedida; pero cuando oyeron que volvía triunfante del descubrimiento de un mundo y le vieron recogiendo sus velas en el puerto, se cambió la excitación general en transportes de sin igual alegría. Empezaron a repicar las campanas, se cerraron las tiendas y paró el tráfico, y sólo reinó durante muchas horas el tumulto del repentino gozo y de la curiosidad inaudita de los vecinos. Ansiaban unos saber el destino de un pariente, otros de un amigo, y todos los pormenores de aquel viaje.

"Al desembarcar Colón, se precipitó la multitud a saludarle, formando después una solemne procesión, que pasó a la iglesia a dar gracias al Todopoderoso por tan preclaro descubrimiento llevado a cabo por los naturales del pueblo. Por dondequiera que Colón pasaba, resonaban los vivas y las aclamaciones, y recibió los honores que suelen

tributarse a los soberanos, pero con décuplo ardor y sinceridad.”

Aposentado de nuevo, pero en qué distintas circunstancias, en el convento de la Rábida, pudo Colón abrazar de nuevo a Pérez y a Marchena, sus nobles protectores, que le recibieron derramando lágrimas de alegría.

Para que el júbilo de la población acabase de ser completo, hallándose Colón en la Rábida vióse venir por el mismo camino por donde éste había venido, a la carabela *Pinta*, que se creía perdida y había logrado salvarse milagrosamente del furor de las aguas. Martín Alonso, a quien Colón debía tanto, llegaba enfermo y cansado. El estado de su salud le obligó a mantenerse apartado y lejos de los festejos y ceremonias, y tanto se agravaron sus achaques, que a los quince días de su llegada falleció sin poder recoger el fruto de su esfuerzo. La historia ha reconocido el gran mérito de este hombre extraordinario, cuya figura, después de la de Colón, es la que más brilla entre la larga serie de intrépidos exploradores del Nuevo Mundo. Su cuerpo fué enterrado en el monasterio de la Rábida.

Colón no le pudo acompañar en sus últimos momentos. A los seis o siete días de su llegada, puestos en orden sus mapas, sus documentos y los objetos que traía, se dirigió por tierra a Barcelona, donde debían recibirle los Soberanos. De los catorce indios que traía, diez pudieron acompañarle, habiendo muerto uno de ellos a su llegada y quedando los otros enfermos en Palos.

CAPÍTULO XII

Colón se dirige a Barcelona. — Carta a Luis de Santángel. — La anécdota del huevo. — Preparativos para una segunda expedición.

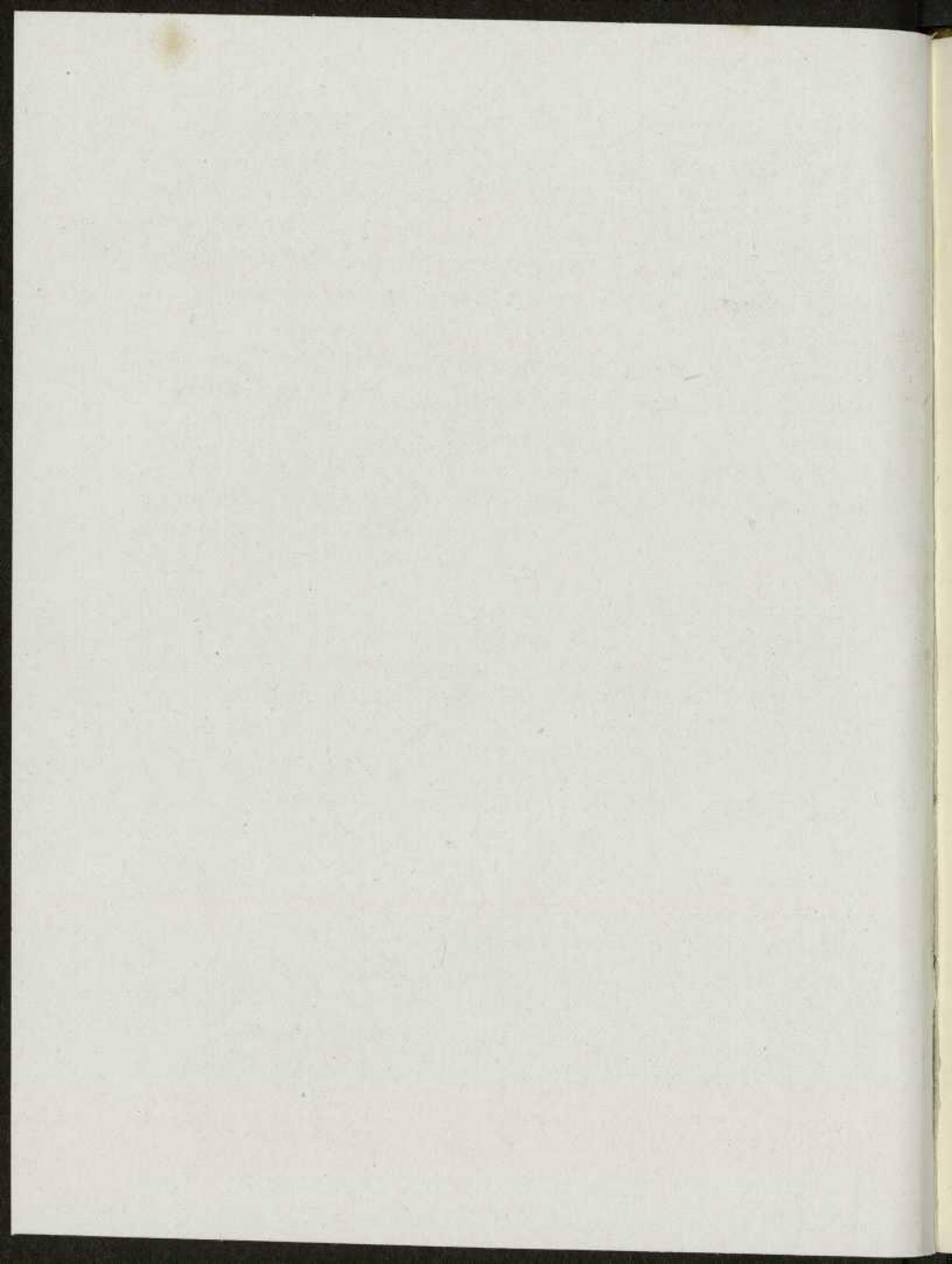
De Palos de Moguer, Colón se dirigió a Sevilla, donde recibió una carta que los Reyes Católicos le habían dirigido el 30 de marzo desde Barcelona, donde se hallaban hacía varios meses. En ella, los Soberanos le instaban a que fuese a verles cuanto antes.

El viaje de Colón a Barcelona es otro de los pasajes de la historia colombina que han dado lugar a las más diversas versiones. Mientras unos pretenden que ese viaje y la recepción por Fernando e Isabel revistieron un carácter solemnísimo, otros han llegado a negar que tal viaje se realizase. Verdad es que falta del todo la documentación oficial barcelonesa relativa a tales fiestas, pero si esto puede indicar que la llegada de Colón a Barcelona no revistió el carácter solemne que algunos han querido darle, no prueba en cambio que semejante viaje no llegara a realizarse.

Consta, de documentos indiscutibles, algunos de los cuales proceden del mismo descubridor, que Colón estuvo en Barcelona en abril de 1493, y permaneció en esta ciudad hasta fines de mayo siguiente. Los Reyes entraron en contacto con Colón, pero la presencia de éste en Barcelona



Colón se dispone a embarcarse en busca del nuevo camino que debía conducirle a la India (Cuadro de A. Gisbert)



pasó, para la población, poco menos que desapercibida, pues aun cuando no se ignorasen los descubrimientos que había realizado, no eran por entonces de naturaleza tan cegadora que revistiesen en seguida los caracteres que hoy, conscientes de su trascendencia, forzosamente hemos de concederles.

Colón acudió a Barcelona con algunos indios que había traído de las islas descubiertas, y que fueron bautizados en la catedral, siendo padrinos los Monarcas y su hijo, el malogrado príncipe Juan. Testimonios muy dignos de respeto aseguran que Colón donó a la catedral barcelonesa las primicias del oro americano, que convertido en un cáliz se conservaba todavía a principios del siglo XIX.

En Barcelona, Colón escribió una carta a Luis de Santángel, uno de sus protectores más decididos. Esta carta fué impresa aquel mismo año de 1493, primero en castellano y después en latín. En ella da cuenta Colón del viaje y de los descubrimientos. El hecho de que en ambas el nombre del descubridor aparezca escrito así: *Colom*, refuerza la tesis de que Colón era catalán. En esa carta, además, un sabio inglés ha contado cuarenta y seis catalanismos, que sería excesivo atribuir a errores de imprenta.

Es este el momento culminante, el magno período de la vida de Colón; pero su mismo brillo, la admiración que su hazaña había despertado, engendraron la baja envidia, y no faltó quien se encargara de sembrar dudas sobre la importancia de lo realizado por Colón y sobre su mérito personal. Uno de los caballeros que habían dado acogida a

esos rumores, habiendo sido invitado a la mesa de los Reyes un día en que se hallaba allí el Almirante, delante de toda la Corte le preguntó si creía que de no haber alcanzado él las costas de la India, no hubiera podido hacer el mismo descubrimiento cualquier otro. Colón reprimió la ira que pudo producirle la impertinencia de la pregunta, y por toda contestación tomó un huevo e invitó a los presentes a que lo pusiesen derecho. Como es de suponer, ninguno lo consiguió. Colón entonces, cogiéndolo en su mano, aplastó la punta del óvalo dando golpecitos suaves sobre la mesa, lo cual, una vez conseguido, quedó el huevo en pie. Protestaron algunos de los presentes, diciendo que de este modo no era difícil resolver aquella dificultad. Colón, seguramente, contestaría que la cosa era sencillísima y no tenía ningún mérito; pero que lo cierto es que a ninguno de los presentes se le había ocurrido, y que así sucedía con otras muchas cosas que nadie ve hasta que aparece el primero, el descubridor, que las revela a los ojos de la multitud.

El éxito de la expedición decidió a los Reyes a realizar una segunda, empezándose inmediatamente los preparativos, como deseaba Colón. Tan aprisa se hicieron y tanta actividad se empleó en ellos, que a últimos de mayo salía Colón de Barcelona, dirigiéndose a Sevilla, donde ya se hallaban dispuestas las diez y siete naves que se habían puesto a su disposición. En Sevilla la animación era extraordinaria: acudían allí bravos guerreros de las gloriosas campañas últimas, que ansiaban nuevos campos para sus hazañas; hombres codiciosos atraídos por los relatos de las

riquezas que encerraban los nuevos países; almas enardecidas por la fe, que iban al Nuevo Mundo a difundir las doctrinas del cristianismo; nobles, plebeyos, marinos estudiosos: todos se hallaban como poseídos de una fiebre por tomar parte en aquella segunda expedición, que ya no tenía el carácter de aventura, sino el de una ordenada empresa colonizadora.

Las naves se iban cargando de víveres y agua, de toda clase de artículos de quincallería para comerciar con los naturales y, además, de semillas de plantas europeas, de armas, de utensilios de labranza y de exploración, de animales domésticos y de obreros de todos los oficios: "Era aquello — dice Lamartine —, una cruzada de religión, de guerra, de industria, de gloria y de avidez; para unos el cielo, para otros la tierra, y para todos lo desconocido y maravilloso." Sólo mil personas debían acompañar a Colón en este segundo viaje; pero fué tal el empeño por ir al Nuevo Mundo, que todos se imaginaban lleno de maravillas, que al salir la escuadra sus pasajeros llegaban a mil quinientos.

Antes de darse a la vela la nueva expedición, los Reyes habían tomado las medidas necesarias para asegurarse la posesión de las tierras recién descubiertas y de las que pudieran descubrirse en el porvenir. Como era cosa admitida en aquella época que el Papa, por su suprema autoridad, podía distribuir las tierras pobladas por infieles entre los príncipes piadosos que pretendiesen reducirlos a la fe católica, a él habían acudido los Soberanos después de notificarle el hecho glorioso y de comunicarle los grandiosos

proyectos de redención de los Santos Lugares, que había forjado la mente de Colón.

El Papa había ya concedido a la Corona de Portugal todas las tierras que pudiesen descubrir a partir del cabo Bojador. Al tener noticia de los nuevos descubrimientos y a instancia de los Reyes, publicó una bula en el año 1493, concediendo a los españoles los mismos derechos, privilegios e indulgencias en lo referente a las nuevas tierras que había concedido a los portugueses, y con objeto de evitar todo motivo de conflicto entre ambos pueblos, se convino en fijar una línea de demarcación, que trazada de polo a polo, pasaba a unas cien leguas al occidente de las Azores. Todas las tierras que se descubriesen al occidente de esta línea pertenecían a los españoles; todas las que se descubriesen en el lado opuesto, quedarían bajo el dominio de Portugal.

CAPÍTULO XIII

El segundo viaje de exploración. — Colón descubre nuevas islas. — Llegada al fuerte de la Navidad. — El fin desastroso de la primera colonia. — Fundación de Isabela. — Desanimación de los españoles. — Exploración de La Española.

Desde Sevilla se trasladó el Almirante a Cádiz, puerto elegido para la partida, de donde zarparon las naves el 24 de septiembre de 1493. La despedida de esta segunda expedición tuvo un carácter bien distinto de la de aquella primera en que embargaba a todos los presentes la angustia de lo desconocido y el vago temor de no volverse a ver. Ahora el camino estaba ya trazado; esperaba a los expedicionarios un mundo rico y fértil, y la esperanza hinchaba los corazones de los que partían, dejando en los que quedaban en tierra un cierto sentimiento de envidia por no poder acompañarlos.

Colón, siguiendo las instrucciones de los Reyes, procuró apartarse de las islas portuguesas con objeto de evitar nuevos rozamientos y conflictos, tomando directamente el rumbo de las Canarias, donde anclaron las carracas y carabelas (en la isla de Gomera) el 5 de octubre. En las Canarias se proveyó la escuadra de ganado de todas clases, que pensaba aclimatar en los nuevos países, y cierta cantidad de semillas de naranjo, limonero y otros árboles frutales que allí no se producían.

El día 13 del mismo mes dejaban las naves atrás la

isla de Hierro, surcando por segunda vez Colón la inmensidad de aquel Océano que él había conquistado para la humanidad.

A los diez y nueve días de navegación, con viento favorable y navegando más al Sur que la primera vez con objeto de alcanzar las islas que no pudo entonces explorar, reconoció Colón, por el color del mar y otras señales, que la tierra estaba próxima. No se equivocaba el experto marino: al salir el Sol apareció una espléndida isla, que Colón llamó *Dominica* por ser aquel día domingo.

Los tripulantes, que veían por primera vez aquel espléndido paisaje tropical, no cesaban de proferir exclamaciones que expresaban su asombro. Junto a esa isla surgían del mar otras seis, y no hallando Colón en la primera un refugio donde anclar las naves, eligió para desembarcar otra que llamó *Marigulante*, que era el nombre de la carabela capitana.

Después de haber tomado posesión de la isla en nombre de España, se dirigió a otra de las del grupo, en la que se alzaba el cono de un volcán. *Guadalupe* fué el nombre con que la bautizó. En esta isla hallaron una gran variedad de frutas, entre otras la *piña*, que los indios llamaban *ananás*, la más suave y saludable de todas. Así como las otras dos parecían desiertas, en esta isla aparecieron indios en la playa, que huyeron a la vista de los europeos. Las cabañas que hallaron se diferenciaban algo de las que Colón había conocido en otras islas; pero lo que le sorprendió desagradablemente y llenó de horror a los españoles, fué la vista de restos humanos, señales claras de que

aquellas tribus eran antropófagas y guerreras, quizás los feroces caribes que asolaban aquellos mares y de que Colón había oído hablar en su primer viaje.

La presencia de tribus guerreras y sanguinarias llenó de inquietud el ánimo de todos, temiendo con fundado motivo por la suerte de la pequeña colonia, de la que nada se sabía hacía diez meses, por lo cual el Almirante decidió abandonar aquellos lugares y hacer rumbo a la isla *La Española*, donde aquélla se hallaba.

Antes de alcanzarla reconoció el Almirante otras muchas que halló en su camino, entre las cuales la más importante fué la que se llamó entonces *San Juan Bautista* y hoy se conoce con el nombre de *San Juan de Puerto Rico*. Sin desembarcar en ella prosiguió la expedición su camino, anclando, por fin, al día siguiente, en uno de los puertos de *La Española*.

El Almirante mandó a tierra a uno de sus indios para que participara la nueva de su llegada y refiriera a los indígenas la grandeza y el poder de los Reyes de España; pero el indio no volvió. Entonces siguió la flota costearo la isla y reconociendo los puertos y parte del país, al mismo tiempo que se dirigía hacia el paraje donde se había erigido la fortaleza.

El 27 de noviembre anclaban las naves en el puerto de la Navidad; inmediatamente hizo Colón disparar una lombarda para avisar a los colonos la feliz llegada de sus compatriotas; pero ¡cuál no sería su sorpresa y su aflicción al ver que sus señales no eran contestadas y que sólo el silencio respondía a sus llamadas!

Como había anochecido, los ojos buscaban ansiosos en la obscuridad alguna luz, algún grito, algún indicio que permitiera alimentar cierta esperanza de hallar vivos a aquellos compañeros, y así pasaron en medio de la mayor angustia algunas horas. Hacia la media noche se sintió el ruido de un bote que se acercaba a la carabela capitana, y puestos al habla con los indios que lo tripulaban, se vino en conocimiento de que era un pariente del cacique Guacanagarí, amigo de Colón, que deseaba hablar con el Almirante. Traíale el indio unas máscaras de oro, de regalo, y al ser interrogado por la suerte de los españoles, contestó de un modo tan confuso, hablando de enfermedades, riñas habidas entre sí y guerras entabladas contra otros caciques, que Colón se confirmó en su sospecha de que todos habían dejado de existir.

Antes de que clareara el día se retiraron los indios, y al rayar el alba mandó Colón a tierra una canoa para que reconociera la playa y visitase la fortaleza. Al llegar al lugar donde aquélla se había emplazado, no hallaron los españoles más que un montón de cenizas y señales de haber sido objeto de un violento saqueo. Al día siguiente el mismo Colón visitó las ruinas en busca de algún cadáver o restos humanos, y no habiendo hallado nada, se dirigió a la aldea del cacique, que halló abandonada y reducida también a un montón de escombros. Algunos indios que fueron vistos entre las arboledas, desaparecían veloces; pero algunos pudieron ser habidos, los cuales refirieron lo que había sucedido. Dijeron que al partir las carabelas algunos soldados habían muerto en mutuas reyertas; otros,

desobedeciendo las órdenes recibidas, se habían alejado de la fortaleza en busca de oro, guiados por algunas mujeres de la tribu, y en su expedición habían sido asesinados por un cacique enemigo. Quedando el capitán Arana, jefe de la colonia, sólo con cinco hombres, no había podido resistir el ataque del feroz Caonabó, por más que Guacanagarí había tratado de defenderle sacrificando para ello sus hombres y su aldea, que también había sido incendiada. Como se ve, las pasiones y el espíritu de insubordinación habían contribuído en gran parte a hacer fracasar aquel primer intento colonizador.

Buscó entonces Colón un lugar conveniente para fundar una nueva colonia, y a los pocos días había elegido un terreno que se hallaba entre dos ríos, uno de los cuales podía formar una defensa natural, y cerca de unas canteras que podían proporcionar abundantes materiales de construcción.

Después de trazar el plano de la ciudad, Colón le puso el nombre de *Isabela*, en recuerdo de la Reina, y se procedió en seguida a la construcción de la iglesia, de los almacenes, de la casa de gobierno, edificios todos construídos de piedra. Las casas particulares se levantaron de un sólo piso y se techaron con hojas de palma, imitando el ejemplo de los indios (1).

Los españoles, que habían salido de Europa tan llenos

(1) Esta ciudad tuvo una corta vida. A los cincuenta años estaba abandonada y hoy no se conservan ni vestigios de su existencia. La insalubridad del lugar y la existencia de otras mejor acondicionadas fueron las causas de su ruina.

de esperanzas, una vez pasada la primera impresión que les produjo la espléndida vegetación de aquel país y la novedad del descubrimiento, se sintieron invadidos por un hondo desaliento al ver que no se hallaban aquellas ciudades maravillosas de la India descritas por Marco Polo, ni aparecían por ningún lado las minas de oro que debían enriquecerlos a todos. En vez de la vida paradisíaca que sus ardientes imaginaciones habían forjado, se encontraban los españoles frente a una dura realidad. A causa, sin duda, de las fatigas de un viaje hecho en malas condiciones, en primer lugar por no ser marinos la mayoría de colonos y luego por haber tenido que nutrirse con víveres en gran parte averiados, por estar mal acondicionados para una larga travesía a través de los trópicos, muchos de los pobladores de Isabela se hallaban muy debilitados y sufrieron terriblemente los efectos de aquel clima deprimente. Además, la fiebre se apoderó de ellos, imposibilitando para el trabajo a los atacados.

Colón comprendía que era necesario ante todo levantar el ánimo de sus súbditos, y siempre firme en la creencia de que se hallaba cerca de la India, decidió mandar una expedición por tierra en busca de *Cibao*, nombre que daban los indígenas al lugar donde decían se hallaban minas de oro, con la esperanza de que algún descubrimiento importante haría renacer el entusiasmo perdido y la confianza que necesitaba conservar para la completa realización de sus planes. Además, pronto debían volver a España algunas naves, y era preciso, sino quería que aquellas tierras perdiesen su valor a los ojos de los Soberanos y del

pueblo, que llevasen algo valioso, algo que justificase y compensase los grandes sacrificios en hombres y en dinero que representaban aquellas expediciones.

Este compromiso moral en que se hallaba Colón de que la expedición produjese beneficios materiales, debía ser para él una tortura, pues si bien no faltaban en España nobles inteligencias que no veían en la conquista un negocio, sino un medio de ensanchar el conocimiento del planeta, de las razas y de los productos de la naturaleza, y una manera de extender a razas inferiores los beneficios de la civilización, abundaban quizá más los que sólo consideraban esas expediciones como un medio de lucrar rápidamente sin gran esfuerzo, y de no producir los beneficios fabulosos que de ellas esperaban, se hubiera levantado en contra del insigne explorador, aumentando el grupo de sus enemigos.

Eligió el Almirante para la expedición a Alonso de Ojeda y a Gorvalán, dos jóvenes valerosos y de su entera confianza, disponiendo cada uno de ellos de quince hombres bien armados y equipados.

Esta exploración, después de grandes trabajos, alcanzó las orillas de un río cuyas arenas encerraban gran cantidad de pepitas de oro que los españoles se apresuraron a recoger para llevarlas a Colón. Estas pepitas, arrastradas por las aguas, eran indicio seguro de la existencia de importantes minas; pero no lograron los expedicionarios dar con ellas, viéndose obligados por la falta de víveres a regresar a la ciudad de Isabel a sin haber logrado alcanzar aquel país de Cibao que tanto prometía. No obstante, los

productos recogidos y los datos que traían eran suficientes para reanimar las esperanzas de los españoles; y Colón, aprovechando aquella oportunidad, despachó para España nueve carabelas con algún oro y cargadas de toda clase de productos del país, al mando de Antonio Torres, a quien confió el encargo de participar a los Reyes todo lo ocurrido y de activar los preparativos de una nueva expedición que les trajese de España todas aquellas cosas cuya falta se hacía sentir. Llevaba además el capitán la orden de entregar a los Reyes un largo *Memorial*, en el que Colón hacía constar el mal estado en que habían llegado las provisiones y el agotamiento de las medicinas, de las cuales se había hecho un gran consumo, debido a que gran parte de la gente había enfermado como consecuencia del clima y de las fatigas de la travesía; en él exponía la gran necesidad de traer caballos para el tiro y ganado para poderse proveer de carne fresca, pues en todas aquellas islas *no se había visto un solo animal mayor que un conejo*; se disculpaba de no poder mandar más oro por no haber podido hallar las minas y hacía constar las dificultades que ofrecería la explotación, una vez halladas, si no se le enviaban inmediatamente caballos, utensilios y sobre todo víveres.

Día de tristeza fué para los que quedaban el día 2 de febrero de 1494 en que partía la flota para España, y no pocos fueron los que lamentaron el no ser de los que regresaban a la patria. Colón pudo apenas despedir a los que se alejaban, a causa de unas fuertes calenturas que le mantenían postrado hacía unos días. No obstante, desde

su lecho continuaba dictando órdenes oportunas y concretas, dirigiendo a la vez la construcción de la ciudad, los preparativos de la flota que regresaba a España y todo lo necesario para emprender personalmente un viaje hacia el interior del país.

CAPÍTULO XIV

El primer acto de insubordinación.—Expedición a Cibao.—Exploración de las costas de Cuba y Jamaica.—El Almirante enferma gravemente.

Antes de hallarse Colón restablecido de su dolencia, aconteció un suceso que puso a prueba su paciencia y amargó su alma. Al verse aislado, lejos de España, en medio de un país rico, sí, pero cuyas riquezas debían conquistarse a costa de esfuerzos y fatigas, algunos espíritus ruines no pensaron sino en buscar un medio de regresar a la patria y abandonar aquellos lugares casi desiertos y malsanos. Púsose a la cabeza de los descontentos Bernal Díaz de Pisa, que ejercía de mala gana el oficio de contador de la expedición. Propuso este hombre el plan de aprovechar la enfermedad de Colón para apoderarse de una de las naves fondeadas en el puerto y regresar en ella a España. Para arrastrar a sus cómplices, hablábales Bernal Díaz de la tiranía de Colón, acusaba a éste de haberles engañado al describirles aquel país como un país rico en que abundaban el oro y toda clase de productos, y con esto fomentaba el descontento y el espíritu de rebelión.

Por fortuna tuvo Colón noticia de lo que se tramaba, y obrando con tanta energía como prudencia, redujo a prisión a Bernal Díaz y dispuso que todas las armas y muni-

ciones se depositasen en una sola nave, cuyo mando quedó en manos de personas de su completa confianza.

Esta fué la primera sublevación que se produjo en los países conquistados; más adelante veremos que no fué la última, y que este hecho puede considerarse como el primer eslabón de la larga cadena de desventuras que tuvo que arrostrar este hombre inspirado, en el transcurso de su trabajosa existencia.

Repuesta su salud al poco tiempo de este suceso, se dispuso Colón a realizar una expedición al interior, con la intención de hallar las minas que seguramente existían y de construir una fortaleza que protegiera la explotación. Reunió al efecto todos los hombres que pudo sacar de la ciudad, guerreros, albañiles, carpinteros, etc., cargó todos los caballos que quedaban, y habiendo hecho un buen acopio de víveres y municiones, emprendió la marcha deslumbrando a los pacíficos indios del país con el brillo de las armas y el aspecto de los jinetes, que los salvajes tomaban por seres sobrenaturales que formaban una sola pieza con su caballo. Después de haber atravesado lugares hermosísimos, vadeando los ríos que hallaron a su paso, y haber abierto en la espesura del monte caminos para que pudiesen transitar los carros que llevaban los expedicionarios, alcanzaron éstos la falda de unas ásperas montañas. El paso de esas alturas era muy difícil para un ejército como aquél, y sobre todo, para los carros y la impedimenta. Entonces unos animosos jóvenes españoles, curtidos en la lucha contra esa clase de dificultades durante las campañas contra los moros, se ofrecieron a abrir un camino a

la expedición. Acompañados de algunos zapadores y auxiliados de gran número de indios que por una bagatela se prestaban a tales trabajos, pronto quedó terminado el primer camino que tuvo el Nuevo Mundo.

Al día siguiente subió por él la pequeña hueste, y al llegar a la garganta que servía de paso, divisaron una inmensa llanura limitada en el extremo opuesto por las montañas de Cibao. Hacia allí se dirigieron, atravesando aquella poblada comarca cubierta de cultivos, bosques y ca-seríos.

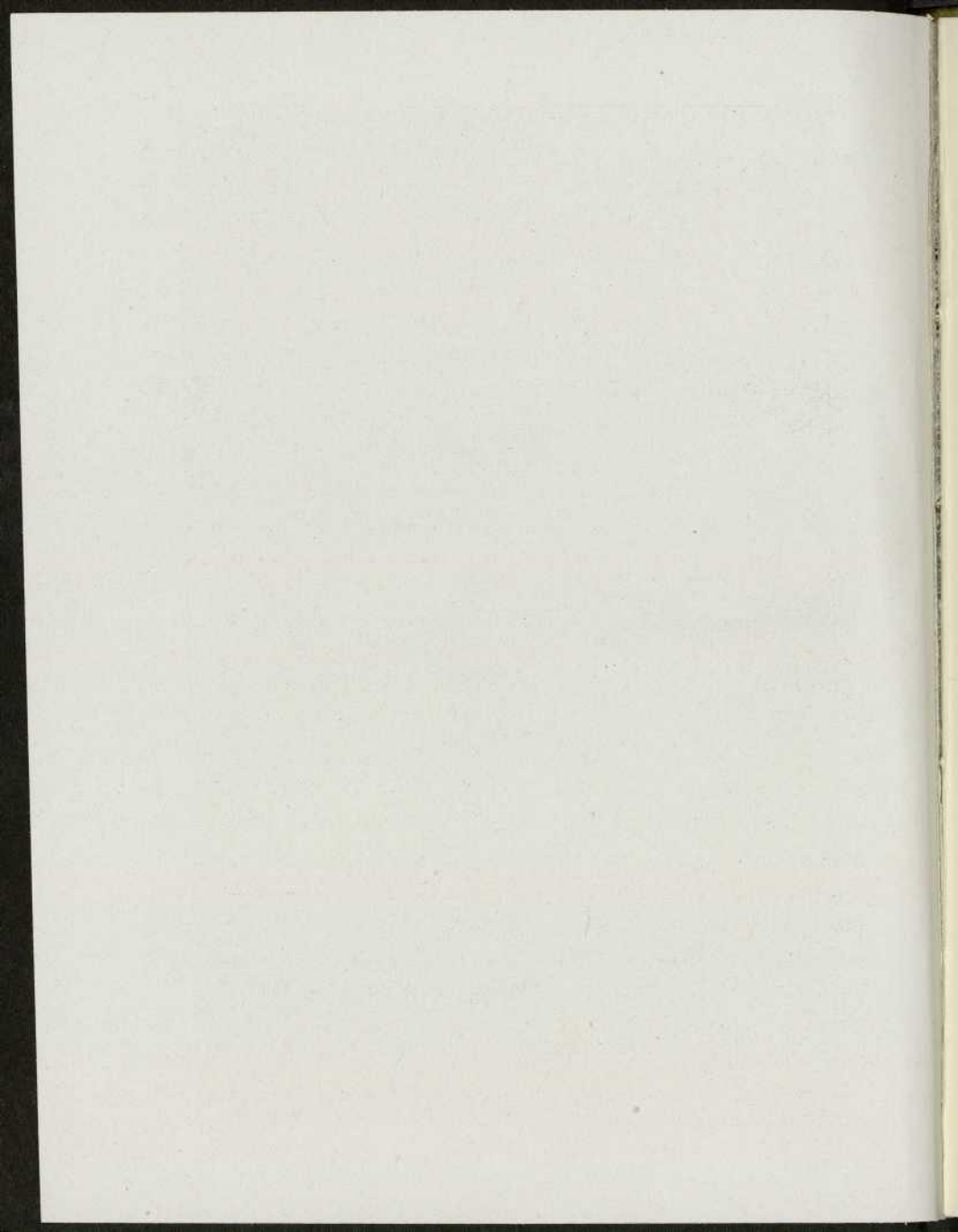
La sierra de Cibao era pedregosa y pobre, pero en ella descubrieron los españoles evidentes señales de la existencia de oro. Dispuso entonces el Almirante la erección en aquellos lugares de una fortaleza que sirviera de centro para la explotación de las minas que seguramente hallarían, y encontrándose ya bastante lejos de la ciudad, desistió de seguir adelante. Mientras se construía el fuerte, destacó a Juan de Luján con algunos hombres para que reconocieran con detención el país, siendo todas las noticias que trajo una confirmación de que allí se hallarían abundantes riquezas.

Terminadas las obras, entregó Colón el mando del fuerte a Pedro Margarit, con una guarnición de cincuenta y seis hombres, y se dispuso a volver a Isabela, que durante su ausencia estaba bajo el mando de su hermano Diego, hombre de mucho mérito y de carácter suave y pacífico, como dice Las Casas.

En Isabela, durante la ausencia de Colón, que fué de diez y siete días, habían empeorado mucho las cosas. Algu-



Colón pisa por primera vez tierra americana y toma posesión de ella en nombre de los Reyes de España
(Cuadro de D. Puebla)



nos atacados de fiebre habían muerto, cosa que antes no había sucedido todavía, y se notaba la falta de harina, de medicamentos y otros productos de los que los españoles no sabían prescindir.

Tomó Colón las medidas necesarias para calmar algo a su gente, y mientras tanto pensaba continuar la obra de exploración en la cual la Reina tenía puesto un gran empeño, en la esperanza de llegar algún día a las tierras asiáticas del Gran Kan, en cuya proximidad seguía creyendo.

Pero los acontecimientos que tuvieron lugar en el interior le impidieron emprender el viaje tan pronto como deseaba. Tuvo Colón noticia de que los indígenas habían cambiado su actitud amistosa y servicial por un retraimiento inexplicable, y temiendo que se repitiera lo sucedido en la villa de la Navidad, creyó oportuno mostrar a aquellos salvajes el poder de sus armas, ordenando que las tropas recorrieran el interior sin provocar a nadie, pero mostrando hasta dónde alcanzaba su fuerza, con objeto de sofocar todo intento de ataque.

Algunos incidentes provocados por pequeños robos que hicieron los indios, de pedazos de tela, por ellos tan apreciados, dieron motivo a escaramuzas, en las que quedó probada la cobardía de aquellos salvajes y lo fácil que era rechazar cualquier agresión. Se cuenta que un solo jinete había hecho huir a cuatrocientos hombres que intentaban apresar a cinco españoles mientras se hallaban buscando oro en las arenas de un río.

Esto tranquilizó hasta cierto punto al Almirante, el

cual dispuso tres naves para el nuevo viaje y levó anclas del puerto de Isabela el 24 de abril, dejando encargado el gobierno a una comisión presidida por su hermano Diego.

Durante esta expedición reconoció Colón parte de las costas de Cuba, y abandonándolas desde el puerto de Santiago para seguir la dirección que le habían indicado los hospitalarios pobladores de aquella isla, descubrió al día siguiente las alturas de otra isla que conocemos con el nombre de Jamaica.

La falta de vientos favorables detuvo dos días a las naves, al cabo de los cuales pudieron acercarse en busca de un lugar apropiado para desembarcar.

Al aparecer las carabelas acudieron a la playa gran número de indios, en actitud amenazadora, sin dejarse intimidar por el aspecto de aquéllas ni por los armamentos. Colón, que llevaba la carabela *Niña* con algunas vías de agua, no pudo detenerse en aquellos lugares, y después de apaciguarlos con algunos regalos, siguió adelante en busca de un puerto de refugio donde pudiera repararse la nave, el cual halló apenas había navegado unas cuantas millas.

El puerto donde anclaron las naves se hallaba casi en el centro de la isla. Al intentar desembarcar, se vieron los españoles atacados por grandes canoas llenas de indios que lanzaban desde lejos gran cantidad de flechas. El Almirante intentó en vano atraerse la confianza de aquellas tribus, y al ver que nada conseguían los regalos y las promesas, se propuso intimidarlos. Para ello hizo adelantar hacia la playa donde se habían juntado gran número de ellos, algunas barcas con soldados armados de arcabuces.

Al hallarse a conveniente distancia dispararon los españoles sus armas, el estrépito de las cuales llenó de pavor a aquellos infelices, que huyeron hacia el interior, dejando en tierra algunos heridos. Los españoles, entonces, para completar el efecto, soltaron contra los fugitivos un enorme perro de presa, que enloqueció de terror a aquellos hombres que nunca habían visto un animal tan grande y tan feroz.

Al día siguiente los indios, escarmentados, se presentaron sumisos, haciendo señales de paz, y durante todo el tiempo que duró la reparación de la nave, ayudaron a los españoles en sus trabajos y trajeron a bordo abundantes provisiones.

Después de recorrer en un largo trayecto las costas de Jamaica, volvió Colón a las de Cuba, con objeto de cerciorarse de que ésta formaba parte del continente y no de una isla, como decían los indígenas. Como la parte que ahora exploraba se hallaba llena de cayos, islotes y arrecifes, el Almirante se confirmó en su creencia de estar navegando por los mares del Oriente, cerca de la península de Malaca, cuyas descripciones coincidían en gran parte con lo que se iba ofreciendo a su vista.

La navegación por esos parajes era difícilísima; las naves tenían que navegar muy lentamente y con pocas velas, teniéndose que sondar constantemente el fondo, para no encallar. Explorada en gran parte esta costa, volvió la flota a Jamaica, después de verse expuesta a violentas tempestades; y de Jamaica se dirigió a La Española, donde Colón, fatigado por los trabajos y el clima y abrumado bajo el peso de las tremendas responsabilidades que

sobre él cargaban, enfermó tan gravemente que estuvo algún tiempo sin recobrar el conocimiento.

Sus compañeros, asustados, se apresuraron a llevarle a Isabela, cabiéndole allí el consuelo, al abrir de nuevo los ojos y recobrar sus facultades, de ver a la cabecera de su cama a su otro hermano Bartolomé, que acababa de llegar de España con tres carabelas cargadas con todo lo que se había pedido en el *Memorial* dirigido a los Reyes.

CAPÍTULO XV

Bartolomé Colón.—Desmanes de los españoles.—Sublevación de los indios.—Proezas de Alonso de Ojeda.—Batalla de la Vega.—Los primeros esclavos y el primer tributo.

La satisfacción de Colón al ver a su lado a su hermano Bartolomé fué grande. Bartolomé era muy distinto de su hermano Diego, a cuyo cargo había quedado la colonia. Diego era de carácter suave y de apacible disposición; Bartolomé era más activo, más decidido y audaz. Su aspecto, dicen los historiadores, respondía a su espíritu; era alto, robusto, vigoroso y lleno de autoridad. Formado bajo la dirección del Almirante, poseía una preparación científica tan sólida como aquél, y trazaba mapas y cartas con singular maestría. Tan vigoroso de ánimo y tan penetrante como el descubridor, dice Irving, era este hermano, menos entusiasta, menos sublime de fantasía y de corazón menos sencillo. Le ganaba, en cambio, en sutileza y habilidad para el manejo de los negocios, atendía más a sus intereses, y poseía mayor porción de aquella sabiduría mundana que tanto importa en los asuntos de la vida. Su ingenio no le hubiera excitado jamás a entrar en aquellas grandiosas especulaciones que produjeron el descubrimiento de un mundo, pero su sagacidad práctica hubiera sabido sacar de él muchas ventajas.

La agradable sorpresa de recibir noticias de España y

de la llegada de hombres y recursos, suceso que reanimó el abatido espíritu del Almirante, quedó amargada por el disgusto que le produjeron los acontecimientos que habían tenido lugar en la isla durante su ausencia.

Parece que aquel Pedro Margarit, aquel jefe de toda su confianza a quien se había encargado una expedición de estudio por la región de Cibao, se había dejado atraer por las delicias de la exuberante vega que habían atraído los españoles en su primer viaje en busca de las minas de oro, y desobedeciendo las órdenes y haciéndose sordo a las reconvenciones de la Junta de gobierno, allí se había quedado con su pequeño ejército, abusando de la tímida bondad de los indígenas. Sus soldados se habían instalado en las chozas de los indios, sin miramientos de ninguna clase, y lo que empezó siendo un abuso, acabó en los más indignos ultrajes, en las violencias más brutales y en el más bajo libertinaje. Margarit se distinguía por su relajación, y en estas condiciones excusado es decir que la indisciplina más desenfundada se había apoderado de aquel grupo de bandoleros.

Diego Colón había intentado poner freno a tantos excesos, previendo las funestas consecuencias que tales actos tendrían para el porvenir de la colonia; pero Margarit se sublevó contra él, logrando atraerse a su partido a algunos de aquellos hidalgos descontentos, que no perdonaban a Colón el haberles hecho trabajar en ciertas ocasiones en que la cooperación de todos había sido necesaria. El corrompido Margarit había logrado convencer a sus compañeros, y al llegar las tres carabelas de España fraguaron

un complot que dió por resultado el apoderarse los sublevados de las naves, por sorpresa, y escapar de la isla con rumbo a España.

Pero con esto no habían quedado borradas las huellas de su mala acción. Los indios, que al principio habían recibido con complacencia en sus casas y en sus familias a aquellos huéspedes que ellos consideraban como celestiales, al ver el desenfreno de sus pasiones y siendo objeto de brutales tratos por parte de la soldadesca, habían empezado a esconder los víveres que al principio ofrecían generosamente, y pensaron en librarse de aquellos seres tan poderosos como tiránicos.

El más feroz enemigo de los españoles era aquel cacique Caonabó, del cual se sospechaba había sido el autor de la destrucción del fuerte de la Navidad. Caonabó, aprovechando la indignación que ardía en el pecho de los indios, les excitaba a la venganza, y desde entonces fueron frecuentes los asesinatos de los españoles que se dispersaban por el país faltando a las órdenes del Almirante. Pero Caonabó tramaba algo más grave para la incipiente colonia: su intención era destruir el fuerte de la región de Cibao, y luego reunir todas las tribus de la isla para arrojar de ella a los colonos de Isabela.

Diez mil hombres reunió Caonabó para lanzarlos contra el fuerte de Santo Tomás, con la esperanza de sorprender su guarnición. Pero Santo Tomás tenía al frente un hombre de excepcionales condiciones, aquel audaz Alonso de Ojeda, para quien la lucha era su elemento y como una necesidad para su vida. Había peleado contra moros e in-

dios, y estaba acostumbrado a todas las estratagemas de la guerra de sorpresas, de manera que las astucias de Caonabó se habían estrellado ante su pericia y la superioridad del armamento de los cincuenta españoles del fuerte.

Caonabó, al ver que no podía realizar la primera parte de su plan, había trabajado para coligar todas las fuerzas de la isla y lanzar a todos sus pobladores contra los españoles. Un solo cacique se había negado a secundarle: aquel fiel cacique, amigo de Colón, el buen Guacanagarí, que por este motivo fué víctima de crueles ataques.

En este estado se hallaban las cosas cuando Colón, convaleciente, recibió la visita de Guacanagarí, que venía a informarle de lo que sucedía y de los ataques de que había sido víctima a causa de su inquebrantable amor por los españoles. Colón comprendió que era preciso salir de aquella situación e imponerse a los indios por medio de la fuerza. No viéndose él en disposición de ponerse al frente de una expedición guerrera, la confió a su hermano Bartolomé, que empezó inmediatamente a hacer los preparativos necesarios, teniendo la fortuna de que en aquellos días anclara muy oportunamente en el puerto otra flota venida de España al mando de Antonio Torres, que traía víveres en abundancia, armas, semillas, medicinas y hombres de todos los oficios, los cuales hacían mucha falta en la colonia.

Con los nuevos elementos fué empresa fácil reducir a los indios de la Vega y de las regiones cercanas, que pronto se sometieron; el que ofrecía más dificultades era el hábil

y bravo Caonabó, que refugiado en las asperezas de las montañas de Cibao y rodeado de gran número de rebeldes, constituía una amenaza constante para los españoles.

Mientras Colón trazaba un plan de dominación de la isla por medio de la erección de fuertes en algunos puntos céntricos y estratégicos, el valeroso Alonso de Ojeda se presentó a su jefe, comprometiéndose a traer vivo y prisionero al terrible Caonabó. El hecho parece legendario, pero lo afirman como cierto todos los historiadores y sucedió del siguiente modo: Alonso de Ojeda, con unos cuantos compañeros, se dirigió en busca de Caonabó, y mandó decirle que llevaba para él un espléndido regalo hecho de un metal que los indios apreciaban mucho, y una embajada del Almirante. El cacique, al ver la poca fuerza de que disponía Ojeda, a quien sólo acompañaban diez hombres, no temió recibirles entre sus cinco mil indios y, le tuvo unos días de huésped en su aldea. Además, la índole caballeresca del indio le inclinaba a admirar a aquel hombre valeroso, al cual había visto luchar con una temeridad inconcebible y abrirse paso solo en medio de los grupos de guerreros, cuando defendía la fortaleza de Santo Tomás de los asaltos de los indios.

Ojeda fingía acatar la soberanía del cacique para atraerse su confianza, y una vez conquistada ésta, le propuso una cosa que llenó de orgullo el ánimo sencillo del salvaje: le propuso adornarle con unas relucientes pulseras los brazos y los pies, haciéndole creer que ese era el signo de la soberanía entre los cristianos, y luego pasearlo en las ancas de su caballo por entre sus súbditos, los cuales quedarían

maravillados al verle utilizar aquellos monstruos como lo hacían los hijos del cielo.

El cacique cayó en el lazo: se dejó poner las pulseras, que no eran sino los grillos del esclavo, y se dejó subir sobre el caballo de Ojeda. Entonces éste, ayudado por sus compañeros, se lanzó sobre el indio sujetándolo fuertemente con ligaduras, y una vez asegurada su persona, subió sobre el mismo caballo, arrebatando así el terrible jefe a su pueblo, el cual, atónito, le vió desaparecer en la espesura de los bosques entre el reducido grupo de españoles.

Después de un largo y fatigoso viaje llegó Ojeda a la ciudad, entregando al Almirante su prisionero.

Es curioso hacer constar la altivez que conservó siempre el indio en su prisión y el respeto que desde este hecho manifestaba en todas las ocasiones por Alonso de Ojeda, su vencedor. Se cuenta que, cuando entraba el Almirante en la sala donde se hallaba el cacique, todos, como es natural se levantaban, menos él; en cambio, al entrar Ojeda se ponía siempre en pie, manifestando así su admiración por el valor y la astucia de que éste había dado muestras al atreverse a prenderle.

Colón creyó al principio que, teniendo en su poder al cacique, los indios se apaciguarían. Por el contrario, irritados al verse burlados por un pequeño grupo de españoles, y excitados por Manicotex, hermano del cacique, que quería vengarle, se dispusieron a renovar sus ataques para librar la isla de extranjeros.

Noticioso Colón de lo que sucedía y restablecido de su dolencia, que había durado cinco meses, armó doscientos

hombres, y con tan reducidas fuerzas, acompañado de su hermano Bartolomé y de Alonso de Ojeda, se dirigió contra la muchedumbre de indigenas que se habían concentrado en la Vega. Según cuentan, los indios pasaban de cien mil. Manicotex tenía tal seguridad de atemorizar a los españoles con aquella turba de guerreros, que le causó verdadera sorpresa el saber que se disponían a atacarle tan sólo *veinte puñados de maíz* (1). Lo que no había calculado Manicotex es que *veinte puñados de maíz* armados de arcabuces, cubiertos de hierro y reforzados con algunos caballos, aquellos monstruos que tanto temían los indios, eran suficientes para arrollar a una masa informe de salvajes desnudos, sin armas y sin disciplina.

Y así fué en efecto. Los españoles, divididos en grupos, atacaron por varios lados a la vez aquella muchedumbre, haciendo sobre ella mortíferas descargas, al mismo tiempo que el valiente Alonso de Ojeda, seguido de la caballería, acuchillaba a mansalva a aquellos infelices, que pronto emprendieron una fuga desordenada.

Pacificada la isla por medio del terror, se sometieron todos sus caciques, incluso Manicotex. Entonces Colón, siempre atormentado por la idea de que todo fracasaría si los nuevos países no producían abundantes beneficios, impuso a los habitantes un tributo que consistía en pagar cada uno por trimestre un cascabel lleno de oro (equivalía a cinco pesos).

(1) Los indios no sabían contar más allá de diez. Al llegar aquí decían *un puñado de maíz*, pues era con granos y puñados de maíz como llevaban sus cuentas. *Veinte puñados de maíz* eran, por lo tanto, doscientos hombres.

El tributo estaba mal calculado y era excesivo. Para poder pagarlo, los hombres pasaban días y días registrando las arenas de los ríos, pues no sabían extraer el oro de las rocas, y con esto descuidaban sus faenas en el campo. Viendo, además, que con tanto esfuerzo no lograban llenar cada tres meses el cascabel, abandonaban los cultivos y huían a las montañas. De este modo, el tributo que se creía debía llegar a producir veinte mil pesos por trimestre, apenas alcanzó a doscientos y arruinó el país.

CAPÍTULO XVI

Colón regresa de nuevo a España.—Viaje penoso.—Entrevista con los Soberanos.—Obstáculos que retrasan una nueva expedición.

Mientras Colón pacificaba la isla y se preocupaba de aumentar los rendimientos de la colonia, la baja intriga de los que habían regresado a España trabajaba en la sombra para mermar el prestigio del Almirante y lograr su destitución. Al principio, a pesar de haberse alistado en el partido de sus enemigos personas de gran influjo, los Reyes siguieron otorgándole la más completa confianza; pero Colón, que veía aumentar el número de los descontentos y los cargos que se hacían contra él, creyó conveniente volver a España para tratar personalmente con los Soberanos y deshacer la atmósfera de calumnias que empezaba a envolver su nombre.

Un violento ciclón que devastó la isla e hizo zozobrar cinco de las seis carabelas que se hallaban ancladas en el puerto, le obligó a demorar su viaje, y fué preciso, para poder regresar a España, construir una nueva carabela con los restos de las que el mar había destrozado.

El 10 de marzo de 1496 se hicieron a la vela dos carabelas, embarcándose en ellas los que no podían soportar el clima, los desengañados, los perdidos que habían acudido a la última expedición a La Española creyendo poder re-

coger el oro a manos llenas, sin trabajar, llegando en junto a doscientas personas. "Jamás volvió de tierra de promisión chusma más miserable ni desengañada", escribe un historiador.

La travesía fué penosísima.

Colón, al dejar la isla, tomó el rumbo del Sur, que desconocía, y se halló con una zona de calmas persistentes que no permitía el avance de las naves. El 6 de abril se hallaba todavía próximo a las islas Caribes, y como su gente iba enfermando y se hacía sentir la falta de agua y de provisiones, abordó a una de ellas, a Guadalupe, para aprovisionarse de nuevo.

A los quince días pudo abandonar la isla y continuar el viaje a España, viéndose durante esta travesía poco favorecido por los vientos y las corrientes.

La travesía se alargaba de tal manera, que Colón tuvo que poner sus gentes a ración, llegando todos al extremo de sufrir los horrores del hambre. Así es que demacrados y enfermos alcanzaron por fin los viajeros el puerto de Cádiz, el 11 de junio. Tres meses había durado aquel penoso viaje, durante el cual Colón tuvo que imponer su autoridad, infundir ánimo y mantener la esperanza de los descorazonados tripulantes de la flota.

A cortas jornadas, y llevando consigo algunos indios y muestras de productos tropicales y de oro de las nuevas minas, se dirigió Colón a Burgos, donde debía presentarse a los Soberanos.

Afectuoso y cordial fué el recibimiento que éstos le dispensaron, y de tal modo le trataron en las sucesivas en-

trevistas, y tanto interés demostraron por todo lo que se relacionaba con las nuevas empresas, que Colón adquirió el convencimiento de que la maledicencia y las intrigas cortesanas no habían debilitado en lo más mínimo su prestigio ni habían enfriado el entusiasmo de la Reina. La prueba palpable la obtuvo al hallar a los Reyes bien dispuestos para proporcionarle los medios de realizar otra gran expedición, destinada en parte a colonizar los países descubiertos, y en parte a explorar nuevas tierras, que, según sus cálculos, debían hallarse hacia el Occidente.

Pero no pararon aquí la generosidad real y las muestras de afecto y respeto que recibió Colón de la Corona. Además de confirmarle todos sus privilegios y prerrogativas, se le dispensó del compromiso contraído de contribuir con una octava parte a los gastos de las pasadas empresas, merced importantísima, pues hay que tener en cuenta que los gastos hasta entonces habían excedido en mucho a las ganancias. Con objeto de perpetuar en su familia las distinciones y honores conquistados con sus hechos extraordinarios, se le autorizó para instituir un mayorazgo, dotado con las rentas y los beneficios que las tierras descubiertas llegarían a producir con el tiempo, mayorazgo que debía heredar su hijo primogénito Diego. El heredero no debía usar otra antefirma que el título de *El Almirante*, con exclusión de todo otro que tuviesen derecho a usar, queriendo mostrar con esto el orgullo con que Colón miraba este título, resumen y expresión de su grandeza.

Como se ve, de parte de los Reyes todo eran facilidades, honores y distinciones; todo lo contrario de lo que

debía hallar en el pueblo, y sobre todo entre los elementos directores que debían ayudarle en sus empresas.

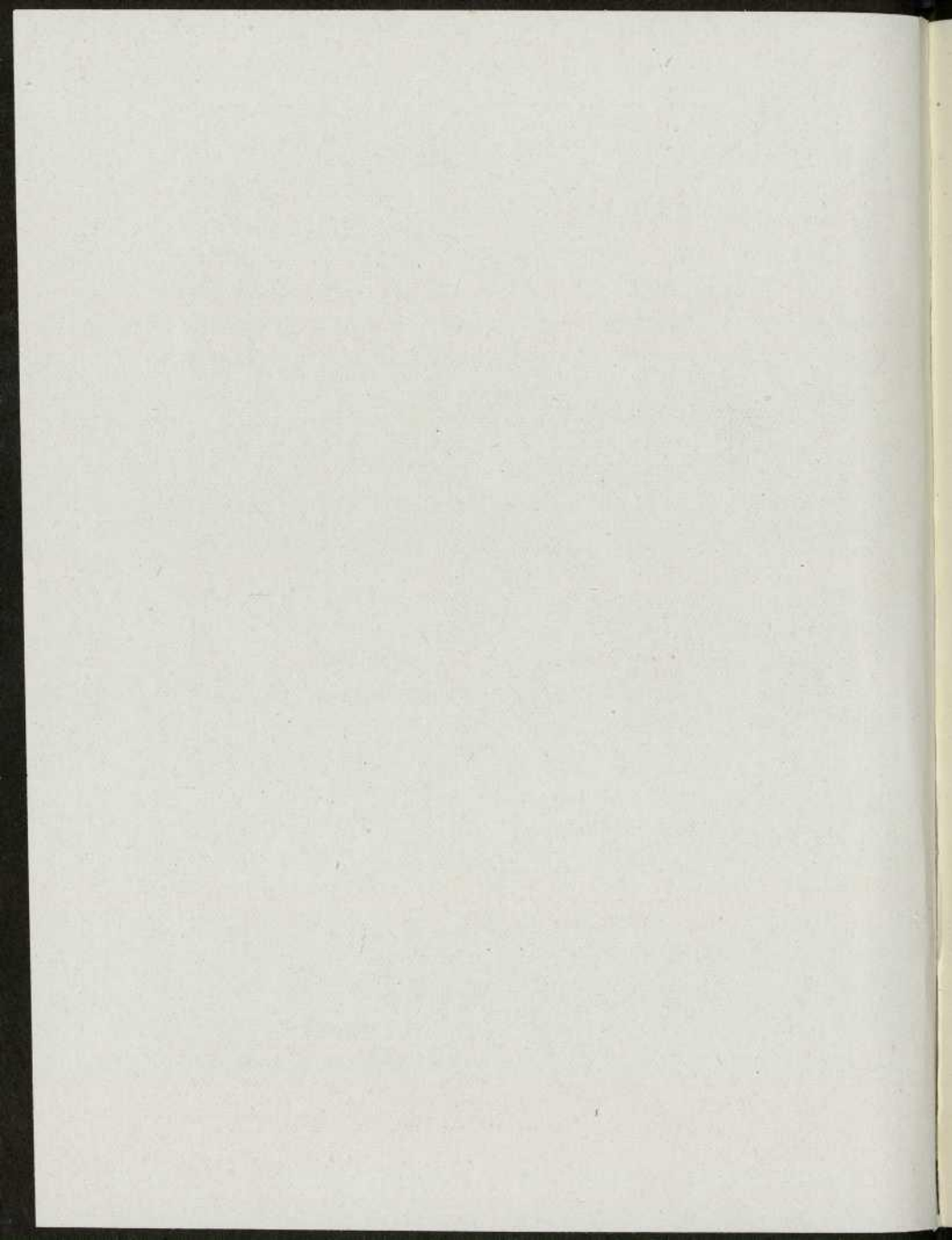
La primera dificultad con que tropezó al disponerse a hacer los preparativos para un tercer viaje, fué la falta de dinero. El Tesoro se hallaba de nuevo exhausto; los Reyes, empeñados en una próxima lucha con Francia y en expediciones guerreros en Italia, se veían obligados a hacer gastos extraordinarios, y nada se podía distraer para la colonización de las lejanas tierras. Aumentaba las dificultades el hecho de que parte de la Corte, midiendo aquel hecho transcendental del descubrimiento como una mezquina operación mercantil que debía producir inmediatos beneficios, empezaba a hablar de las Indias como de un asunto que traía *mucho gasto y poco provecho*. Propalaban esta frase los enemigos de Colón, los envidiosos, los espíritus mezquinos y timoratos, y lo más triste es que esta mala impresión se agravaba con la que difundían por el pueblo los perdularios, los rebeldes y los desengañados, que hablaban de aquellas tierras como de un infierno y del Almirante como de un vil embaucador.

Colón luchaba sin descanso por vencer estas corrientes contrarias y deshacer esta atmósfera de desprestigio. Para ello tenía que exhibir, de un modo quizás excesivo, sus indios pintados con vistosos colores y adornados con objetos sorprendentes, y mostrar al pueblo impresionable las joyas de oro que de allí traía y los pedazos del codiciado metal que se extraía de las rocas y se hallaba en las arenas de los ríos.

Pero el pueblo se había acostumbrado ya a estas cosas



Los indios ofrecen presentes a los españoles y les contemplan admirados (Cuadro de Garnelo)



durante los tres años transcurridos, y se hallaba ahora bajo la impresión de los que volvían enfermos y de los que referían las penalidades y peligros a que se hallaban expuestos los colonos.

No es de extrañar, pues, que el nuevo proyecto se hallase sujeto a interminables dilaciones y tuviese que sufrir por falta de recursos y de hombres que se prestasen a formar parte de la expedición.

Como parecía que todo se conjuraba para impedir este tercer viaje, sucedió que, habiendo llegado a España Pedro Alonso Niño con tres carabelas, este capitán desde su llegada anunció, con sobrada petulancia, que llevaba a bordo un cargamento de oro. El rey Fernando, que necesitaba en aquella ocasión y con urgencia fondos con que reparar una fortaleza conquistada en el Rosellón, al saber que venía oro de las Indias, dispuso de seis millones de maravedís que había ordenado entregar a Colón para los primeros gastos.

Aclaradas las cosas, se vino en conocimiento de que el tal cargamento de oro no era sino un cargamento de pobres indios prisioneros destinados a ser vendidos como esclavos, con objeto de recoger algún dinero, produciendo el hecho un pésimo efecto.

Otra circunstancia agravante era la honda enemistad que sentía por Colón D. Juan de Fonseca, a cuyo cargo estaba el suministro de pertrechos para las flotas que se dirigían a las Indias. Fonseca y sus empleados y auxiliares formaban en Sevilla un partido poderoso, pues en sus manos estaba el acelerar o retrasar los preparativos, y no

falta quien asegure que la mala calidad de las provisiones y los defectos de embalaje de que se quejaban a veces los expedicionarios, era una de las varias malas artes de que se valía Fonseca para perjudicar a Colón.

Contra este hombre y sus cómplices, además de las referidas adversidades, tuvo que luchar Colón durante dos años de mortal impaciencia. En todo este tiempo fué blanco de burlas y calumnias sin cuento, que hubieran desesperado a otro que no hubiese poseído su magnífico temple de alma. Cuéntase que en una sola ocasión perdió Colón su serenidad habitual y el dominio de sí mismo, y fué como sigue:

Parece que un tal Briviesca, tesorero de Fonseca, hombre envidioso y soberbio, acostumbraba a manifestar públicamente un cierto desdén por aquel extranjero fantasioso; y en cierta ocasión, antes de hacerse a la vela la expedición que se preparaba, extremó su inconveniencia con el Almirante, hasta el punto de ultrajarle.

Colón, que en tantas ocasiones había dado muestras evidentes de un admirable dominio de sí mismo y de sabia prudencia, al verse esta vez maltratado por un hombre indigno, no pudo ya contenerse, y arremetiendo violentamente a Briviesca, le arrojó al suelo, donde le estuvo aporreando largo rato con los puños y los pies.

El hecho, aunque disculpable, perjudicó mucho al Almirante. Tomando pie en él, se le acusó en la Corte de hombre iracundo y violento, de tirano irascible, pretendiendo sus enemigos, entre ellos Fonseca, presentar este hecho aislado como una prueba de la certeza de sus acusa-

ciones y quejas. Tanto le perjudicó, afirma el P. Las Casas, que *por esta causa principalmente* prestaron los Reyes, más adelante, oídos a las murmuraciones y quejas que contra él se formularon, llegando, como veremos, a quitarle el gobierno de los nuevos países.

CAPÍTULO XVII

El tercer viaje de Colón.—Terribles calmas.—Descubre la isla de Trinidad y el continente.—Colón enferma y vuelve a la Isabela.—Sublevación de Roldán.

El 30 de mayo de 1498 salían, por fin, de Sanlúcar de Barrameda las seis naves dispuestas para la nueva expedición, después de dos años de dilaciones y disgustos.

Hallándose España a la sazón en guerra con Francia, la flota hizo rumbo hacia el Sur, para no encontrar la escuadra francesa, que estaba situada en el cabo de San Vicente; tocó en las islas de Porto Santo y Madera, donde completó sus provisiones, llegando el 19 a la vista de la isla de la Gomera. Después de un ligero incidente que le permitió librar un buque español apresado por un corsario francés, salió el 21 de junio de la Gomera, dividiendo la flota en dos partes: una, compuesta de tres naves, debía dirigirse directamente a La Española, cargada de provisiones. Con los tres buques restantes se proponía Colón seguir una ruta más al Sur, tocando en las islas de Cabo Verde para seguir luego hacia el Occidente, esperando hallar aquellos países meridionales de que hablaban los indios, más ricos y poblados que los hasta entonces descubiertos.

Este viaje fué una serie ininterrumpida de sufrimientos. El 27 llegó la expedición a Cabo Verde, pero nada halló

allí de lo que le convenía: ni provisiones ni ganado. Con la tripulación enferma a causa del tiempo cálido y bochornoso, abandonó el Almirante las islas el 5 de julio. Navegando hacia el Sudoeste alcanzó la flota la zona de las calmas, donde los vientos Sudeste y Noroeste se encuentran y neutralizan, quedando las naves inmóviles y con las velas flácidas bajo los rayos de un sol abrasador que caían verticalmente al mediodía.

El día 13, describe W. Irving, cayó de pronto el viento y empezó una profunda y bochornosa calma que duró ocho días. El aire parecía un horno: se derretía la brea y se agrietaba la pintura de los buques; se pudrió la carne salada; se secó el trigo como si se hubiese puesto al fuego; los aros se desprendían de los barriles de agua y de vino, algunos de los cuales se vertieron, y otros reventaron; y era tan excesivo el calor en los camarotes, que no permitía a la gente estar en ellos bastante tiempo para remediar los males que estaban sucediendo. Los marineros perdieron la fuerza y el ánimo con aquel ardor insoportable. Parecía que iba a realizarse la antigua fábula de la zona tórrida, y que se acercaban a una región de fuego donde no se podía existir.

Colón, enfermo de gota, tenía que soportar todos estos males, y además mantener toda la actividad de su espíritu para poder observar los fenómenos y decir lo que debía hacerse. Con la esperanza de hallar una zona más tolerable, en cuanto pudo se dirigió hacia el Sur, donde, efectivamente, halló brisas más frescas y lluvias que templaban el ardor de la atmósfera.

Las naves se hallaban en muy mal estado y los víveres estaban casi agotados. A tal extremo habían llegado, que el 31 de julio ya no quedaba más que un barril de agua, por lo cual fué recibido con inmenso júbilo el grito de tierra que dió un marinero, desde lo alto de las gavias, al ver levantarse en el horizonte las cimas de tres elevadas montañas.

Colón, que, como sabemos, era ferviente devoto, había prometido dar el nombre de la Santísima Trinidad a la primera tierra que descubriera; llamó a esta isla de la *Trinidad*, nombre con que todavía se conoce, sorprendido, además, por la extraña coincidencia que descubría entre el nombre que pensaba darle y el aspecto de aquellas tres alturas que se juntaban en un pie común.

Después de recorrer las costas de la isla en busca de un buen puerto, el día 1 de agosto, hallándose Colón en la popa de su carabela, alcanzó a ver hacia el Sur la silueta de nuevas tierras que él supuso formaban parte de otra isla, y no eran otra cosa sino parte de aquel gran continente que hasta entonces había estado buscando en vano.

El Almirante, prosiguiendo su exploración, atravesó el peligroso estrecho que forma la isla Trinidad con la costa del continente y se halló en las tranquilas aguas del golfo de Paria. Lo que más le sorprendió fué hallar que toda aquella gran extensión de aguas del golfo eran dulces. Eran dulces, pensaba el Almirante, porque desembocaba algún gran río; y si este río era tan caudaloso que lograba endulzar tan considerable cantidad de agua, no podía provenir de una pequeña isla, sino de algún extenso territorio. Esta

tierra que tenía delante debía ser, a su juicio el borde del gran continente asiático.

En las costas del golfo de Paria trabaron los españoles amistosas relaciones con los indígenas, que aquí ofrecían la novedad de llevar abundantes adornos de perlas. Pronto empezaron los acostumbrados trueques: aquellos indios inocentes daban sartas de ellas por un cascabel, un pedazo de loza o un juguete cualquiera, de modo que con poco esfuerzo, pudo el Almirante reunir una buena cantidad de ellas para mandarlas a los Reyes. La satisfacción de Colón al ver aquellas nuevas riquezas fué grande; ellas le confirmaban en su opinión de que hacia el Sur encontraría los ricos imperios asiáticos.

Explorada la costa del golfo, hubiera deseado el Almirante proseguir el viaje, pero las naves se hallaban en mal estado, los víveres escaseaban, y, lo que era peor, él mismo se hallaba tan cansado por el continuo trabajo en aquel clima y a sus años, que enfermó de los ojos, de tal modo que quedó casi ciego. En este viaje, lo mismo que en el de exploración de las costas de Cuba, no descansaba el Almirante ni de día ni de noche, observando, anotando lo observado, haciendo cálculos, trazando cartas, dictando instrucciones y vigilando atentamente para salvar a las naves de los graves peligros que ofrecía una navegación por costas desconocidas. Durante el viaje por Cuba llegó a pasar treinta días casi sin dormir; en éste, el esfuerzo parece haber sido mayor todavía. Sólo la gran robustez de su temperamento, sostenido por un inflamado espíritu, le permitían sobrepasar de este modo el límite normal de sus

fuerzas: en esta ocasión, habiendo llegado al agotamiento, no pensó sino en volver a La Española, donde se le esperaba con ansiedad.

El viaje a La Española se hizo felizmente. Antes de llegar al puerto de Isabela, le salió al encuentro su hermano Bartolomé, y juntos desembarcaron, causando a todos honda pena al ver el estado del Almirante, que apenas podía andar y estaba casi ciego.

La debilidad física de Colón y sus achaques no le impidieron enterarse minuciosamente de todo lo sucedido en la isla durante su ausencia, que, a decir verdad, no era muy consolador.

Su hermano había gobernado con una inteligencia y una energía admirables; con sabias medidas había logrado aumentar los recursos y cobrar gran parte de los tributos; con una prudente política había atraído a varios caciques influyentes, antes predispuestos contra los españoles; había elegido con gran acierto el emplazamiento de un nuevo puerto llamado Santo Domingo, cuyo nombre se extendió luego a toda la isla; para asegurar los trabajos en las minas había establecido un cordón de fuertes, y, por último, había sabido mantener el orden y fomentar la riqueza. Pero entre aquellos aventureros no podían faltar los enemigos de toda disciplina, los que odiaban el freno de una autoridad inteligente, y los que ambicionaban deshacerse de los Colonos para medrar libremente.

Durante una de las excursiones militares del Adelantado, el alcalde de Isabela, Francisco Roldán, hombre de obscuro origen, ambicioso y ruin, habiéndose rodeado de los

descontentos, aprovechó uno de tantos pretextos, fáciles de hallar cuando se buscaban, para desobedecer las órdenes de Bartolomé Colón y formar un partido con la intención de apoderarse del mando de la colonia.

Su espíritu villano le sugería toda clase de medios para exaltar los bajos sentimientos de su gente, presentando a los Colones como unos tiranos avaros, unos embaucadores, que querían enriquecerse a costa de los trabajos y penalidades de los otros.

Después de mil vicisitudes, durante las cuales peligró varias veces la vida del Adelantado, éste no había logrado apoderarse de Roldán, el cual se hallaba en el interior de la isla, muy poco dispuesto a reducirse a la obediencia.

La profunda pena que sintió el Almirante al enterarse de los pormenores de lo que hemos apuntado de una manera sucinta, no puede describirse. Su elevado espíritu, que sólo vivía pensando en la magnitud de su empresa y en resolver los transcendentales problemas que planteaban los nuevos descubrimientos, tenía que aplicarse a las dificultades cada vez más numerosas que iban creando la perfidia y la ruindad de sus mismos compañeros de colonización.

Deseando, como siempre, usar de la templanza antes de decidirse a emplear la violencia, escribió Colón a Roldán una carta afeándole su conducta y ofreciéndole el perdón si buenamente se sometía.

Roldán, que comprendía que su situación podía hacerse cada vez más difícil si los Reyes daban orden de aplicarle el rigor de la ley, accedió a los ruegos del Almirante, pero

tropezó con la resistencia de sus partidarios, que no se avenían en modo alguno a abandonar la vida licenciosa que llevaban. Libres de toda disciplina, vivía cada uno de ellos teniendo a su servicio tres o cuatro indios, a los que trataban como esclavos, y era difícil hacerles renunciar a aquella ventajosa situación.

Convinieron, no obstante, en someterse siempre que se aceptaran, entre otras, las siguientes condiciones: que se les enviasen dos carabelas al puerto de Xaraguá, en las que se embarcarían para España, y que se comprometía además el Almirante a hacerles pagar por la Casa de Contratación todos los sueldos devengados hasta el día de su llegada.

Las condiciones eran indudablemente humillantes para la autoridad del Almirante; pero éste, deseando terminar aquella situación que tan mal efecto debía producir en el ánimo de los indios, y, sobre todo, al pensar que aceptando se vería libre de la proximidad de aquellos forajidos, firmó la capitulación aceptando lo que los rebeldes proponían.

Las carabelas mandadas por Colón a Xaraguá se retrasaron a causa de unos fuertes temporales. Esto fué motivo suficiente para que los rebeldes se negaran a embarcarse, pretextando la falta de cumplimiento de lo tratado. No obstante, Roldán, más astuto y avisado, comprendió que podía sacar partido de la situación, y en una entrevista secreta que tuvo con un mensajero de Colón, se comprometió a volver a Isabela y a someterse, siempre que se le restituyeran sus títulos y cargos oficiales. Aunque cueste trabajo creer en la inagotable bondad de Colón, éste volvió a

aceptar estas proposiciones, con objeto, sin duda de acabar de una vez tan enojoso asunto.

Vióse, pues, al poco tiempo, entrar a Roldán de nuevo en Isabela, ejerciendo como antes su cargo de alcalde mayor.

CAPÍTULO XVIII

Expedición clandestina de Ojeda. — La obra de la calumnia. — Bobadilla es nombrado Gobernador de las Indias

Comprendía Colón cuán conveniente era un viaje a España para informar personalmente a los Reyes de todo lo ocurrido; y no hubiera tardado en realizarlo, a no recibir una noticia que le llenó de asombro. Supo que cuatro carabelas al mando de Alonso de Ojeda acababan de anclar en la parte occidental de la isla, sin que él hubiese tenido aviso alguno de aquella expedición clandestina. Con objeto de informarse de lo sucedido y necesitándose para la empresa un hombre audaz capaz de hacer frente al valeroso Alonso de Ojeda, si era necesario, escogió al mismo Roldán, el cual, tanto se había enriquecido, que no pensaba sino en conservar sus bienes y en hacer méritos que le permitieran ascender en la carrera de los honores.

Salió Roldán de Isabela acompañado de algunos hombres, aguerridos, y a los pocos días se entrevistaba con Ojeda, el cual, conocedor de quién era Roldán, prefirió salirle al encuentro y usar la astucia en vez de la fuerza.

Refirió Ojeda que, enterado por las cartas de Colón de los nuevos descubrimientos hechos en el golfo de Paria, había decidido con Fonseca armar una expedición particular, que, naturalmente, no iba en nombre de los Soberanos,

destinada a ensanchar el campo de las exploraciones, aunque respetando siempre los derechos concedidos al Almirante. El rumbo había sido el mismo de Colón en el último viaje, logrando la expedición alcanzar la tierra firme doscientas leguas al oriente del Orinoco, y desde allí recorrer el golfo de Paria, tocar en la isla Margarita, famosa por sus perlas, y adelantarse hasta las costas de Venezuela.

Trató de averiguar Roldán lo que había de cierto y de falso en este relato, y creyéndose suficientemente informado, salió para dar cuenta a Colón de todo lo sucedido.

Pero Ojeda no había pensado nunca en presentarse a Colón. Al verse libre de Roldán, tomó el rumbo de Xaraguá y entabló relación con los colonos españoles que allí vivían, intentando sublevarlos contra la autoridad del Almirante. La audacia ilimitada de Ojeda llegó al punto de proponer a los españoles juntarse con él y dirigirse contra Isabela con ánimo de arrojar de la isla a Colón. Algunos ambiciosos accedieron a ello, pero otros colonos fieles se opusieron a tanta traición, entablándose una lucha entre los españoles, que hubiera terminado mal a no presentarse el mismo Roldán con un buen refuerzo de tropas. Sabiendo Ojeda quién era Roldán y juzgándole adversario temible, creyó más prudente reembarcarse y hacerse a la vela con rumbo a España, donde desembarcó más tarde, llevando consigo un cargamento de esclavos que hizo prisioneros a su paso por las islas Caribes.

Colón juzgó el atrevimiento de Ojeda y la libertad con que obraba Fonseca como un signo evidente de que su prestigio iba decayendo en España, y de que por más que se

esforzaba en mostrar cuán grandes beneficios le debía la Corona, éstos no eran reconocidos por una gran parte de los españoles.

Y efectivamente, no se engañaba en sus conjeturas. Mientras él se afanaba empleando todo su tacto y su inteligencia en organizar y evangelizar la colonia, auxiliado de unos cuantos espíritus rectos y nobles, en España se trabajaba activamente por minar su reputación, estando ya arraigada la creencia de que no tardaría el Almirante a caer en desgracia.

Los buques que llegaban a España trayendo los holgazanes y los viciosos que habían ido allí en busca de un golpe de fortuna, volvían hablando de Colón y sus hermanos como de unas gentes infatuadas y tiránicas que no pensaban sino en su propio provecho, y hasta les llegaban a atribuir el intento de querer entregar las colonias a otra nación. Además, los países descubiertos ocasionaban incesantes gastos y no acababan de recogerse en ellos aquella abundancia de oro y riquezas prometida. Esto planteaba el siguiente dilema: o las descripciones de aquellos países maravillosos eran exageradas y no correspondían a la realidad, o los encargados de gobernarlos no poseían las dotes suficientes que exigía una explotación.

¿No bastaban estas razones para hacer dudar al rey Fernando, que nunca vió con entusiasmo las nuevas conquistas? El Rey, empeñado en guerras continuas, necesitaba dinero y más dinero, y todo lo que se gastaba para las colonias le parecía mal empleado. Estando así predispuesto, ¿qué efecto debía causarle ver que los grupos de

repatriados acudían constantemente a él, azuzados por la facción hostil a Colón, pidiéndole con insistencia las pagas atrasadas, a las que, naturalmente, no tenían ningún derecho?

La reina Isabel se mantenía más fiel a Colón, pero también se halló medio de hacer penetrar la duda en su ánimo. Cuando tanto se repetían las quejas y se manifestaban tantas señales de descontento, algo defectuoso debía haber en todo aquello. Si Colón y sus hermanos se habían formado un grupo tan numeroso de enemigos, ¿era prudente que siguieran conservando su autoridad y sus privilegios? Los males y la desorganización de que se quejaba el Almirante, ¿tendrían algún día fin por este camino?

A estas consideraciones se añadía un hecho que mortificaba en extremo la fina sensibilidad de D.^a Isabel. En las naves que venían de las Indias llegaban gran número de esclavos, los unos cedidos por Colón a los españoles que se repatriaban, obligado por los artículos de las capitulaciones hechas con Roldán, los otros traídos clandestinamente. Estos infelices llegaban en un miserable estado y eran objeto de abusos tales, que sublevaba el ánimo de todos. Cuentan que la Reina, indignada al oír decir que todo aquello era hecho con consentimiento de Colón, exclamó: *¿Y qué derecho tiene el Almirante para regalar mis vasallos?* Ha de hacerse constar, en honor de la gran Reina, que ésta mandó que se devolviesen los indios a su patria, contrastando esta orden con las indicaciones del Almirante, que creía de buena fe en la conveniencia de mantener por algún tiempo la esclavitud de los indios.

Todo este cúmulo de circunstancias y datos adversos decidieron a los Reyes a nombrar una comisión que depurara los hechos y dictaminara sobre lo que convenía hacer. Vacilaban aquéllos en el modo de resolver este asunto sin ofender al gran hombre que acababa de conquistar un Nuevo Mundo, cuando recibieron una carta de Colón pidiéndoles le envasen una persona recta y conocedora de las leyes para que ejerciese las funciones de juez y decidiese, además, las cuestiones pasadas habidas entre él y Roldán.

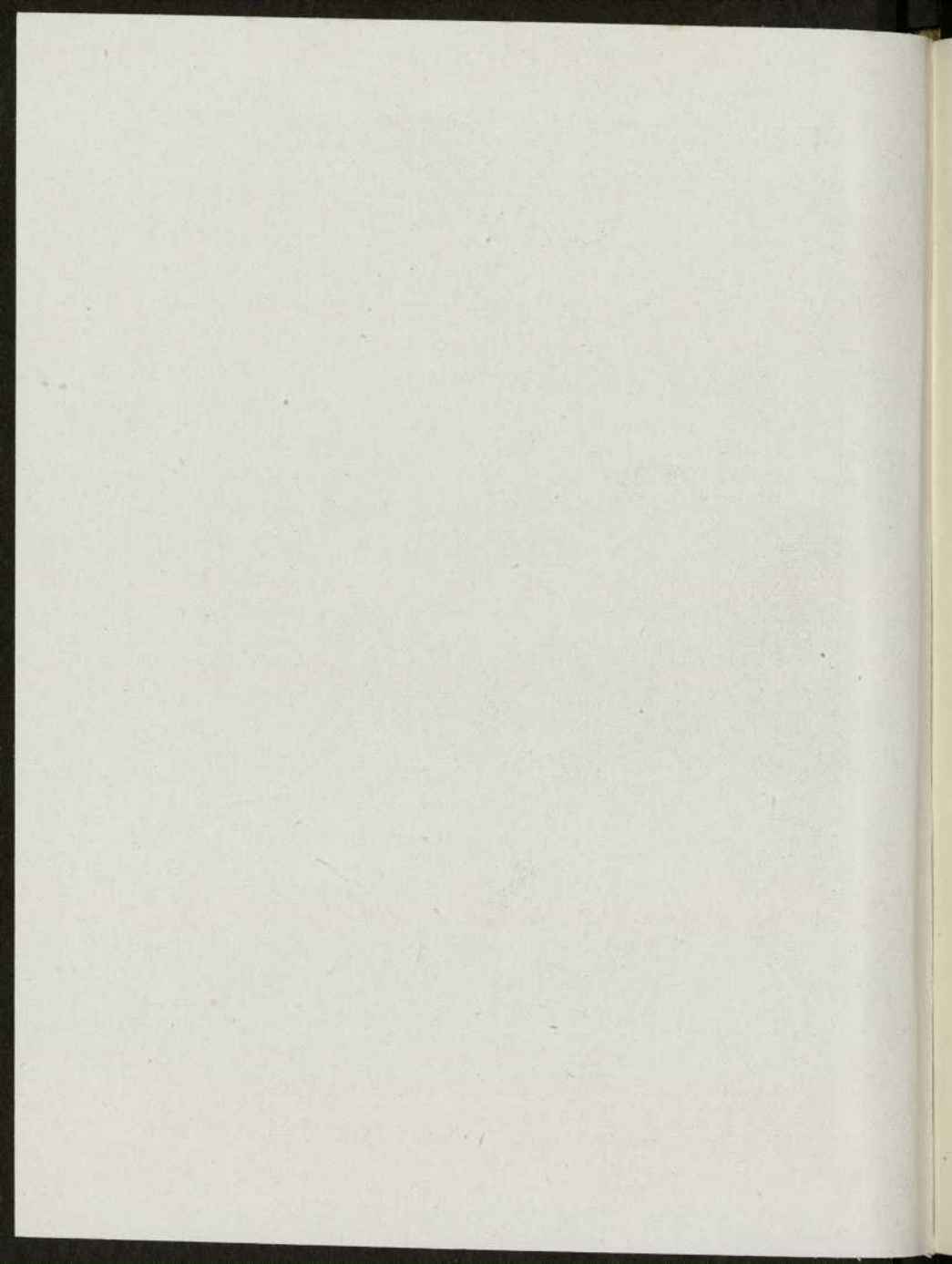
El rey Fernando, viendo que se le ofrecía una excelente oportunidad de realizar sus deseos, escogió un hombre, al parecer, a la altura de tan delicada misión, llamado Francisco Bobadilla, oficial de la Casa Real y comendador de una de las Órdes militares.

Bobadilla no recibió de momento toda la autoridad que luego tuvo. Al principio se le concedieron poderes únicamente para aquello que fijaba el Almirante en su carta; pero más tarde, habiendo arreciado los enemigos de Colón en su obra de calumnia y difamación, lograron que Bobadilla fuese nombrado Gobernador de las Indias con amplios poderes.

La tormenta que iba a estallar sobre Colón se iba formando cada vez más amenazadora. El Almirante, entre tanto, algo más pacificada la isla, hallándose lejos del centro de las intrigas de sus enemigos, empezó a soñar de nuevo en los descubrimientos que proyectaba y en la manera de alcanzar aquellos países del Oriente que parecían desvanecerse a medida que avanzaban las proas de sus carabelas. ;Cómo debían atormentar su espíritu las impres-



A su regreso de América, Colón es recibido en Barcelona por los Reyes Católicos. El pintor R. Balaca ha concedido a la recepción del descubridor en Barcelona, una solemnidad que en realidad no tuvo



cindibles obligaciones de gobernante a que se veía sometido, su lucha diaria contra la malicia y la ignorancia y el sentirse objeto constante de bajas intrigas en España y en la misma colonia! Colón hubiera deseado, sin duda, poder seguir su apasionante labor de exploración del mundo, volver a gozar de aquella dicha inefable, una de las mayores de que es capaz el espíritu humano, la dicha de descubrir nuevas tierras, de sacar a la luz lo que hasta entonces permanecía desconocido, y hacer de aquello un generoso don a la humanidad.

En vez de estos nobles goces, vemos que el destino le deparaba una nueva serie de dolores y de humillaciones, como si quisiera acabar de poner a prueba la grandeza de su alma.

CAPÍTULO XIX

Colón, preso. — Su llegada a España cargado de cadenas. — Indignación del pueblo y de los Reyes. — Destitución de Bobadilla. — Preparativos para una nueva expedición.

Armado de plenos poderes, como hemos dicho, y ensoberbecido con tan alto cargo, llegaba el comendador Francisco Bobadilla a la ciudad de Santo Domingo el 23 de agosto del año 1500. La noticia de su llegada produjo en todos una verdadera sorpresa, pero ésta aumentó de grado al ver el comportamiento de Bobadilla, el cual, lejos de respetar la autoridad del Almirante, que se hallaba ausente, entró en la ciudad exigiendo la entrega de los presos e instalándose sin formalidad alguna en la morada de Colón, donde se apoderó de todos los documentos y efectos que halló en ella. Vanas fueron las quejas de don Diego Colón, a cuyo mando había quedado la ciudad; Bobadilla, rodeado de soldados y apoyado en los documentos que decía le autorizaban para ello, obraba a su antojo y procuraba atraerse a los que sentían poco afecto por Colón.

Al tener el Almirante noticia de lo sucedido, se dirigió a Santo Domingo para avistarse con Bobadilla, no abrigando la menor sospecha del peligro que corría. En efecto; Bobadilla, al saber que hacia allí se dirigía Colón, hizo prender a D. Diego, disponiendo que se le encerrase en

una de las carabelas. Pero no terminó aquí la serie de infamias de este hombre envanecido por los honores inmerecidos que se le habían otorgado: a la llegada de Colón, cometió la iniquidad de *mandarle poner unos grillos y meterle en una fortaleza, donde ni él le vió ni habló más, ni consintió que hombre jamás le hablase*, como escribió más tarde Colón en una de sus cartas.

Escena emocionante, cuentan los historiadores, fué la de poner los grillos a aquel hombre venerable. Ninguno de los que se hallaban presentes en el momento de prender a Colón, se prestó a ponérselos. Entonces, cuenta el P. Las Casas, un *triste y desvergonzado cocinero le remachó los hierros, con tanta prontitud y ahinco como si le estuviese sirviendo escogidas y sabrosas viandas. Yo conocí al tal, añade el historiador, y creo que se llamaba Espinosa.*

Colón soportó la afrenta con una dignidad imponente. "Hay un cierto desprecio noble — dice W. Irving —, que hincha y sustenta el corazón y acalla la lengua de los verdaderamente grandes, cuando sufren el insulto de los viles. Colón no podía rebajarse a combatir la arrogancia de un hombre tan débil y violento como Bobadilla. Miraba mucho más allá de aquel miserable agente y su ridícula tiranía; miraba hacia los Soberanos que le habían empleado. Sólo la ingratitud y la injusticia de éstos lastimaba su espíritu, y creía que cuando la verdad se descubriese, se avergonzarían de haberle injuriado tanto. Con esta noble confianza llevaba en silencio las indignidades presentes."

Encarcelados Diego y el Almirante, no tardó en caberle la misma suerte a Bartolomé, que atraído por una carta

de su hermano, se presentó en Santo Domingo sin hacer resistencia.

El populacho, estimulado por las licencias concedidas por Bobadilla y pareciéndole que con el nuevo Gobernador quedarían aflojados los lazos de la disciplina, se entregó a una desenfrenada alegría, manchando con groseros insultos el nombre del Almirante que debía inmortalizarse.

Presos los tres hermanos, se dedicó Bobadilla a recoger todas las falsas acusaciones que pudo y con ellas redactó el informe que mandó a los Reyes, y al mismo tiempo hacía preparar las naves que debían conducir a los Colonos a España, pues su presencia en la isla iba siendo molesta para el tiránico Gobernador.

Era tal la efervescencia del populacho excitado por Bobadilla contra Colón, que éste llegó a temer por su vida. Así es que cuando recibió la orden de salir de la prisión y embarcarse para España, creyó que le llevaban al patíbulo, y preguntó a Vallejo, que era el encargado de conducirlo a bordo: *Vallejo, ¿adónde me lleváis? — Al buque, señor excelentísimo, a embarcarse. — ¿A embarcarme? Vallejo, ¿me decís la verdad? — Por vida de vuecencia, que es cierto*, replicó Vallejo. El Almirante se tranquilizó al oír estas palabras, pues conocía a Vallejo, que era, como dice Las Casas, *hidalgo, de honrado carácter y amigo especial mío*.

Embarcados Colón y sus hermanos, las carabelas que los llevaban se hicieron a la vela a principios de octubre de 1500. El viaje fué corto y muy feliz. Durante la travesía, Vallejo, que tenía el mando de la flota, trató siempre

a Colón con el mayor respeto y quiso librarle de los grillos y de las esposas que le mantenían sujeto como a un infame criminal. Pero cuenta Fernando Colón, en la historia de su padre, que éste se negó a ello con las siguientes palabras: *¡No! SS. MM. me mandaron que me sometiera a lo que Bobadilla ordenase en su nombre; por su autoridad me ha puesto estas cadenas; yo las llevaré hasta que ellos me las manden quitar, y las conservaré después como reliquias y memoria del premio de mis servicios. ¡Cuánta amargura y cuán noble orgullo encierran estas palabras! Afirma el mismo Fernando Colón que así lo hizo en efecto, y añade, yo las vi (las esposas) siempre colgadas en su gabinete, y pidió que cuando muriese las enterrasen con él.*

La llegada a España del venerable Almirante cargado de cadenas, produjo en todas partes un estallido de indignación. El mismo pueblo, que antes murmuraba y sumaba sus quejas a las de los enemigos de Colón, cuando le veían revestido de todo su poder, no pudieron resistir el espectáculo que ofrecía aquella gran figura de explorador aherrojada por un villano esbirro, y víctima de la calumnia y la envidia, reaccionó en su favor, con tanta fuerza, que el clamor general no tardó en llegar hasta las gradas del trono.

Los Soberanos, al tener noticia de lo sucedido, sintieron la misma indignación que su pueblo, y para dar público testimonio de que todo aquello se había hecho sin su consentimiento, escribieron una afectuosa carta a Colón y mandaron que se le entregaran ocho mil quinientos pesos fuertes, para que pudiese volver a presentarse dignamente.

Emocionante en extremo fué la escena del recibimiento que los Reyes dispensaron a Colón en Granada. Cuenta un historiador que: "al ver adelantarse hacia su trono a quien tanto debían; al tener ante su vista a la víctima de tan atroz infortunio, se levantaron espontáneamente y le tendieron las manos: Isabel, con los ojos arrasados en lágrimas; Fernando, aunque disimulaba, profundamente conmovido... Colón, al verse de tal suerte honrado, después de tantos sufrimientos, perdió su entereza, y llorando intentó arrodillarse, aunque los Reyes no lo consintieron... Largo rato permaneció Colón sin poder articular una palabra, porque los sollozos las ahogaban en su garganta. Las primeras frases que pronunció fueron para protestar de su lealtad y afecto a los Reyes y de la rectitud de sus intenciones, cuyos resultados no habían podido ser tan grandes como se esperaba, por las graves dificultades que se le habían opuesto" (1).

Desde aquel momento volvió Colón a ocupar su sitio en la Corte, se le restituyeron sus rentas y dignidades, y los Reyes aprovecharon todas las ocasiones para darle públicas muestras de su afecto. Para acabar de desautorizar los actos de Bobadilla, éste fué depuesto, yendo a substituirle Nicolás de Ovando, persona dotada de grandes dotes de gobierno.

Durante su larga estancia en Granada no descansó la imaginación de Colón, siempre activa y nunca satisfecha. Al mismo tiempo que se detenía en arreglar sus múltiples

(1) Asencio.

asuntos personales y en asegurar a sus hijos los beneficios de sus trabajos, preparaba uno de los grandes proyectos de su vida, cuya realización consideraba él como el término y remate de todos sus esfuerzos y la coronación de su gran obra: el rescate del Santo Sepulcro de manos de los infieles. Mucho habló de esto con los Reyes, y activa fué la correspondencia que mantuvo con el Papa para que realizara España esta cruzada; no obstante, las novedades geográficas ocurridas en el transcurso de los últimos tiempos distrajeron de momento su atención de tan noble proyecto, el cual, por otra parte, tropezaba con dificultades insuperables.

Los acontecimientos a que nos referimos eran los descubrimientos hechos por audaces marinos españoles, que, utilizando las concesiones de los Reyes, habían explorado nuevas tierras en el continente americano (1), y los descubrimientos de los portugueses, sobre todo el de Vasco de Gama, que doblando el cabo de Buena Esperanza había logrado llegar por mar a Calcuta (1497), y el de Pedro Álvarez de Cabral, que dirigiendo una expedición portuguesa a la India y apartándose de la región de las calmas, fué a dar en las costas del Brasil, de las que tomó posesión en nombre de Portugal (1500).

Las noticias que se tenían de todos ellos, y sobre todo los inmensos beneficios que reportaba a Portugal el recién

(1) El veneciano Sebastián Cabot, en 1497, había descubierto la costa de la América del Norte, desde Terranova hasta La Florida. Además de la expedición de Ojeda y otros, Vicente Yáñez Pinzón, en 1500 descubrió el Amazonas y gran parte de la costa.

descubierto camino de la India, inflamaron a Colón en nuevos deseos de proseguir sus exploraciones y de hallar entre aquellas tierras que había reconocido, el paso que, según sus cálculos, debía existir, y que conducía directamente al mar de las Indias.

El rey Fernando, que empezaba a mirar con recelo el engrandecimiento de Portugal y el vuelo que iban tomando sus descubrimientos, y que se hallaba algo perplejo sin saber cómo dar satisfacción a Colón, que pedía con insistencia ser restituído en su cargo de Gobernador de las Indias, se comprometió sin esfuerzo a disponer una expedición de estudio, considerando los grandes beneficios que resultarían del hallazgo del citado paso.

Provisto de todas las autorizaciones necesarias, vemos pues, al incansable anciano (Colón contaba a la sazón sesenta y cinco años) agitándose en Sevilla en el año 1501, disponiendo personalmente la compra de las cuatro naves que debían componer la flota puesta a sus órdenes, y atareado en el trabajo de aprovisionamiento, que esta vez, aleccionado con la experiencia de los otros viajes, se hizo en mejores condiciones.

Los preparativos se llevaron a cabo con tanta actividad, que en cinco meses estuvo todo dispuesto, y la expedición zarpaba de Cádiz a primeros de mayo de 1502.

CAPÍTULO XX

Descubrimiento de la costa de Honduras.—Intento de colonización.—

La lucha contra el mar.—Las carabelas encalladas en la costa de Jamaica.—Intentos de comunicarse con La Española.

En este último viaje de descubrimiento, no era ya Colón el mismo que en los anteriores. La edad, las fatigas y los disgustos habían minado su constitución, y sólo conservaba intactas la viva luz de su espíritu y la inquebrantable fuerza de su carácter. Con él iban esta vez dos auxiliares poderosos: su fuerte hermano Bartolomé y su hijo Fernando, que había heredado la clara inteligencia de su padre.

La flota tocó en Marruecos y en las Canarias, y el 25 de mayo dejaba aquellas islas para dirigirse al Nuevo Mundo, en busca del fabuloso paso que conducía al mar de la India. Después de tocar en varias islas, viéndose en la necesidad de tener que reparar una nave, se dirigió a Santo Domingo, desobedeciendo con esto, muy a su pesar, la orden de los Reyes, quienes, con muy buen juicio, juzgaban impolítica la presencia del Almirante en la isla, en aquellos días en que se estaba verificando el cambio de gobierno.

Llegó Colón a Santo Domingo en el preciso momento en que se embarcaban Bobadilla y Roldán para España, y Ovando, el nuevo Gobernador, se hacía cargo del mando de la isla. Al ver aparecer las naves de Colón, el Gober-

nador indicó la imposibilidad en que se hallaba de admitirle en el puerto, y le invitó amigablemente a abandonar sus aguas. Colón insistió en su empeño de anclar allí; sus naves se hallaban en muy mal estado, y además mandó decir a Ovando que, por los indicios del tiempo, presentía que se estaba preparando un gran ciclón, y no era prudente que ni él ni las carabelas que se dirigían a España se hicieran a la vela.

Predispuestos como se hallaban los ánimos contra el gran Almirante, se consideró este aviso como un grosero ardid para permanecer en el puerto, y haciendo caso omiso de sus predicciones, se le obligó a zarpar y se despacharon imprudentemente los treinta y dos buques que componían la flota que debía regresar a España.

Los hechos vinieron a demostrar la fina percepción del viejo marino. Apenas la flota que llevaba a Bobadilla y a Roldán había alcanzado la costa oriental de La Española, se desencadenó un terrible huracán que levantó enormes olas irresistibles. Diez de las naves zozobraron, entre ellas las que llevaban a Bobadilla y a Roldán; las otras, muy mal paradas, se refugiaron en la isla, y una sola logró llegar a España. “Quiso Dios cegarles los ojos y el entendimiento — escribió más tarde Fernando Colón —, para que no admitiesen el consejo del Almirante. Yo tengo por cierto que esto fué providencia divina, porque si éstos (los traidores) arribaran a Castilla, jamás serían castigados según merecían sus delitos...”

Colón, mientras tanto, habiendo buscado refugio en un puerto natural de la misma isla, estuvo con los suyos a

punto de naufragar; salvóles la consumada pericia de Bartolomé, y cuando todo hubo pasado, consideraron su salvación como un hecho milagroso.

Reparadas las naves, prosiguió Colón su viaje hacia el Sudoeste, visitando algunas islas del sur de Cuba y llegando por fin a la costa de Honduras, donde esperaba dar con el paso hacia el mar de la India.

Ochenta y ocho días de tempestad tuvo que sufrir su pequeña flota durante esta exploración en parajes llenos de peligro. En ciertas ocasiones la situación se hizo tan difícil, que todos se dispusieron a morir.

Da una idea del estado de ánimo del Almirante, el fragmento de carta que copiamos a continuación: "El dolor del hijo que yo tenía (D. Fernando) me arrancaba el alma; y más por verle, en tan nueva edad de trece años, en tanta fatiga. Nuestro Señor le dió tal esfuerzo, que él avivaba a los otros y hacía como si hubiese navegado ochenta años, y eso me consolaba. Yo había adolecido y llegado hartas veces hasta la muerte. Desde una cámara que mandé hacer sobre cubierta, mandaba la vía (señalaba la ruta). Mi hermano (Bartolomé) estaba en el peor navío y más peligroso. Gran dolor era el mío y mayor, porque yo lo traje contra su grado... Otra lástima me arrancaba el corazón por las espaldas, y era de D. Diego, mi hijo, que yo dejé en España tan huérfano y desposesionado de mi honra y hacienda..." Por él se ven las preocupaciones del Almirante y la angustia de aquellos días terribles, en desesperada e interminable lucha con los elementos embravecidos. Pero todo este cúmulo de dificultades no logró enfriar su fe ni apagar su

entusiasmo científico. Atento sólo a su idea, siguió avanzando hasta el golfo de Darién y la estrecha bahía llamada del Retrete.

Llegado a este punto, la expedición no pudo seguir adelante. Las tempestades, los calores que echaban a perder las provisiones, el estado de las naves, todo obligaba al Almirante a volver atrás y no proseguir su marcha hacia lo desconocido. "La gente estaba ya tan molida, que deseaba la muerte para salir de tantos martirios. Los navíos habían perdido dos veces las barcas, anclas, cuerdas, y estaban abiertos y sin velas...", escribía Colón hablando de su estado. Abandonóse, pues, la idea de continuar el viaje, y se decidió volver atrás en busca de la fértil comarca de Veragua, visitada hacía poco, pero no explorada todavía. Tan rico pareció el país, tan abundante en oro y tan amables los indígenas, que Colón dispuso se estableciera allí una colonia que debía quedar bajo el mando de su hermano Bartolomé.

Pronto empezaron los trabajos, y al principio todo parecía complacer grandemente a los indios y a su cacique Quibián. Pero los desmanes de algunos marineros sembraron la desconfianza entre aquellas gentes, que esperaron pacientemente que se ofreciera una ocasión para vengarse.

Terminados los almacenes, los locales destinados a habitación y el recinto fortificado, tuvo Colón noticia de las intenciones del cacique. Deseando dejar asegurada la paz en aquella región, y creyendo, por los datos que poseía, que se imponía obrar con tesón para impedir que se lleva-

ran a cabo proyectos de venganza, juzgó prudente apoderarse del cacique, que era el que fomentaba el odio hacia los españoles.

Bartolomé Colón, a quien fué confiada la difícil empresa, logró por medio de una hábil estratagema aprisionar a Quibián, que era un indio hercúleo, y aunque este logró luego escapar, se le creyó muerto y se consideró que ningún peligro serio amenazaba a la colonia, por lo cual el Almirante se decidió a dejar allí ochenta hombres y una carabela, haciéndose a la mar con las otras tres.

La confianza de los españoles les fué fatal. Quibián, que para escapar se había arrojado al agua, logró alcanzar la orilla y refugiarse entre los suyos, a quienes excitó a atacar a los españoles. Al ver partir las carabelas, se lanzaron los indios sobre los colonos, y sólo debido a la superioridad de las armas pudieron éstos rechazar la agresión, quedando, no obstante, sitiados en su recinto.

Mientras tanto, veíase Colón detenido por los vientos; la necesidad de aprovisionarse de agua y leña hizo que destacase un bote a tierra, y esta medida, que fué fatal para sus tripulantes, pues todos ellos murieron a manos de los indios, salvó a la colonia.

Efectivamente: pasado algún tiempo, y viendo Colón que la barca no volvía, entró en sospechas y mandó a tierra, para comunicarse con su hermano Bartolomé, a un valiente piloto llamado Ledesma, que se ofreció a llevar el mensaje salvador.

A su regreso, el piloto refirió al Almirante lo sucedido, y aprovechando un momento de calma se procedió con gran

des trabajos a salvar a Bartolomé Colón y a sus compañeros, llevando además a bordo todos los objetos útiles.

La alegría que todos experimentaron al verse en salvo, fué indecible. Tranquilizado Colón, decidió abandonar dos carabelas que se hallaban carcomidas, y en las otras dos que quedaban se hicieron a la vela, perdiendo a los pocos días de vista, el 1 de mayo de 1503, aquel continente americano que había descubierto sin llegar a conocerlo, y el cual no debía volver a ver nunca más.

Las tribulaciones de este viaje de regreso superaron a todas las sufridas hasta entonces. Después de tocar en las islas de la Reina y en otros cayos de la costa del sur de Cuba, nuevos temporales atormentaron a los fatigados viajeros, que ya no veían la manera de poder resistir el embate de las olas en aquellas naves *taladradas y tan llenas de agujeros como un panal de miel*. Desesperado ya, se dirigió Colón hacia las costas de Jamaica en busca de un puerto seguro, y allí tuvo que abandonar la expedición su interminable lucha contra los elementos, pues las carabelas se hundían en los mismos puertos, siendo preciso achicar constantemente el agua que penetraba por todos lados.

El único recurso que quedaba para no acabar de perderlo todo, fué el de hacer encallar las naves en una costa suave y encastillarse en ellas, en previsión de un ataque de los indígenas, que en aquellas circunstancias hubiese sido fatal para los españoles, en espera de los auxilios que se pedirían a Santo Domingo.

Pero ¿cómo comunicarse con Santo Domingo, que distaba de allí cuarenta leguas, sin una barca de regular porte

y a través de aquellos parajes tempestuosos? Por otra parte, aquella situación no podía prolongarse indefinidamente. Es cierto que las prudentes relaciones que empezaron a entablarse con los indígenas daban por resultado conseguir algunas provisiones; pero éstas no eran siempre suficientes, y el descontento de las tripulaciones era otro peligro al que el Almirante debía hacer frente.

En una carta dirigida a los Soberanos, expresa Colón de esta manera desgarradora las angustias que pasaba: "Hasta ahora he llorado por otros. ¡Ten misericordia de mí, cielo, y llora por mí, tierra! Estoy en mis negocios temporales sin un maravedí que dar, náufrago, arrojado en las Indias, aislado en mis miserias, enfermo, temiendo que cada día será el último de mi vida, y rodeado de crueles salvajes. En mis negocios espirituales, separado de los Santos Sacramentos de la Iglesia, de modo que se perderá mi alma si aquí se separa del cuerpo. ¡Llore por mí quienquiera que tenga caridad, verdad y justicia! No vine a este viaje a ganar honor, ni estados, que ya han muerto en mi pecho semejantes esperanzas... Si pluguiere a Dios sacarme de aquí, humildemente pido a VV. MM. me permitan ir a Roma a cumplir otras peregrinaciones."

Los meses iban transcurriendo y era preciso tomar una determinación. Como las carabelas habían quedado tan destrozadas que era inútil pensar en repararlas, y, por otra parte, se habían perdido los grandes botes, se recibió con júbilo la noticia de que un valeroso soldado llamado Diego Méndez había logrado comprar a los indios una canoa de regulares dimensiones y que él mismo se disponía a inten-

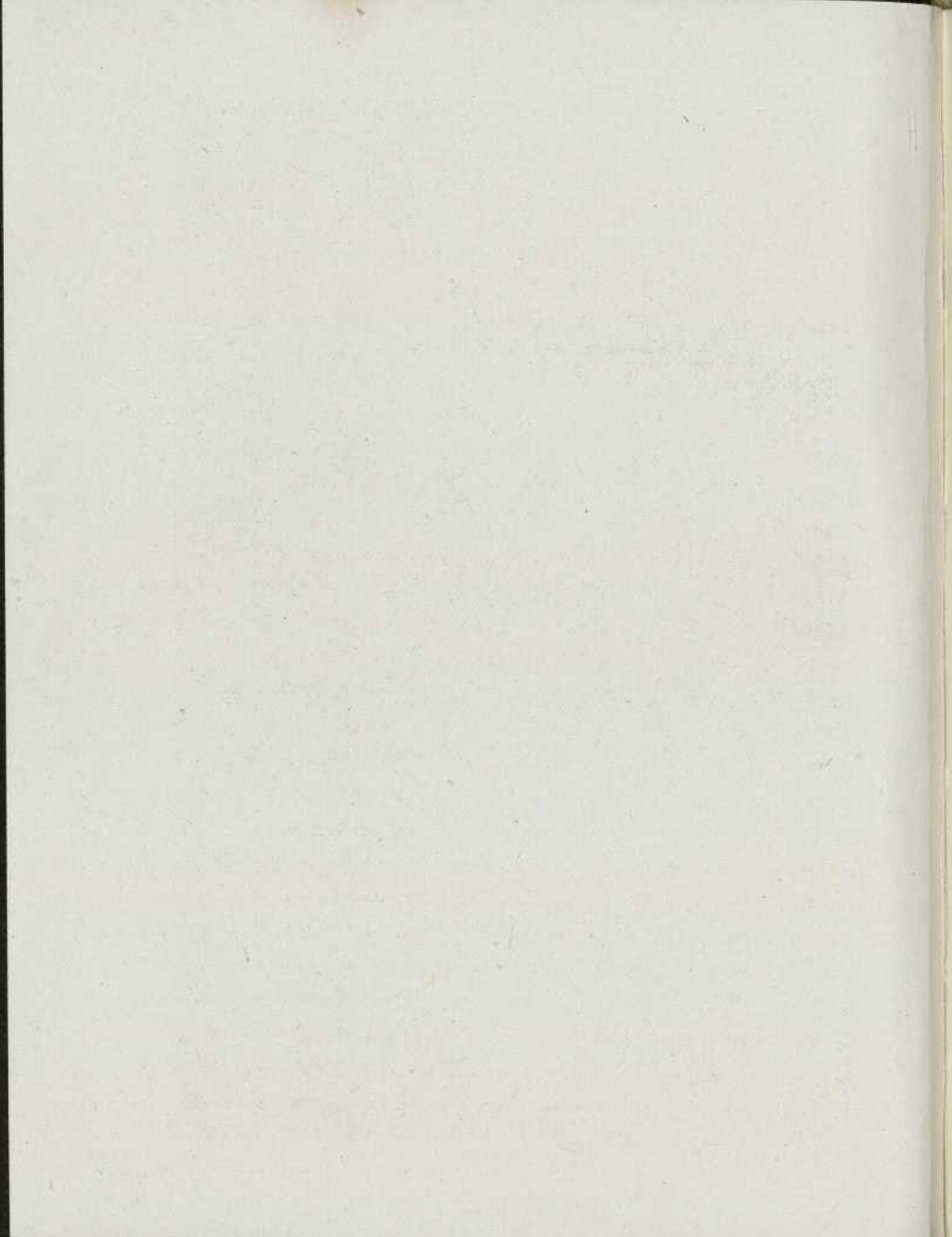
tar una hazaña extraordinaria, como era la de embarcarse solo con algunos indios remeros para tratar de alcanzar las costas de La Española.

Partió el atrevido Méndez pertrechado de víveres y provisto de cartas del Almirante para el Gobernador, pero no tardó en volver sólo y rendido de fatiga, refiriendo que había sido preso de los indios y cómo había logrado escapar milagrosamente.

Este primer fracaso no desanimó a los españoles. El mismo Méndez se ofreció para intentar de nuevo el viaje, esta vez acompañado de un tal Fiesco, genovés y capitán de una de las carabelas, aunque se convino en que Bartolomé Colón, con una pequeña fuerza, le acompañaría hasta el confín de la isla.



Muerte de Colón. En la cabecera de la cama aparecen los grillos con que vino de América (Cuadro de F. Ortego)
Este lienzo, más que la verdadera situación de Colón al sobrevenirle la muerte, reproduce la leyenda hasta hace poco
propalada acerca de sus últimos días, que no fueron ciertamente de tanta miseria



CAPÍTULO XXI

Sublevación de Porras.—El eclipse de luna.—La nave de Ovando.—
Lucha entre españoles.—Por fin salvados.

Partida la segunda expedición, todo el afán de los españoles estaba concentrado en escudriñar el horizonte, en espera de un buque que viniese a sacarlos de su desesperada situación. Pero pasaron meses, y nada se sabía de Méndez y su compañero, ni del resultado de su viaje. Sucedió entonces lo peor que podía suceder. Parte de las tripulaciones, excitada por los hermanos Porras, hombres díscolos, dispuestos siempre a la revuelta, empezaron a murmurar y atribuir todo lo que pasaba al pobre Colón, que anciano ya y enfermo yacía en su camarote sin poderse mover. El Almirante, decían, podría sacarnos de aquí, pero quiere tenernos sujetos para realizar tenebrosos planes; si tomáramos botes y nos presentáramos en La Española, decía Porras, el Gobernador, que es enemigo del Almirante, nos recibirá muy bien y nos protegería.

Estas y otras razones concluyeron por decidir a Porras y a los suyos a escapar de la isla, y así se lo comunicaron a Colón entre insultos y amenazas. Colón, enfermo y falto de fuerzas, no quiso usar de la violencia y no se opuso al loco intento de los sublevados, que contentos y creyendo que había llegado el momento de su liberación, se em-

barcaron en número de cuarenta y ocho en unas canoas compradas últimamente a los indios.

Porras y los suyos intentaron en vano atravesar el mar, y después de correr grandes peligros, se vieron de nuevo arrojados a las playas de Jamaica, donde se entregaron sin freno a tiranizar a los indios y a vivir de la rapiña.

¿Cómo describir el estado de ánimo de Colón al verse abandonado, con un pequeño grupo de fieles y un gran número de enfermos, en aquellas carabelas naufragadas, y rodeado de salvajes en los que no podía tener gran confianza? Fué esta una de aquellas ocasiones en que mejor se mostró la grandeza de su espíritu. Enfermo él mismo y fatigado, se esforzaba por reanimar a los enfermos y en prodigarles los cuidados que pudieran aliviar los padecimientos de sus compañeros, y tanta alma puso en su empeño, que logró avivar el abatido espíritu de la gente.

El problema más difícil de resolver era el del aprovisionamiento de víveres. Los indios, poco previsores, no tenían nunca grandes cantidades acumuladas; pero lo peor era que, por efecto de la conducta de Porras y los de su banda, los indígenas empezaban a mirar con malos ojos a los españoles.

Afortunadamente brotó en la mente de Colón una idea salvadora. Como sus grandes conocimientos astronómicos le permitían calcular la aparición de un próximo eclipse de luna, pensó en utilizar este hecho para impresionar a su favor el ánimo de los salvajes y lograr que éstos no les privasen de los víveres necesarios. Seguro de la noche en que debía producirse aquel fenómeno, mandó decir a los

indios que si se negaban a suministrarle todo lo que necesitaban, les privaría la noche siguiente de la luz de la luna, y que esto sería un presagio de otros males que afligirían al país.

Temerosos unos y escépticos otros, esperaron la noche. Inmensa fué su sorpresa y grande su temor cuando vieron que a un momento dado una mancha negra se iba extendiendo por la faz de la luna y amenazaba recubrirla por completo. Acudieron entonces a Colón, implorando su misericordia y prometiendo obedecer en todo de allí en adelante, convencidos de su poder sobrenatural. Encerróse Colón en su camarote como para comunicarse con las deidades del cielo, y cuando calculó que el eclipse iba a terminar, salió de nuevo, anunciando que en vista de la actitud de los indios, la luz de la luna les sería devuelta y la airada deidad quedaría apaciguada.

Al ver cómo iba apareciendo de nuevo el disco brillante del astro cayeron los indígenas de hinojos, dando señales de admiración y agradecimiento, y de este modo quedaron salvados los españoles de las terribles torturas del hambre.

Después de ocho meses transcurridos desde la salida de Méndez, vióse por fin una mañana aparecer en el horizonte la vela de una nave. Era aquella una carabela enviada por Ovando, y todos creían que llegaba con ella su salvación, llenándose con este motivo de alegría los corazones. Pero no tardó en recibirse un nuevo desengaño. La carabela era, sí, enviada por el Gobernador, pero venía al mando de Diego de Escobar, gran enemigo de Colón,

y en vez de traer socorros y el encargo de embarcar a la gente, traía sólo la noticia de que el Gobernador atendería a los ruegos del Almirante tan pronto como tuviera en La Española una embarcación de gran porte que pudiese ir a buscarle.

Trabajo costó a Colón contener a los suyos y hacerles creer que pronto vendría el auxilio prometido, pues al ver desaparecer la carabela amiga, los marineros estuvieron a punto de sublevarse y entregarse a la desesperación.

Porras, mientras tanto, había ido acercándose al lugar donde se hallaba Colón, con la intención, sin duda, de apoderarse de las armas y los pocos víveres que allí quedaban.

Colón, siempre conciliador, trató de atraer de nuevo a los rebeldes, prometiéndoles el perdón absoluto de su falta; pero nada consiguió, siendo precisa la intervención de su bravo hermano Bartolomé, el cual, con unos cincuenta soldados y después de una corta lucha, que terminó en su favor, logró apoderarse de Porras y conducirlo prisionero a bordo.

El cúmulo de disgustos, de temores, de contrariedades y de peligros que soportó Colón durante el año que permaneció en esta terrible situación, antes de que Ovando se decidiera a venir en su auxilio, es indescriptible. Méndez, el abnegado marinero, había logrado llegar a La Española y referir allí lo sucedido; pero la mala voluntad del Gobernador había hecho que se retrasara todo lo posible el auxilio pedido, y para acabar de mortificar al Almirante, le había enviado aquella primera nave con encargo de in-

formarse de su situación y de sus propósitos, pero sin prestarle auxilio alguno.

Por fin, al cabo de un año y algo más, vieron los españoles venir dos buques bien provistos, en uno de los cuales iba el fiel Diego Méndez, y en ellos abandonaron la isla el 28 de junio de 1504, embarcándose también los rebeldes, los cuales, al verse sin su jefe, se entregaron a discreción.

CAPÍTULO XXII

Regreso a España.—Sufrimientos de Colón.—Muerte de D.^a Isabel.—
Desvío del rey Fernando.—Muerte de Colón.

Los habitantes de Santo Domingo hicieron a Colón un recibimiento cariñoso, compadecidos de la suerte de aquel venerable anciano, náufrago, abandonado, enfermo y debilitado por los sufrimientos. El Gobernador le trató con fingida amabilidad, pero pronto empezaron a aparecer diferencias entre ellos, que decidieron a Colón a apresurar su regreso a España.

El viaje de vuelta fué accidentado y duró casi dos meses, logrando el 7 de noviembre desembarcar en Sanlúcar, desde donde se trasladó el Almirante a Sevilla, con ánimo de restablecer su quebrantada salud y poner en orden sus negocios, pues desde la intervención de Bobadilla se hallaban muy embrollados, siéndole imposible cobrar sus rentas ni recuperar lo que le pertenecía. “Poco me han aprovechado mis veinte años de servicios—escribió algo más tarde desde Sevilla misma—con tantos trabajos y peligros; pues al presente no tengo techo que me cubra en España. Si deseo comer o dormir, tengo que recurrir a una posada; y las más veces me falta con qué pagar mi escote.”

En Sevilla no logró Colón poner en orden sus asuntos ni reponer su salud. Atormentado por continuos dolores, no tenía otro pensamiento que dirigirse a la Corte para dar

cuenta de su viaje y deshacer la atmósfera de calumnias que no cesaban de formar sus enemigos; pero el estado del tiempo y los malos caminos le obligaron a pasar inactivo el invierno del año 1504.

Vino a agravar sus tormentos físicos y morales una noticia funesta que le sumió en la más profunda tristeza: la reina Isabel, su protectora, aquella mujer que era toda la esperanza de Colón, acababa de morir en Medina del Campo (1504), viniendo con esto a faltarle su más firme apoyo en la Corte.

El dolor de Colón ante una pérdida tan sensible, y la nobleza de su espíritu, se transparentan de un modo bellísimo en los siguientes párrafos que escribió a su hijo Diego en aquella ocasión: "Una memoria para ti, mi querido hijo Diego, de lo que se ha de hacer ahora. La cosa principal es encomendar a Dios afectuosamente y con gran devoción el alma de la Reina nuestra soberana. Su vida fué siempre católica y santa, y pronta a todas las cosas en su santo servicio. Por esta razón podemos estar confiados de que se ha recibido en su santa gloria y está ya fuera de los cuidados de este áspero y cansado mundo. Lo segundo es vigilar y trabajar en todos los negocios para el servicio de nuestro soberano el Rey y hacer por aliviar su sentimiento. S. M. es la cabeza de la Cristiandad. Acuérdate del proverbio que dice: cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen. Por lo tanto, todos los buenos cristianos deben pedir por su salud y larga vida; y nosotros que por él estamos empleados, debemos más que otros hacerlo, con todo estudio y diligencia."

El trastorno producido en la Corte por la enfermedad y muerte de la Soberana, las preocupaciones del Rey, unido todo esto a la influencia de los enemigos del Almirante, dieron por resultado que las instancias y cartas de Colón solicitando la devolución de lo que le pertenecía, fueran recibidas con fría indiferencia. Colón se veía, además, ofendido en su amor propio y en sus prerrogativas. Los asuntos de las Indias se trataban sin contar para nada con él, y eso le dolía más que su enfermedad y la pérdida de sus intereses.

En la primavera de 1505 pudo por fin salir de Sevilla y se dirigió a Segovia, donde residía el Rey.

¡Cuán distinto fué el recibimiento que allí se le hizo, al que Colón esperaba y merecía! El Rey, que nunca tuvo un gran entusiasmo por Colón ni por sus descubrimientos, le recibió con la amable pero fría sonrisa del cortesano, sin aquella cordialidad que usaba con él la difunta Soberana, y oyó su relato fingiendo interesarse mucho por lo que oía; pero los hechos vinieron luego a demostrar todo lo contrario.

Establecido Colón en Segovia, fué varias veces objeto de consideraciones exteriores por parte del Rey; pero sus instancias, que empezaron a menudear, eran rechazadas con palabras amables y promesas, y, por último, se transmitieron a un Tribunal especial, que entre dilaciones y vaguedades no determinó nada.

La resistencia física y moral de Colón, en medio de tantos sinsabores, tocaba a su límite, y volvió a caer enfermo. Viendo que era en vano pedir justicia, desde su lecho

escribió en una carta a un buen amigo lo siguiente: "Parece que S. M. no cree conveniente cumplir lo que él con la Reina, que está en gloria, me ha prometido bajo palabra y sello. Para mí, luchar por lo contrario sería luchar contra el viento. He hecho todo lo que he podido. Lo demás lo dejo a Dios, a quien sempre hallé propicio en todas mis necesidades."

La llegada a España de los príncipes D. Felipe y doña Juana, que venían para ceñirse la corona de Castilla, de la que D. Fernando era sólo regente, reanimó las esperanzas de Colón, pensando hallar en ellos unos dignos sucesores de la difunta Reina. Pero su vida iba extinguiéndose. Aquel gran espíritu inflamado de ideas generosas, que había vivido al servicio de tan grandes ideales, se iba apagando poco a poco con el recrudecimiento de su enfermedad, gastado además por los años, los trabajos y los sufrimientos.

Tomadas sus medidas y sin haber logrado ver a los nuevos Soberanos, en quienes tal vez depositara esperanzas de mayor justicia de la que hasta entonces había recibido, Colón abandonó este mundo el día 20 de mayo de 1506.

...en una carta a un buen amigo le escribía: "En
 1800 que el Sr. de los Corrales compró la casa de
 la Reina que está en frente de la casa de la Reina
 y allí está mi hijo que le compró esta casa con
 12 de reales de renta para que le sirva de casa
 de estudio a mi hijo cuando venga a estudiar a
 Madrid."

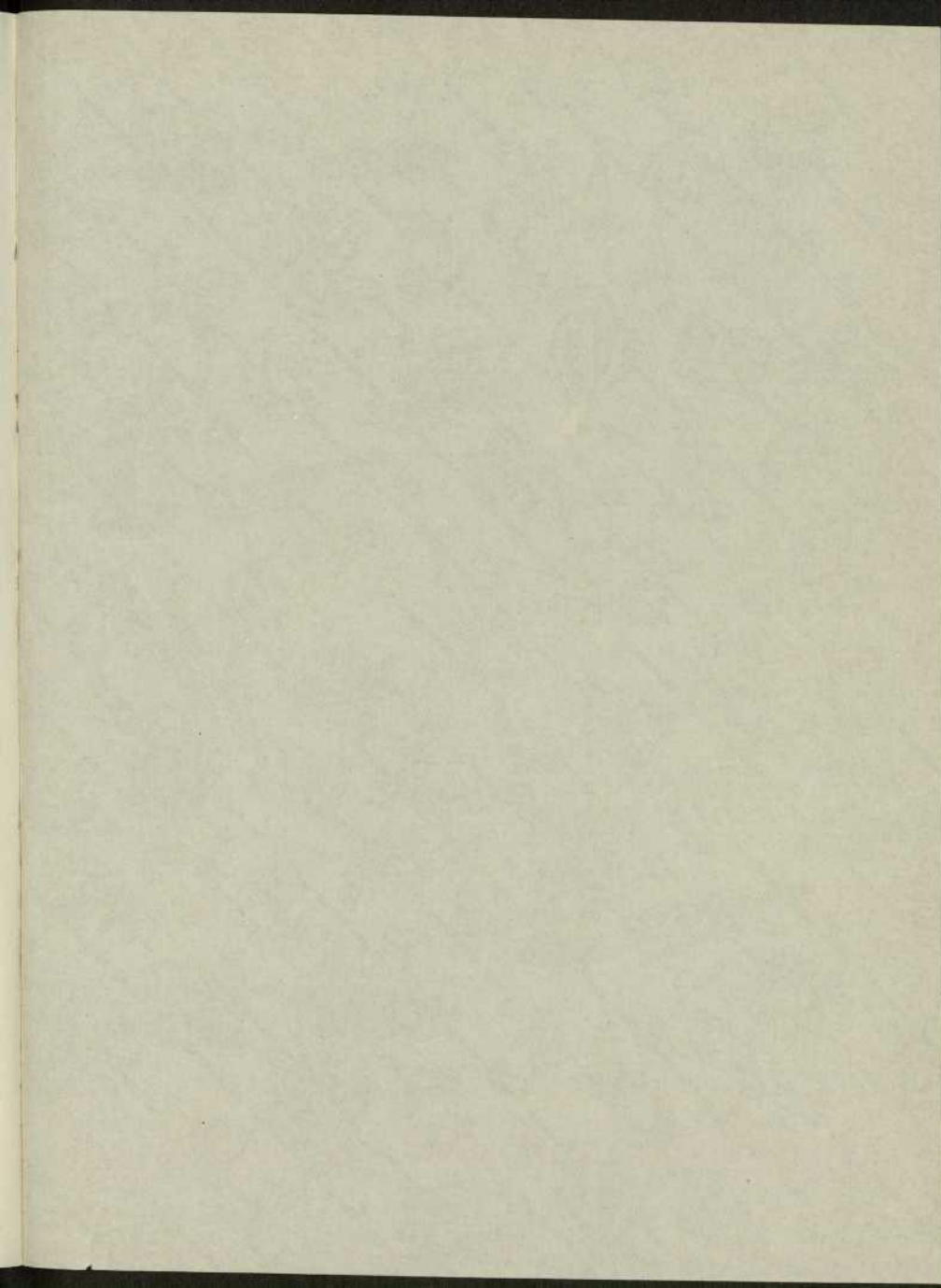
La historia de la medicina en España es larga
 y rica, que remonta a los tiempos de la
 fundación de la medicina en esta tierra.
 En que D. Fernando era solo rey de Castilla
 y Aragón, pero ya se venían formando las
 universidades, como se ve en las universidades
 de Salamanca, Alcalá y otras. En el siglo
 XV se fundó la Universidad de Valencia y
 la de Granada. En el siglo XVI se fundó
 la de Sevilla y la de Córdoba. En el siglo
 XVII se fundó la de Murcia y la de
 Valladolid. En el siglo XVIII se fundó
 la de Cádiz y la de San Carlos de
 Valencia. En el siglo XIX se fundó
 la de Madrid y la de Barcelona.

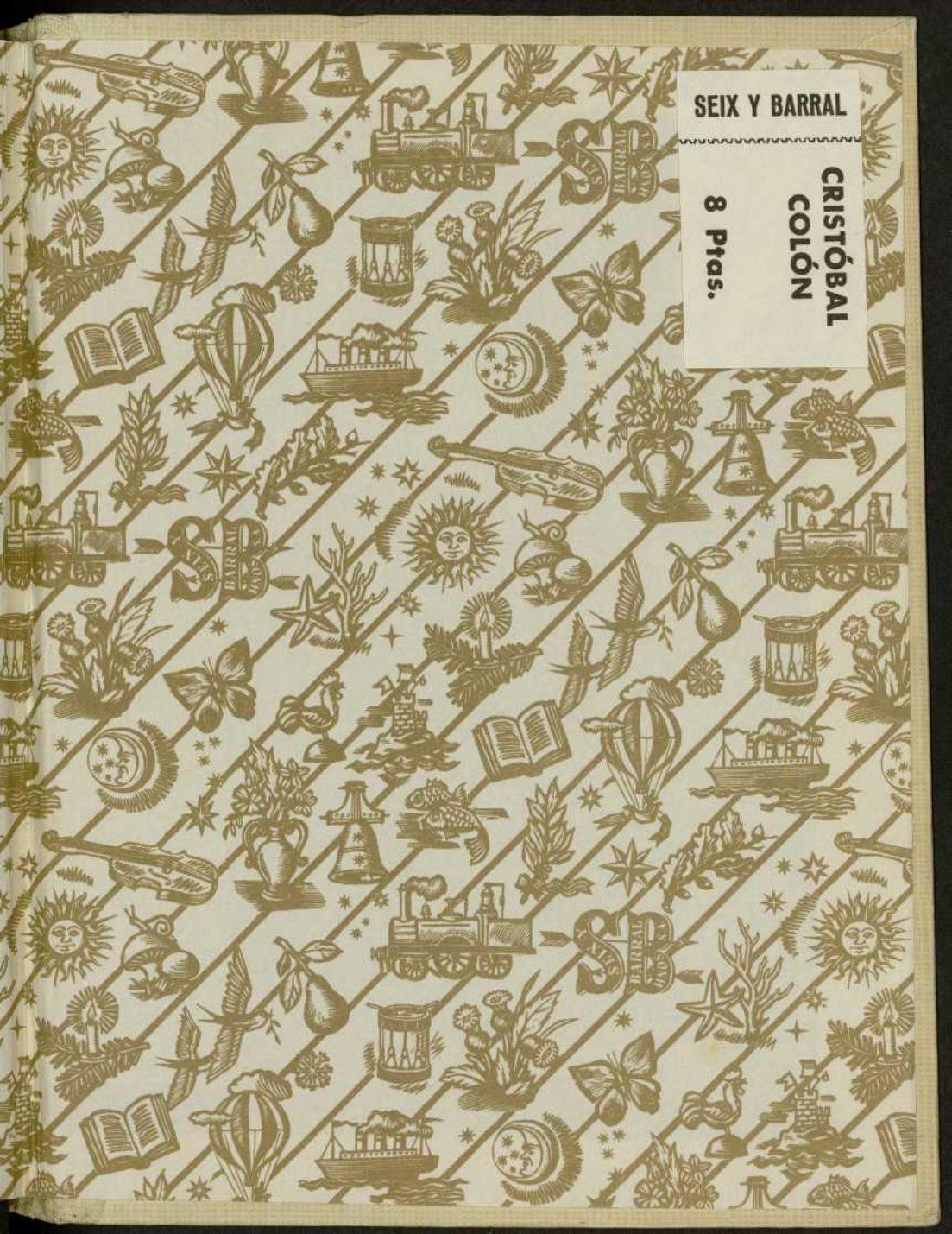
En el siglo XVIII se fundó la de Madrid y la de Barcelona.
 En el siglo XIX se fundó la de Madrid y la de Barcelona.
 En el siglo XX se fundó la de Madrid y la de Barcelona.
 En el siglo XXI se fundó la de Madrid y la de Barcelona.
 En el siglo XXII se fundó la de Madrid y la de Barcelona.
 En el siglo XXIII se fundó la de Madrid y la de Barcelona.
 En el siglo XXIV se fundó la de Madrid y la de Barcelona.
 En el siglo XXV se fundó la de Madrid y la de Barcelona.
 En el siglo XXVI se fundó la de Madrid y la de Barcelona.
 En el siglo XXVII se fundó la de Madrid y la de Barcelona.
 En el siglo XXVIII se fundó la de Madrid y la de Barcelona.
 En el siglo XXIX se fundó la de Madrid y la de Barcelona.
 En el siglo XXX se fundó la de Madrid y la de Barcelona.

ÍNDICE

	Págs.
PREFACIO	5
CAPÍTULO PRIMERO. — Misterio acerca del origen de Colón. — ¿Colón fué español? — Modernas investigaciones	9
CAP. II. — Colón se siente atraído por Portugal. — De por qué fijó allí su residencia. — Las exploraciones de los portugueses. — Las ocupaciones de Colón y su aspecto. — Su casamiento. — Sus amigos	13
CAP. III. — Brota en su mente el plan de buscar la India por el camino del Occidente. — Sus viajes de estudio. — En qué fundaba Colón su plan. — Colón y la Corte de Portugal	18
CAP. IV. — Su salida de Portugal. — Su llegada a la Rábida. — Sus relaciones en Sevilla. — Los Reyes le conceden una audiencia. — La Junta rechaza sus proyectos. — Sus tristezas y consuelos .	25
CAP. V. — La Universidad de Salamanca. — Su informe favorable. — Colón vuelve a la Corte llamado por los Reyes. — Su impaciencia y desencanto. — Vuelve a renacer la esperanza	32
CAP. VI. — Las entrevistas con la Reina. — Colón asiste a la rendición de Granada. — Las exigencias de Colón. — Éste se aleja de Granada. — La Reina le manda llamar. — La Corte acepta las condiciones de Colón	38
CAP. VII. — Los habitantes de Palos temen embarcarse. — La intervención de Martín Alonso Pinzón. — Salida de la flota	44
CAP. VIII. — Relación del primer viaje de Colón	48
CAP. IX. — Descubrimiento de Cuba. — Los españoles ven fumar por primera vez. — Deserción de Martín Alonso	60
CAP. X. — Descubrimiento de La Española (Haití). — El naufragio de la <i>Santa María</i> . — Fundación de la primera colonia. — La vuelta de Martín Alonso. — Colón regresa a España	67
CAP. XI. — El viaje de regreso. — Horrible tempestad. — Llegada a las Azores. — El Gobernador prende a un grupo de españoles. —	

	<u>Págs.</u>
Nueva tempestad. — Llegada a Portugal y a Palos. — Muerte de Pinzón	74
CAP. XII. — Colón se dirige a Barcelona. — Carta a Luis de Santángel. — La anécdota del huevo. — Preparativos para una segunda expedición	81
CAP. XIII. — El segundo viaje de exploración. — Colón descubre nuevas islas. — Llegada al fuerte de la Navidad. — El fin desastroso de la primera colonia. — Fundación de Isabela. — Desanimación de los españoles. — Exploración de La Española	86
CAP. XIV. — El primer acto de insubordinación. — Expedición a Cibao. — Exploración de las costas de Cuba y Jamaica. — El Almirante enferma gravemente	95
CAP. XV. — Bartolomé Colón. — Desmanes de los españoles. — Sublevación de los indios. — Proezas de Alonso de Ojeda. — Batalla de la Vega. — Los primeros esclavos y el primer tributo .	102
CAP. XVI. — Colón regresa de nuevo a España. — Viaje penoso. — Entrevista con los Soberanos. — Obstáculos que retrasan una nueva expedición	111
CAP. XVII. — El tercer viaje de Colón. — Terribles calmas. — Descubre la isla de Trinidad y el continente. — Colón enferma y vuelve a la Isabela. — Sublevación de Roldán	118
CAP. XVIII. — Expedición clandestina de Ojeda. — La obra de la calumnia. — Bobadilla es nombrado Gobernador de las Indias .	126
CAP. XIX. — Colón, preso. — Su llegada a España cargado de cadenas. — Indignación del pueblo y de los Reyes. — Destitución de Bobadilla. — Preparativos para una nueva expedición ...	132
CAP. XX. — Descubrimiento de la costa de Honduras. — Intento de colonización. — La lucha contra el mar. — Las carabelas encailladas en la costa de Jamaica. — Intentos de comunicarse con La Española	139
CAP. XXI. — Sublevación de Porras. — El eclipse de luna. — La nave de Ovando. — Lucha entre españoles. — Por fin salvados .	147
CAP. XXII. — Regreso a España. — Sufrimientos de Colón. — Muerte de D. ^a Isabel. — Desvío del rey Fernando. — Muerte de Colón,	152

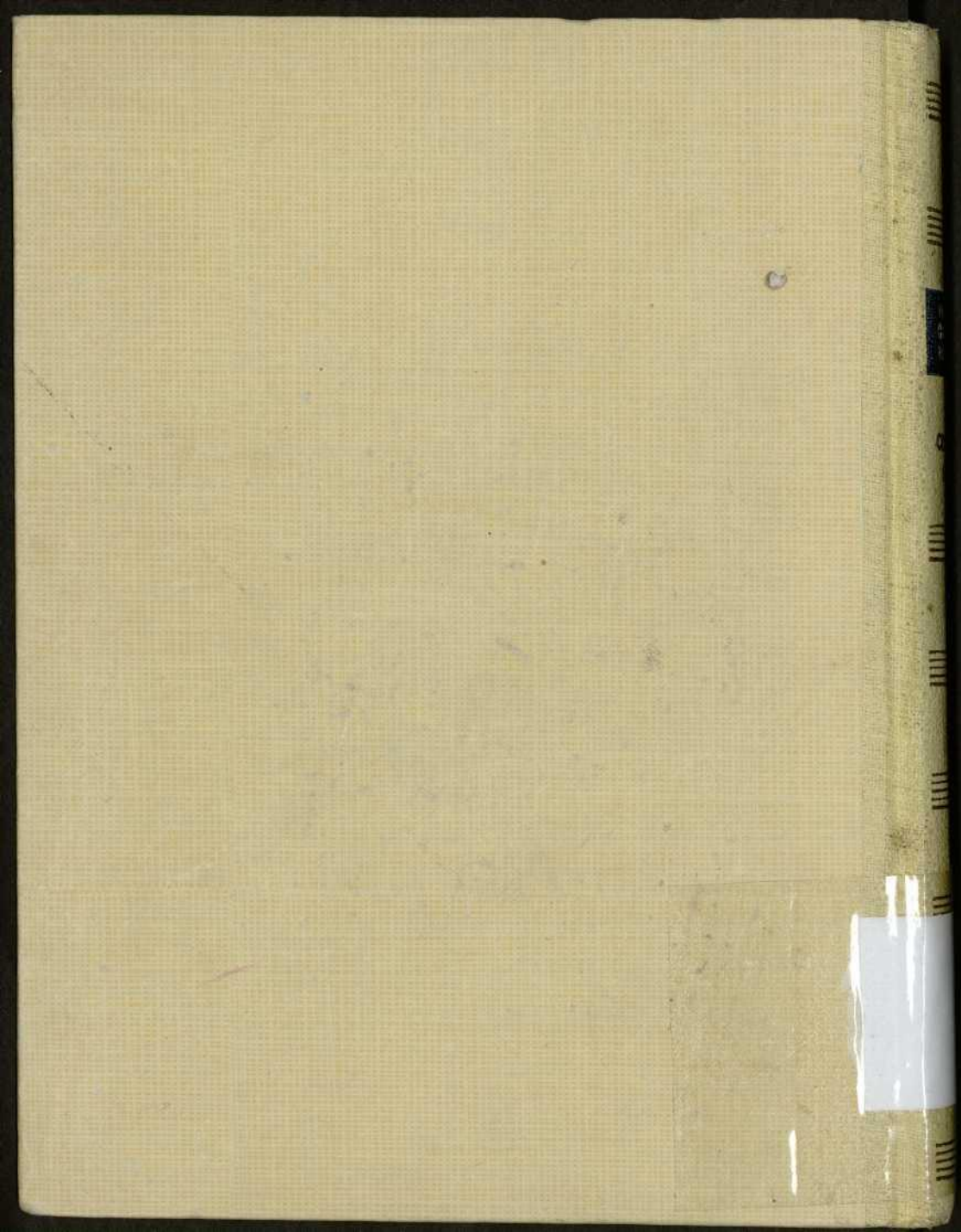




SEIX Y BARRAL

CRISTÓBAL
COLÓN

8 Ptas.



VIDAS DE
GRANDES
HOMBRES

CRISTÓBAL
COLÓN

188844